
Gloria Guardia

El último juego



*A mi compañero Ricardo Alfaro,
que con amor, comprensión y paciencia
sobrellevó el proceso de concepción y de redacción
de este libro.*

«Las aventuras del egoísmo son un largo y lúgubre melodrama que parte del descubrimiento rousseauiano de la ‘sensibilidad’ y concluye en las formas degradadas del folletín televisivo y el confesionario horizontal de los psiquiatras».

Carlos Fuentes.

Ayer, te vi, Mariana, por última vez y hubiera querido mirarte honda y detenidamente porque tenías un rostro para mirarte así; digo, mirarte sin reparos, con descaro y bastante malicia en la pupila grabadora: los labios carnosos, la frente alta, los altos pómulos morenos, me acerqué, buenas noches, Mariana, un gesto rápido, un cruce, apenas, de sonrisas y atravesaste el salón hacia donde un grupo de invitados conversaba, hola Joaquín, hola, viejo, yo buscaba una excusa para hablarte, pero qué va, tú estabas en lo tuyo, contándole a la gente lo aburrido que te había resultado aquel trabajo: el día entero frente a una máquina eléctrica, sirva un café, tome este dictado, buenos días, Pérez-Prado — Gatica — Andraque y Mandraque, los cinco latinos económicos a sus órdenes, reunión de directores con pisco-souers a las cinco, redacte este memo para el vice, el gordiflón de las nalgas de gelatina, la gente se moría de risa, figúrense, los rollos del gordo ese sobre mi escritorio, seguías hablando, dabas unos cuantos pasos, gesticulabas, tu boca se desbordaba en una carcajada y yo riendo con los otros para no hacer el ridículo, inventabas, moviéndote, toda tu gracia, ahora, frente a mis ojos, tus muslos largos, tibios, los ojos de los otros devorándote, mien-

tras Joaquín hacía un brindis, claro, un brindis y otro y otro y tú volvías sobre el cuento del gordo ya sin cejas, sin gracia, ya pelón, la carcajada inundándolo todo, el salón retumbando, la orquesta tocando y yo seguí de largo y eso fue todo, Mariana y el día cambió de rumbo y de pronto pronuncié aquel adiós que quedó fijado, imprimido, sellado con carboncillo o con tinta china: Comunicado de la Guardia Nacional, llegan a Libia terroristas panameños; hoy a las seis y cuarenta y cinco de la mañana hora local, llegaron a Trípoli, capital de Libia, los terroristas que durante más de sesenta horas mantuvieron como rehenes a una treintena de personalidades en una lujosa residencia de Urbanización Obarrio, bajo el volumen de la radio/ flota de camiones-tanque asegura agua a Los Ángeles, Betania, Villa Cáceres/ Marlene Dietrich ha recibido a los periodistas de Nueva York a los que anuncia su reaparición en público en su primer show de televisión que será transmitido el día 13 de mayo próximo. Abro la ventanilla delantera del carro y miro a la multitud de gente que camina por las calles con las manos en los bolsillos, salen como hormigas de sus cuartos de El Marañón, El Chorrillo o Calidonia, compran lotería, se toman un café en el *Coca-Cola*, almuerzan un huevo frío y mantecoso y una ración de arroz blanco con frijoles y tajadas de plátano maduro, Mariana, bajan en fila india de Loma de la Pava, repito tu nombre, suben al bus o a la chiva, diez centavos, naciste bajo el signo de los peces, Mariana, —Piscis— Mariana, Marina, y te bautizaron con el faldellín bordado en minardí que era de tu tatarabuela, la mujer de la cara pálida y alargada cuyo retrato colgaba de uno de los tantos marcos dorados que adornaban el comedor celeste-tiza de la casa de tu abuela, transbordan, cinco centavos más, el bautizo tuvo que haber sido en aquella iglesia junto al mar, Señores y Señoras, Mariana, dónde estás?, Ladies and Gentlemen, una ermita oscura con santos horribles de ojos grandes saltones y un Cristo de ricitos negros y una cruz carcomida por la polilla, this is WCA transmitting from Panama City, historical town where the two Oceans meet,

welcomes you any time of year, Panamá le ofrece un mundo maravilloso, un hechizo tropical con sus ríos y playas y montañas, todo además al alcance de su mano, la WCA da la hora exacta, las siete y cuarenta, seven forty, Ladies and Gentlemen, and this trough the courtesy of the Bank of Transylvania, un banco con más de cien años de experiencia, yes, Ladies and Gentlemen, leave your money in Panama, a paradise where your money is safe, la Suiza de América, Panamá le ofrece seguridad y buen servicio, deposite, hoy, su dinero y entierre sus preocupaciones, entiérrelas en el Club de Montañas Altos del Chagres, el club privado más grande y moderno de todo Centroamérica, diseñado especialmente para Usted y su familia, it belongs to an international chain, there you and your family will enjoy the beauty of the Chagres River, we have thought of you and your children, recuerde que los niños son los hijos favoritos de la Revolución y cuando piense en sus hijos, piense definitivamente en el *Children's Bank* con sus grandes y fabulosos regalos, Disney World, rifas, carros, el mundo maravilloso del Pato Donald, Mickey Mouse, Pluto y Dumbo, el elefantito volador, todo esto y mucho más el abrir Usted su cuenta de ahorros en el *Children's Bank*, entre calle 42 y Avenida Cuba, bajo la mirada hasta el timón del automóvil y comienzo a sudar horriblemente y es que el sol se ha fijado en el parabrisas y me ciega de momento.

—Garrido, ¿qué pasó, viejo, qué pasó?

¿Cómo se llama el tipo que me grita?, bigotito ralo, moreno, camisa almidonada y una corbata de colores chillones, le sonrío, trato de hacer memoria, es inútil/ cuando uno cree que el amor llegó/ lo deja todo y se entrega a él/ la luz verde, avanzo, la roja otra vez, otro alto y Osvaldo Ayala que canta por la radio y el sol que acabará por cegarme, Mariana, saco de mi cartera tu fotografía, el dolor se inicia esta vez por el pecho, me sube hasta más arriba de las orejas y se queda, ahí, plantado en las sienas, dime ¿por qué tuvo que suceder de esta manera?, cambio la estación de radio y ni esta vez ni las otras me es posible pensar en ti, mirarte

con indiferencia y comprendo, tal vez, que la indiferencia tiene que ser la degeneración de una última entrega, del desgaste, ¿no es cierto?, es como haber llegado a cero partiendo seguramente del uno o del dos, no más allá porque más allá ya se ha dado el misterio y eso es lo que siempre hubo en ti, mujer, nada como tus tías, ¡horror!, que llevaban aquellos vestidos acampanados cuando la moda era el chemise y que a la hora de armar la parranda hablaban bajito, con voz de medio luto, tus tías, suspiro, aquellas viejas solteronas, otra luz, tus tías, Mariana, rosario en mano rezando por algún muerto del barrio o de la familia y si no había muerto, buscando un recién operado y eso escaseaba, leyéndose las sociales en busca de los que cumplían años o aniversario de algo, ese tipo del automóvil, trato de hacer memoria otra vez, ¿Alonso?, ¿Arroyo?, ¿Arellano?, empieza con A, y Garrido se observa en el espejillo retrovisor del carro y su rostro, al compararlo con el del otro, le parece, quizá, aceptable, respetable, agradable, un rostro, en fin, pasable, a pesar de que él siempre esté requeteconsciente de que tiene la nariz grande, los labios demasiado delgados, los cachetes generosísimos y las entradas del cabello profundas, pero excluyendo lo que Garrido crea o no crea, son treinta y ocho años que no ofenden en realidad a la vista, y que si pecan de algo es de haber sido descomunadamente monótonos, eso es, de haber transcurrido sin pena ni gloria entre un par de casas de Bella Vista y Obarrio o viajando por Estados Unidos, Europa y un canto del norte de África y debió haber sido allá en Bella Vista, eso es, me detengo ante otro semáforo, claro que fue en Bella Vista, piso el acelerador, dejábamos los bailes del Club después de las doce, íbamos en pandilla a los automáticos y nadie más despreocupado que nosotros entonces, ¿verdad?, una raza de guayaberas blancas, mocasines negros y pantalones bien estirados, muchachos bébanse un trago, y así comenzaba, quiero decir, seguía la pachanga, otro trago y otro y otro, o.k., o.k. y cada cual subiendo a los cuartuchos malolientes de Río Abajo y Juan Díaz, las falditas bajando, los besos, ¡hola ricura!, las caricias entre

maestra y discípulo, las noches negras, negrísimas, la brisa hueca penetrando el santuario aquél de madera, el escenario con camita dura en el centro, ¡vaya torso, muchacho!, y aquellos cuerpos, ¡chuleta!, aquellos cuerpos que olían a aguas marinas agitándose, los cuerpos, torpes, moviéndose y se encendían las luces, un solo foco de luz mortecina y venía el recuento de cultas y las voces de los otros filtrándose a través de los tablones de madera podrida, honey, sweetheart, miro el reloj del Palacio Justo Arosemena, las siete y cincuenta, la ciudad ha despertado, estaciono el carro, los chiquillos patinando en la calle, un vendedor de lotería que se acerca y me ofrece el 04, gánese el miercolito mañana!, una voz de mujer gritando desde los balcones de enfrente, los periodiqueros que pasan en bicicleta voceando ¡*La Estrella!* — ¡*Crítica!* — ¡*El Matutino!* — ¡*La Estrella!* estaciono el carro, recojo el maletín y el saco, me lo pongo, abro la puerta, salgo y le doy la llave a ésta y camino con desgano hasta la entrada principal del Palacio, construido a las faldas de la Avenida 4 de julio, alias, *Presidente Kennedy*, alias, *de los Mártires*, pero antes de entrar volteo, mecánicamente, la cabeza y mi vista se topa con la presencia inmediata y lejana del Cerro Ancón y yo de siete años y pantalones cortos, Mariana, pantalones celestes, recitando y apenas comprendiendo y cancanando y nervioso, allá en el aula de la maestra Benita, el del Colegio de los Hermanos Cristianos, el vicio, el de Miramar, las estrofas del poema de Amelia Denis: Centinela avanzando, por tu duelo/ lleva mi lira un lazo de crespón/ tu ángel custodio remontóse al cielo/ ¡ya no eres mío idolatrado Ancón!

—Buenos días, Licenciado. Hemos pensado todo el tiempo en Usted.

—Gracias. Buenas, Lombardo,—y veo al portero que me abre con reverencia la puerta de entrada del edificio, los corredores desiertos, también el ascensor está solo, despoblado, deshabitado, nada comparable a hace diez años cuando aquí se escribía todos los días la historia de gaveta de los panameños, digo, cuando aquí sesionaba la Asamblea, subo al octavo piso y hace calor y

humedad y el ascensor está sucio y las paredes descascarilladas:

—Licenciado, —miro al hombre, al aseo, que me habla al salir yo, cabizbajo, del estrecho corredor—. El Doctor Pérez Dávila dejó el viernes pasado este portafolio para Usted. Me pidió que se lo entregara. Celebro verlo bien.

—Gracias, gracias, gracias, —le repito y desde este último piso tengo a mi alcance gran parte de la ciudad, abro uno de los ventanales y echo un vistazo: la bahía, los techos de los edificios viejos y más allá, la Cresta, son uno, dos, tres, cuatro, no alcanzo a ver los otros, los nuevos condominios y el mesonero que se acercaba con una bandeja repleta de vasos de whisky, whisky con agua, con hielo, con soda, whisky solo, en las rocas, tal como les gusta a tus primos, Mariana, a Teresa y Juan Almillátegui, ¿los recuerdas, allá, en esa terraza inmensamente larga, sentados todas las tardes a golpe de seis, saboreando, gota a gota, el *Chivas Regal* que él compra por cajas en la Zona Libre? y el viernes a las siete y media, el embajador americano, el primero en llegar, me estrechaba la mano mientras Queta besaba a Mrs. Wilson, how charming of you to give this party in our honour, Garrido, y aquel atardecer de julio, los mesoneros sin hablar, our pleasure, Mr. Ambassador, los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando a Wilson y aquella tarde de julio a Juan Almillátegui, bajísimo, regordete, cachetón con aquellos ojos de él, pequeños que se escondían tras inmensos anteojos de carey, don Juan, por favor, mire hacia acá, hacia la cámara y él que ensayaba una sonrisa y le salía una mueca que desentonaba con el gusto espléndido, la elegancia, novedad y finura con que Teresa y sobre todo tú, Mariana, habían decorado ese piso del condominio más exótico de la ciudad, de ese verda-

dero orgullo nacional que le había costado a tus primos miles y miles de dólares y más de sesenta meses de espera impaciente y yo, Mariana, ahí silencioso, observándolo todo y no me preguntes por qué, quizá por no tener nada mejor que hacer, fui contando a los invitados a medida que entraban y, llegué hasta setenta y siete y vi cómo besaban a Teresa, mejor dicho, cómo apenas le tocaban la mejilla con una pizca del labio y cómo se dirigieron, apresurados, hacia un rincón de la sala a saborear algún langostino o camembert traído de Francia en un viaje reciente, o tal vez hacia la terraza de los helechos que aquel atardecer de julio lucían bellísimos con sus gigantescas, exuberantes y bien abonadas colas verdes que rozaban los pisos relucientes y se mecían, cadenciosos, con la brisa tropical que soplaba desde la bahía y veo a García que, desde una esquina, me mira y me vuelve a mirar, ¡coño!, y yo me siento de lo más intranquilo y me separo del ventanal y pretendo leer el periódico del viernes pasado que él me ha entregado con los documentos del tal Pérez Dávila:

AP El negociador de los Estados Unidos sobre un nuevo tratado del Canal de Panamá, Ellsworth Bunker, regresó a Washington ayer jueves, en horas de la noche, después de haber realizado en la Isla Contadora una nueva ronda de conversaciones con los funcionarios panameños y antes de partir reiteró que un nuevo tratado puede ser suscrito en fecha próxima. El Embajador Bunker partió en compañía del General Dolvin quien viajó a Panamá en una medida encaminada a dar al Departamento de Defensa un papel más directo en las negociaciones.

El Departamento de Defensa ha sido un centro activo de oposición en la forma en que el Departamento de Estado ha conducido las negociaciones, y opina que este último ha sido demasiado condescendiente en la satisfacción de demandas presentadas por Panamá para el eventual control de las operaciones de defensa del Canal.

El interés del pentágono en las negociaciones se deriva de la

presencia de 14 bases militares de los Estados Unidos en la zona del Canal, ocupadas por unos 10.000 soldados norteamericanos.

Durante la mayor parte del año el pentágono y el Departamento de Estado han discutido acerca de lo que conviene ceder en las negociaciones. Los funcionarios del pentágono proponen que se mantenga indefinidamente el derecho a defender el Canal; no todos los panameños consideran que esta petición es aceptable. (Pasa a la Página 22 No. 226).

Separo la vista, miro hacia la ciudad, ajá, hoy ya estamos a martes, los martes siempre daban matinés en el Salón Claret y cada uno llevaba su silla plegadiza y de pronto, ¡tas!, la caída y los golpes de esos de todo el repertorio de malas palabras y ahí mismo a armar la silla de nuevo, se ha dicho, y ni soñar con desprender los ojos de la pantalla porque eso hubiera querido decir perderse de la última escena de Gary Cooper en *Adiós a las Armas*, las lágrimas, los ojos coloradísimos, se encendían las luces, las lágrimas, siempre las lágrimas y este García que me mira demasiado, que me tiene ya cohibido, y los ruidos y el calor asfixiante, los ruidos de la calle que suben, que suben y las lágrimas, pero definitivamente se está mejor acá, ni hablar, mejor que en el carro y que en la casa con Queta y los muchachitos y los timbres y los teléfonos, de nuevo la mirada de García que no parece asear ni hacer nada. Reviso una serie de documentos del próximo congreso interamericano de jurisprudencia, firmo uno, dos, cinco, y el ruido no cesa, Mariana, ¿te has fijado en la horrorosa firma que tengo?, camino hacia el ventanal y vuelvo a divisar la terraza del condominio de tus primos y ¡concho!, otra vez aquella tarde de julio y Guillermo Gutiérrez, el escritor que había ganado dos o tres *Miró* en los últimos años, conversando con la mujer del Doctor González Márquez, revelando una capacidad ilimitada de asombro y yo, siempre solo, de pie, tomándome un whisky tras otro y mirando a Juan Almillátegui, viéndolo irse al servicio que

tú, Mariana, y Teresa habían decorado también espléndidamente: flores, toallas amarillas, perfumes variados, alfombra color naranja, y supongo que vomitó y que del botiquín sacó una alkaseltzer y que se aseó porque lo vi salir más ligero y a lo mejor más dispuesto a hablar con éste o aquél, perderse entre la música que venía del cuarto del estereofónico y los mesoneros, Mariana, que daban vueltas y más vueltas y el fotógrafo del otro periódico que vino y me enfocó para arrepentirse después, al verme así, solitario, con el vaso en la mano, fue esa tarde, ¿no es cierto?, cuando comenzó todo, cuando, correcto, tú sabes lo que te quiero decir, Mariana, y los mesoneros con dos bandejas de plata y Teresa que se perdía en la cocina un buen rato para reaparecer después y Antonia, la misma, la que estudió para enseñar a niños superdotados, que hablaba de pedagogía con el pianista Ricardo Bravo, mientras él miraba aquellos senos de ella tan duros y aquellos brazos tan perfectos y Bravo que hubiera dado dos noches en el *Lincoln Center* por desabrocharle a Antonia la camisa, porque es bestial, un penco de hembra, esa Antonia y lo peor es que es fiel a un marido bien bruto que no sabe apreciar la verdadera belleza y se dedica a vender tractores y hablar de tractores, ¿qué cómo lo supe yo?, bueno, porque estaba ahí cuando le pasaron el dato a Bravo y este, enfundado de su mejor cortesía y hablando de intereses comunes, poco a poco la fue desarmando para lanzarse, luego, más descarado, a la caza de esos senos maravillosos y es que tal vez tú no estés enterada, Mariana, claro, no tienes porque estarlo tampoco, pero a Antonia, de pequeñita, la llamábamos La Runcha, no, descuida, mujer que no voy a repetirle esto a nadie, pero aquella noche no era Antonia la más importante, sino tú y Teresa también, quien atentísima, se acercó en un momento dado al abogado Fernando Martínez Arias, candidato a Ministro de Hacienda, alto, rubio, buenmozazo y le puso en la mano un vaso de leche porque hacía años que Martínez Arias no bebía ni un trago de nada y yo aquello lo recuerdo, Mariana, porque me tocó hacer por esas casualidades el viaje con él cuando lo iban a operar de úlceras en la Johns

Hopkins y ese dato Teresa, tan linda, nunca lo olvidó y el futuro ministro no dejó de emocionarle ese gesto y comenzó a recitar aquello de Teresa la dulce, la dulce Teresa, y yo vi cuando le besó ambas mejillas y escuché cuando le recordó con nostalgia antiséptica, o sea, como quien recuerda que hace veinte años todos vivíamos en la calle 38 y 39 y jugábamos pelota a las cinco después de la escuela, como a los quince años ambos se adoraron para olvidarlo después y fue ése un amor que no le hizo daño a nadie y del cual ya nadie se acuerda, sólo ellos dos, claro, él aquel atardecer de julio con el vaso de leche en la mano y ella con el beso de él en ambas mejillas y fue precisamente en ese momento cuando ocurrió el encuentro, Mariana, el match, diría yo, entre Fernando y el pobre de Juan Almillátegui, quien nunca supo nada de aquel antiguo romance y es que el—pobre—diablo—de—Juan, siempre estuvo así, como al margen de todo, bueno, tú sabes lo que te quiero decir, de nuestros enamoramientos—relámpago, de los bochinches de barrio, de los reinados y, comparsas de carnaval, de nuestras intimidades de quince años, sí, Mariana, tú de sobra lo sabes, Juan, ni entonces, ni ahora, fue de la gallada de las calles 38 y 39, porque él vivía allá, en la Vía España, aislado, era un apéndice de su padre, el español aquél regordete de tirantes negros, que comenzaba a iniciarse en el negocio de la venta de comestibles y aquella era una casa, ¡contra!, me entra rubor recordarlo, era eso un caserón sin vida, sin luz, ni esperanzas, digo, un mausoleo comprado—con—mi propio esfuerzo y decorado por una mujer pálida, de ojos opacos, bien celestes y labios amoratados y aspecto fresco de tendera, donde a veces almorzábamos los domingos unas tortillas inmensas de huevos con papas que desprendían un fuerte olor a aceite de oliva que, hoy, reconozco y me agrada y aquel match, Mariana, aquel fugaz encuentro entre Juan—sin—gracia y Fernando—el—hermoso, yo lo pude observar desde el ringside y lo que vi fue a un Gulliver rubio, erguido y ufano, elegantísimo todo él, en un traje oscuro de moda que lo hacía lucir diez años más joven y veinte más ágil, que se dirigía a su anfitrión con amabilidad exagerada y a un

Pulgarcito que parpadeaba y parpadeaba sin saber exactamente qué contestarle y andaba yo en eso, sí, yo andaba observando a los dos, cuando tú hiciste tu entrada triunfal y todos te llamaron por tu nombre de pila y todos te besaron con gusto, no por cumplido, y uno a uno te fue adorando, mientras se acercaban a saludarte y tú, a sabiendas de esto, llegaste tarde esa noche, a sabiendas, también de que Juan te habría de mirar sin saber qué decirte, en diez años nunca supo cómo enfrentarte, y que Teresa, dulce, dulcísima, toda una Mariana disminuida desde que las dos primas segundas eran pequeñas, te agradecería la tardanza para brillar, así, sola en la inmensa sala decorada por ambas, donde hombres y mujeres andaban elegantísimos, igual que este viernes, y a sus anchas, igual que este viernes, bueno, casi, casi a sus anchas, digo, entre esos cien rostros y cien cuerpos y mil gestos, hasta que Quintín Arias de la Guardia insistió en presentarme a Marta, la arqueóloga que acababa de llegar de Roma o de Londres y ella, ¡qué plomo!, me dio la mano izquierda y después de admirar aquella huaca que lucía sola, divinamente sola bajo la luz de un reflector, en un rincón de la sala, se dirigió en italiano e inglés a dos individuos que yo no conocía y que, después, supe que eran diplomáticos recién inaugurados en ese maremundo y ella siguió hablando e ignorándome, mal educadísima la niña esa, a pesar de la caterva de títulos con que se presentaba y la presentaban y nos presentaron y yo esperando que cambiara al francés, alemán o al ruso, cuanto tú, Mariana, te acercaste, ¿desde cuando tú y yo no hablamos en latín?, me dijiste y los dos reímos a carcajadas y me sentí rebién a tu lado, cuando te empinaste para susurrarme al oído, ésa es políglota en la cama también, y así, sin más, me arrastraste hacia la terraza y, ahí, entre el asombro de las luces de la ciudad y la brisa suave de la bahía, se encendió, Mariana, entre ambos el chispazo.

—Don Tito, lo llaman al teléfono.

—Gracias, García, —le digo y camino lentamente hasta el escritorio de la oficina siguiente y levanto el auricular con cierto recelo porque nadie, nadie, salvo Pérez Dávila sabe que este mar-

tes veinticinco de noviembre a las ocho y pico de la mañana estoy acá, en el Palacio Justo Arosemena.

—Quiubo, Tito, ¿estás bien? Estuve preocupado horrores por ti.

—Gracias, —contesto, y no reconozco la voz que me habla
¿Con quién tengo el gusto?

—Hombre, por favor, con Pepe, que estoy aquí con Pérez Dávila y parece que él quiere hablarte y yo aproveché para saludarte, primero. De veras, viejo, estuve preocupado horrores por ti; sí, horrores... —Y yo no digo nada de momento, no sé qué decirle, y se hace un silencio largo, embarazoso, y cuando le hablo lo hago en forma bien distante como quien no desea comenzar ni recordar intimidades con nadie.

—Hola, José, gusto en saludarte y por favor dile a Pérez que recibí el memo y que no lo he leído y que me perdone ahora pero yo lo llamo más tarde. —Y mi tono de voz ha sido frío, distante, evasivo y Pepe lo ha sentido, ha recibido mi mensaje de apártate—y—déjame—solo y cuelga rápidamente el teléfono y yo vuelvo al ventanal y el aire de la mañana, aunque demasiado caliente, me despeja por un momento la mente y digo por un momento porque, en la radio portátil de García, una orquesta está tocando para bailar y una voz de mujer canta, grita, chilla, hace gárgaras con un bolero de moda, Pepe, Pepe González, repito tu nombre, hace rato que no escucho una voz de trompeta como ésta.

—¿Qué le parece ahora? —me pregunta García.

—¿Qué me parece ahora qué? —vagamente pienso que habla del bolero, o de la cumbia, o de la rumba, o de lo que sea que canta la mujer en ese momento en la radio.

—Lo sucedido, don Tito.

—¿Lo sucedido?, —le pregunto, haciéndome el bobo.

—No sé, —le miento y él lo sabe y sin más me pongo los anteojos, abro el cartapacio que me ha enviado Pérez Dávila y comienzo a leer el memo:

El Ministro de Comercio e Industrias me informó anoche que

el “Wall Street Journal” en su edición de ayer jueves indica que la firma transnacional, United Brands, sobornó a funcionarios de Costa Rica, Honduras, Panamá, Italia y Alemania Occidental. La United Brands hasta ahora sólo ha admitido el pago de 1.2 millones de dólares a Honduras para bajar el impuesto al banano de exportación. Opino que Panamá debe exigir que la firma haga inmediatamente alguna aclaración oficial al respecto y de no hacerla en las próximas cuarenta y ocho horas se cancelen las concesiones de la subsidiaria y se le expulse del país...

Trato de concentrarme en el contenido del memo pero, ¡qué vaina!, otra vez anoche y antenoche y las últimas sesenta horas y también aquella tarde de julio y ahora lo sé, sí, estoy seguro, que no hubo amor entre tú y yo entonces, sino más bien una atracción exuberante, torrencial, arrolladora y Teresa la linda, la astuta Teresa lo tuvo que haber presentido cuando se acercó a nosotros y quiso hablarnos de trivialidades porque, si no ¿a santo de qué, dime? anda, dime, ¿a santo de qué abrió los ojos así, inmensos? y, ¿a santo de qué, se alejó, así, discretísima a conversar con Mariola de Santos, la secretaria ejecutiva del gerente de Avianca que acababa de llegar del Perú o del Egeo? Yo solo sé que la música donde tú y yo estábamos apenas se escuchaba y poco a poco fuimos quedando ambos envueltos en un ambiente de malicia compartida y dos o tres o quién sabe cuántos mesoneros pasaron con sus bandejas de plata y una de éstas llevaba copas de champaña y tú aprovechaste para hacerme aquel brindis perverso, por Queta que te ha dado tres hijos en tres años y por la maravillosa inversión que ella representa. Y alzaste la copa al mismo tiempo que con la otra mano te levantabas el mechón que te tapaba la mitad de la cara y yo, con un pie apoyado en uno de los tantos maceteros de Teresa, sin saber cómo responder a ese dardo y medio aturdido aún, Mariana, sí, medio aturdido, eso es, me bebí de un solo sorbo aquella champaña y comencé a hablarte de las playas de Creta,

tan azules, tan azules, ¡ah ese es un sitio donde hay que volver!, te decía y lo repetía a medida que te miraba, Mariana, y te iba deseando largamente, sí, te miraba la cintura, las caderas, los senos generosos, redondos, bien erectos y te medía cada pulgada de la nuca y te imaginaba desnuda, magistralmente desnuda en la playa y tú, nada más sonreías, y sólo una vez aprovechaste el gesto para mojar te los labios, hasta que finalmente, miraste el reloj y me diste un beso tibio en la mejilla y te marchaste así, sin despedirte, por el mismo vestíbulo elegante, decorado por ti, por donde hacía un minuto o diez años habías hecho tu triunfal entrada.

—García, ¿los números de teléfono de los otros organizadores de este congreso?

—Los ti-tiene Mi-Mirna, don Tito.

—Que se los dé a mi secretaria.

—De-de acuerdo.

Voy de un lado a otro del salón, enciende un cigarrillo en silencio, ¡qué tipo extraño este hombre!, siempre observándolo a uno, mirándolo como si quisiera preguntarle algo bien importante, el calor de la mañana, la humedad, el sudor que me corre de la frente a las sienes, de las sienes al cuello, levanto la vista, no es de confiar este hombre, qué va, me asomo por la ventana, el día se ha echado a perder, las nubes grises, el sol que se esconde y sale por un instante y se vuelve a esconder, es un sol de lluvia, eso fue, ¡claro!, el sol, doy un par de chupadas, exhalo, dejo salir de la boca el humo, fue el sol lo que esta mañana me hizo abrir los ojos antes de que fueran las seis y la primera luz del día se filtraba por el rectángulo de la ventana, toso, el humo molestándome siempre, aquella luz demasiado fuerte haciéndome saltar de la cama y correr al baño a lavarme rápidamente la cara, me miré en el espejo, ojos opacos, las ojeras de un tono grisáceo, la barba

crecida oscureciéndome el rostro, me paso las yemas de los dedos por ambas mejillas, me las palpo, ¡Dios mío!, Mariana, ¿dime por qué tuvo que suceder de esa forma?, observo mis movimientos, son torpes, no, digo, simplemente mecánicos, siempre los mismos, me levanto, me baño, me afeito, me visto, la mismísima carajada día a día sin variaciones, sólo que hoy cambié el ritmo, hice todo bien lento y mientras lo hacía observaba a María Enriqueta, las medias, primero, los calzoncillos, la camiseta, y ella que dormía con la boca abierta, aquel cuerpo inmóvil y sólo la respiración, pausada, subiendo y bajando, yendo y viniendo, del pulmón a la boca, de la boca al pulmón, y yo frente a ella con los brazos cruzados mirándola, luego ya vestido, siempre mirándola y con un temor bárbaro de despertarla, se habría puesto la bata y sentado a mi lado a desayunar las tostadas y el café con leche que nos ha servido Felicidad todos los días desde que nos casamos hace cuatro años, me estremezco, habría comentado una y mil veces lo sucedido ayer, anteayer para olvidarlo casi al instante, el cielo se ha ido nublando, las nubes negras que van cubriéndolo todo, ¿en qué pensará este García mirándome siempre?, pero, no, no le pregunto, ¡ni de a vaina!, eso daría pie a una conversación interminable, me separo de la ventana y la música que no para de tocar, y es la misma, la chillona que les gusta a las criadas, ¿qué escuchas?, le pregunté a Felicidad esta mañana cuando todavía con sueño me dirigí a la cocina donde ella desayunaba con Elías, ¿que no sabe lo que escucho, señor? fue una pregunta bien tonta, lo sé, pero tampoco era como para que me contestara de esa manera, y fui caminando hacia el refrigerador y lo abrí para servirme un vaso de jugo de lo que sea que hubiera, naranja, piña, limones, guanábanas, algo, en fin que me calmara la sed, pero, no había nada, nada, nada qué beber y comencé a revisar la casa, la sala, el comedor, los impactos de bala, abrí de par en par las ventanas, la brisa se filtraba, lenta, húmeda y otra vez el recuerdo de este viernes, ahí, lacerante, voy hacia el escritorio, me siento y firmo otros documentos, y el embajador que se acerca-

ba, your wife is incredibly charming y los fotógrafos enfocando a Wilson en el preciso instante en que decía esta frase y Queta, feliz, con esa sonrisita de ella mesuradísima, y la criada otra vez frente a mí comunicándome que el café está servido en la terraza, junto a la piscina, don Tito, y yo sigo revisando los documentos y lo hago con el mismo cuidado con que examiné cada rincón de la casa esta mañana cuando todo volvía a reasumir su marcha es que tenía que ser así, lo demás habría sido enfermizo, digo, malsano y me bebí el café y la sonrisa, Mariana, la maldita sonrisa que se multiplicaba en cientos de sonrisas más como la de la tarde esa cuando, en vísperas de casarnos, Queta salió con aquellos anteojos oscuros y se acurrucó conmigo en el asiento de atrás del carro de Chale y Marcela y yo la convidé a un cigarrillo y le hice una broma que hizo que se fuera al diablo aquella sonrisa y que ella pronunciara ese bájate, y yo, demos una vuelta hasta que te calmes, y ambos hablando en voz baja para que los otros no se dieran cuenta porque hubieran dicho que ya no nos casábamos o que aquel noviazgo entre un hombre de treinta y pico y una niña de veinte pedía cacao y debió haber sido desde ese momento, claro, Mariana, desde esa salida cuando Queta cargaba los malditos anteojos oscuros que yo empecé a conocerla y a sentir este enorme fastidio que fue creciendo de piano a fortísimo, a medida que comencé a acompañarla los domingos a misa y llevarle al *Squirt* a comer helados de chocolate y vainilla y a que festejara el cumpleaños de la fulanita o zutana y, así, ese fastidio se hizo tan grande, tan grande, que un día estalló en mil pedacitos y entonces la cosa se puso realmente horrorosa porque de ahí en adelante hubo fastidio de la mañana a la noche y en la madrugada también y aquello ya fue como el aire mismo que respirábamos, pero, ya ves, Mariana, yo siempre tan bruto que no me di cuenta de nada sino hasta que ya era muy tarde, o sea, cuando pronuncié aquel sí, ante el cura panzón de la parroquia del barrio, esa tarde de marzo, aquel claro que sí, que al decirle le dio a un niño regordete y coloradote la consigna de que había llegado la hora, digo,

que me pasara el anillo que yo tuve que ponerle a Queta y ella, entre llantito y llantito, tomándome la mano izquierda, me susurró, presta que te pongo el tuyo y todo eso, dándome tardíamente la clave que en efecto, que sí, que estaba atrapado y la música de órgano que tocaba a lo lejos y los fotógrafos, siempre los fotógrafos solicitando sonrisas y otra sonrisa y ella que se limpiaba las lágrimas con un pañuelito de encajes que decía que había sido de su mamá o de quién sabe quién, mientras que a mí me salía una mueca que quedó grabada para siempre y que debe ser esta misma que llevo aún bien clavada en la cara porque si no ¿por qué, carajo, este García no deja de mirarme en forma tan rara? Me levanto, camino, saco el pañuelo, me seco el sudor de la frente y vuelvo a asomarme por la ventana y veo a unos niños que juegan bajo este sol nublado de las nueve y el sol, el sol gris que brilla apenas sobre la plaza-monumento que los políticos de turno erigieron hace años al Presidente José Antonio, alias, *Chichi Remón* después de que lo liquidaron un domingo de enero de 1955, cuando él asistía a una carrera de caballos en Juan Franco, ¡qué vaina!, regreso rápidamente al escritorio, firmo uno, dos, tres, cinco, ya no sé cuántos documentos más, y pensar que el gordo ése estaba como siempre, así, requetecampante contando chistes malísimos y entre chiste y chiste venga una y otra botella de champaña y a celebrar el triunfo de la yegua y lo de haberse zafado al fin de la mafia se ha dicho, cuando sonaron los tiros, tracatacacatan-tracatacatan, una ráfaga y otra y otra y los asesinos que llegaban de todas partes, sonrientes, bailando, cantando, se va el caimán, se va el caimán, disputándose el privilegio de tomar parte de esa matanza, de gozar de su sangre que brotó a borbotones salpicando y tiñiendo guayaberas, mantas, sábanas, paredes para dejarlo al pobre, ahí, tirado, impotente, con el vientre hecho una mierda, todo un coronelazo que una vez se jactara de poner y quitar presidentes tirado en ese lodo y a merced de unos camilleros que se lo llevaron en calzoncillos a la morgue, pero, ¡concho!, Mariana, ya de eso nadie, pero nadie, se acuerda y ahora lo que importa es

que mis hijos estén ya despiertos y jugando con el par de cholitas que los cuidan de día y de noche y que todo siga tal cual y es que se los debe a ellos y lo demás que se entierre como lo que fue, ¿no es cierto?, y que la gente ya no insista en decirme que hay que vengarse porque yo no soy de éstos, qué va, yo, por el status-quo hasta que la tierra me trague, enciendo un cigarrillo y empiezo a calcular cuánto tiempo me tomará llegar desde este Palacio Justo Arosemena a mi despacho, sé que debo bajar por el ascensor, tomar el carro, manejar por la *4 de julio*, o *Presidente Kennedy*, o *de los Mártires*, o como sea que quieran llamarla, y luego por la *Vía Nacional*, y de ahí, doblar por la *Martín Sosa*, hasta desembocar, después, de un rato, en la *Vía España* y hecho todo esto, comienzo a redactar, mentalmente, una nota a Pérez Dávila, ¡qué rollo! algo en fin que lea, más o menos, así como que he leído el memo, que cuando vea a Abel Ramírez, digo, al ministro, insista en que se aclare cuanto antes lo de la acusación del *Wall Street Journal* y que cuando logre eso, si es que lo logra, que nos reuniremos, aunque eso último mejor ni lo mencione porque él, tan acomplexado, querrá tomar la iniciativa y se resentirá si no lo hace y se romperá lo poco de balance que hay entre ambos, me pongo de pie y miro por última vez a través de las ventanas de vidrio y los niños, allá abajo jugando y haciendo un escándalo horrible y algunos hasta se han sumergido en la pileta del monumento, veo a García, ¡qué tipo para enervarme!, se acerca, coño, lo corto en seco, miro el reloj, las nueve y veinte, es el mismo reloj que me regaló hace más de veinte años mi abuelo Tito, sí, Mariana, el prócer, el de las rosas, desde entonces nunca o casi nunca me lo quito.

—Adiós, García —le digo e inclino la cabeza a medida que paso, él apenas se sonríe, ya no me dice nada y yo me siento reque-tebién, digo, aliviado, es que sabrás que le tengo pavor a caer en conversaciones como éstas que no llegan a nada y esto lo comenté un día a Pepe, nos bebíamos un par de tragos en el bar del Club y él me daba y volvía a dar la razón porque ése es por genio y figura un

escéptico y también porque andaba con Guille Romero y Guille siempre lo altera y lo cargaba cabreado con aquello de que ahora sí, que al Tío Sam nos lo íbamos a comer con sombrero de copa, zapatitos de charol y barbita canosa, sólo porque en el Consejo de Seguridad los rusos y los chinos nos habían dado su apoyo en lo del Canal, y Pepe que punzaba a Guillermo, lo llamaba desde puta vieja, a vende-patria de mierda y yo, ya me conoces, cambiando el tema, Mariana, preguntándole a Pepe qué había hecho la noche anterior y es que me fue entrando de veras pánico que a Guillermo le diera un faracho y cayera, ahí, muerto y yo quedara bien embarrado de toda esa mugre, pero, ya ves, el asunto pasó y ellos siguen siendo amigazos del alma y sólo yo, cuando los veo, les salgo huyendo, entro al ascensor, es el mismo descarcarillado e inmundo por donde subí y hasta ahora es que descubro que no hay otro, sólo éste tan pinche, para semejante edificio y veo a Lombardo que vuelve con la tal reverencia y otra vez a abrimme el portón y apenas lo escucho cuando me dice algo así como:

—Hasta pronto, don Tito, y comienzo a echar cuentas, dos, ocho, doce, es inútil, no sé ya cuántos son los años que este hombrecito tiene a su cargo eso de abrirle la puerta a la gente porque le recuerdo allá, en la antigua Asamblea, o sea en el Palacio de Justicia de las Bóvedas cuando yo era un niño baboso y papá, vestido de Sharkskin blanco, con hebilla de oro con sus iniciales, pañuelo de hilo y perfumado con media botella de *Jean Marie Farina* se paseaba por los corredores de la Asamblea, oiga, señor diputado, lo llamaban, le pedían favores, y él pronunciando discursos larguísimos de esos de pico-de-oro, él hablándole a un grupo de campesinos de Río Grande, no jodan muchachos, bueno total sólo faltan diez días para las elecciones, y si ustedes me reeligen yo les prometo la pensión para la viuda Hernández, y que nombren a Chico y a Memo, y aquellos que se iban y papá carcajeándose, los mandé a comer mierda a esos cholos pendejos que sólo saben joder, y joder, y joder, y yo abriendo los ojos, así, de grandes, abro la puerta del Mercedes, me quito el saco, me

siento, enciendo la radio, ¡tremendo macho, mi viejo!, acelero, doblo por la *4 de julio*, a la izquierda la Zona del Canal, digo, Panamá-la-verde, Panamá-la-blanca, Panamá-la-del-embujo-tropical de los boleros de Fábrega y la-del-sol-brillante del poema de Miró, y a la derecha, la otra, Panamá-la-horrible, sólo que aquí no hay Salazar Bondys para denunciar la pobreza, la mugre, vuelvo a doblar, la *Avenida Nacional*, las fachadas sin pintar, las caras de horror de la gente, los cuartuchos estilo dejamos-ayer-el-Marañón-o Calidonia con tienda, bar, restaurante, agencia de perfumes o carros abajo, el aire acondicionado apenas enfría, ajusto el termostato, atravieso uno, dos, tres semáforos, todos bien coordinados, además, desemboco en la *Transístmica*, un simulacro de autopista, las casuchas de tabla con gallineros y ropa colgada de los alambres, edificios enormes, una ciudad del Tercer Mundo, o-en-vías-de-desarrollo o subdesarrollada para decirlo sin poesía, enciendo un cigarrillo, el humo que se me ha ido por la garganta, toso, ¡coño!, otra vez la fiesta del viernes y Queta gritando y Maruca González, cabrona, como siempre cabrona, tendida boca abajo en el suelo, ¡oiga, Usted! los gritos ¡contra la pared y ponga los brazos en alto! y Wilson que se me acercaba, what a delightful party, this is the only way to get to know Panamanians, piso el acelerador, *Firestone*, la mejor llanta del mundo, giro, agarro el carril de la derecha, el semáforo de la *Martín Sosa*, a lo lejos La Cresta, el costado trasero de la casa de los embajadores americanos: una avión de *Air Panama* con veintidós personas a bordo, incluyendo a la tripulación, partió ayer a las 12:02 p.m., hacia Trípoli capital de Libia, a bordo iban, entre, otros, el Nuncio Papal, el Arzobispo de Panamá, y los Embajadores de Venezuela y México que se ofrecieron voluntariamente a acompañar a los terroristas para asegurar su partida; tres personas... cambio rápidamente la estación, me distraigo escuchando a otro que habla sobre un curso de capacitación para cincuenta dirigentes comunales que hubo en Capira, cuando era novio de Queta, no, me corrijo, aún no era novio pero ya iba a bus-

carla casi todas las tardes a su casa de Altos del Golf, íbamos al cine, salíamos a pasear por la *Avenida Balboa*, se organizó un día aquel paseo a Coronado, pasamos por Capira, por Cerro Campana, compramos tomates, lechugas, naranjas y Queta que llevaba aquellos shorts que le hacían resaltar los muslos de ella tan pecosos, tan pecosos como un par de zapallos bien maduros, en esa época no había comprado el Mercedes, no, manejaba un Malibú rojo y Chalé, mientras nos desnudábamos en casa de los Paredes, me dijo aquello de que si Queta y tú vinieron juntos a Coronado a pasarse el día, ahora te tienes que casar con ella y yo, preocupado largo rato con aquel comentario, después indignado, ¡qué vaina! no había ya nada qué hacer y la besé, me di gusto besándola en público, se armó el alboroto, las risas, las bromas, la pecosa Queta, la pelirroja Queta tirada en la arena y yo besa que besa, sintiéndome rebién, total para imbécil con una bastaba y, de ahí, al noviazgo se ha dicho, desemboco en la *Vía España*, esto es un juego de luces, buses, taxis, carros, motocicletas, peatones, ¡qué carajada!, llego por fin al garaje del First National City Bank, me estaciono, entrego las llaves al portero:

—Buenas, Cedeño.

—Hombre, don Tito, no joda, así que quedó usted enterito.

—Sí, viejo.

—Ta' bueno, —me sonrío, me cae bien este Cedeño, jamás un problema con él, llamo al ascensor marco el cuarto piso, siempre estoy subiendo y bajando, bajando, volviendo a subir, pareciera que a eso se redujera mi vida.

—¡Don Tito! —oigo la exclamación de Marta que me saluda y la veo, veo a mi secretaria que se levanta y me abraza y yo me siento incómodo y la abrazo también y hubiera dado cualquier cosa para que esta escena se hubiera omitido del programa, pero qué va, el asunto es siempre un ritual con sus juegos, jueguitos, juegotes, y sé que todavía no se ha acabado, que falta que me pregunte por Queta y los niños,

—Todos bien, Marta, todos bien gracias —la corto, ya basta.

—¿Alguien?

—¿Esperando?

—Sí

—Dos clientes y un periodista

—¿Con cita?

—Ninguno

—Entonces, ya sabe como es la cosa y ni una palabra a nadie de nada.

—De acuerdo. Doña Queta lo ha llamado ya tres veces. Dice que le avise si va a ir a la casa a almorzar porque de no llegar usted se va con los niños a donde sus padres.

—Llámela y dígale que tengo asuntos urgentes y a las doce y media me ordena una lasagna al *Sarti*.

—Muy bien.

Paso a mi oficina, abro la puerta, enciendo las luces, y de ahí al escritorio, los cuento, diez pasos, y sé que en casa de mis suegros la vida seguramente sigue el ritmo de siempre, abro la gaveta de la mano derecha, saco la pluma, me pongo los anteojos, Queta estará ya junto a la piscina y con ella Julia, Alicia, Maricla y Antonia y los niños dando vueltas y más vueltas con las cholitas, reviso mecánicamente la correspondencia, Queta tomará uno, dos, tres, *Gin and Tonics* para los nervios y vendrá Eugenio, ¿qué desean comer las señoras? ¿la langosta? sí, la thermidor de cuando llega la gente y el cocinero se marchará a prepararla y ellas se llamarán, darling, y dear e intercambiarán confidencias y chismes y sobre todo querrán hablar del secuestro, del maldito secuestro, y por último terminarán planeando la próxima fiesta de cumpleaños de Guille o Alberto o, seguro, la mía que ya falta poco, separo un sobre de *Lehman, Goldman and Loeb*, la piscina de esa casa se utiliza cada día menos y menos, ahora sólo la llenan cuando Carmela y José dan una cena y se encienden todas las luces verdes y los reflectores de las palmeras, pero eso ya casi nunca sucede, por lo menos, nada como antes, o sea, como cuando Queta y yo éramos novios y los domingos llegaba un

mundo de gente, amigos y parientes de amigos y esa manada sobregirada en la vida, se tomaba un par de cognacs hechos con la receta del Club que preparaba mi suegro y todos quedaban saltando, brincando, contándose chistes macabros, se servía la langosta de Eugenio, una ensalada tal vez, y mi suegra, alta, delgada, pelirroja, que entraba y salía de la piscina, que se ponía aquel kimono amarillo de lunares anaranjados y hablaba de los matrimonios de la semana y, de ahí, al tema de los divorcios y de los reinados de carnaval, y soñando con ser el prototipo de la versión panameña del American Way of Life o, mejor, aún, de los Beautiful People, pero, aquellos week-ends sin fin tuvieron su final y todo fue por ley natural, como tú hubieras dicho, sí, Mariana, como las hojas que se desprenden, amarillas, de los árboles, y los mangos y las papayas y las naranjas y los limones que, al envejecer y podrirse, cobran ese aspecto negruzco, arrugado y ese olor repelente, agrisulce, repugnante, digo, como aquella acusación tuya de que yo he sido la causa y, si no la causa, la fuerza motriz de todo lo sucedido y también como aquel tono que utilizabas, helado, de haberme prostituido al casarme con Queta, esa “negación elegante”, ¿recuerdas que así la llamabas? Te veo, ¡qué claramente te veo!, sentada sobre tu cama —nuestra cama— frente al espejo, te habías quitado los zapatos, leías un libro y de pronto lanzaste la frase en forma calculada, esa prole, Tito, todos ellos manicuradísimos y sonrientes, y yo explicándote, sí, explicándote que lo sucedido no tuvo sus orígenes en ella, que lo de Queta fue un accidente o un incidente más sin trascendencia, que yo no he hecho sino cumplir con las reglas del juego y llama a esto un trip más o una fumada más with the famous micromite filter, llámalo como quieras, amor, pero lo cierto es que a esto se va y se llega por un solo camino que tú conoces, correcto, y que rehusas transitar, correcto, y es por eso, Mariana, que aquí me tienes vestido de gris, para venir a la oficina, empleando a Marta para que me atienda a los clientes, manejando un Mercedes 350SL plateado, y esas son las cosas que tú atacabas con gestos hirientes y

palabras punzantes, afiladas como picahielo, ¡carajo! no seas terca, Mariana, y comprende que Queta sí es necesaria, con todo y sus pestañas falsas y sus baños de belleza de tres horas y sus expresiones de “¿darling, por qué no me lo dijiste antes?”, ella sí es necesaria, sí que lo es, aunque te rías, ella cumple con una barbaridad de funciones de relaciones públicas, me acompaña a almuerzos y cenas, va a funerales, lleva a los niños todas las tardes a casa de mis padres y sus padres, sale de compras con las esposas de mis socios, visita a los amigos en los hospitales y les envía arreglos florales, ¡contra!, ya basta, tú sabes muy bien lo que he querido decirte, no te hagas la tonta y es que ella es dedicada, no es mala gente and please, Mariana, don't call it shit, que no lo es, Mariana, ¡contra! no lo es.

—Don Tito, la secretaria de Pérez Dávila en la línea. —Oigo la voz de Marta que entra y afuera llueve y el aguacero que cae, fuerte, monótono, y las ventanas que se han empañado.

—No quiero hablarle ahora. Dígale que nos reuniremos, tal cual, a las cinco.

—¿Nada más?

—Nada, Marta, y por favor que no pase nadie.

—Está bien.

Levanto la vista, frente a mí la foto de Queta y los niños, la que se tomaron hace poco y Robertito me entregó una mañana temprano envuelta en papel de china y todo eso, saco el pañuelo, me lo paso por la frente, Roberto está serio, Rodolfo, con esa sonrisa de él tan deliciosa, Rodrigo... bueno, Rodrigo no se puede decir que tenía realmente facciones todavía. Observo a Queta, la misma, y pensar que en marzo se cumplen cinco años, ¿el año pasado?, enciendo otro cigarrillo, ¿o fue hace un par de domingos?, ella organizando aquella fiesta en nuestra villa, allá en Playa Coronado, el sol era brutal, dejo caer las cenizas, los árboles sembrados, los niños nadando en la piscina y yo tomándoles fotos, cáptelo con nueva Rollei 35, Queta, repito su nombre, todo empieza con un contacto casual, estamos dormidos casi, digo,

casi a punto de dormirnos, las otras villas repletas de gente, el campo de golf como un manto verde con el mar y la montaña al fondo, los invitados llegando, la música; ¡hola ricura!, los cuerpos bailando, el ritmo agitado, los mesoneros del Club, ahí, los mesoneros impávidos, deslizándose, whisky con agua, con hielo, con soda, whisky en las rocas, how charming of you, Garrido, to give this party in our honour, our pleasure, Mr. Ambassador, los gritos, Maruca González, histérica, los gritos, Maruca González, cabrona, Queta, la vuelvo a mirar, vuelvo a mirar a mis hijos, sólo por eso valió la pena tocarla, me siento y busco un cenicero y echo las cenizas y luego la cabeza hacia atrás cerrando los ojos, cada nacimiento de un hijo es una nota original en el programa, cada nacimiento es como si los demás nacimientos fueran sólo eso, Mariana, un nacimiento, allá lejos y en abstracto, una palabra escrita en los diccionarios: “acción o efecto de nacer”, abro los ojos, me quedaba ahí, alelado, ahí, frente al ventanal de vidrio de la sala de maternidad del San Fernando una hora, o algo así, mirándolo, mirando a mi hijo recién nacido, y le observaba la nariz y todo su cuerpecito tan perfecto y hasta las uñitas me parecían bellísimas, un placer grande, inmenso, gigante, un placer demasiado hondo para hablarte ahora de eso, amor, me levanto y doy unos pasos, pero esta tarde, ¡no!, esta tarde no habrá nada y por nada quiero decir palabras, gestos, expresiones, que me hagan consciente de lo mucho que quiero a mis hijos y los niños estarán probablemente cenando en su cuarto repleto de juguetes y las cholas estarán cargando a Rodolfo y Rodrigo y los alzarán para que yo los bese y ellos olerán delicioso y Robertito, qué va, él no estará en brazos de nadie, sino jugando con el tren eléctrico o con el Pato Donald que le trajimos Queta y yo cuando fuimos a Orlando y Queta pasará tal vez por ahí, si es que está en casa, o sea, si no se ha ido de compras con Julia o Maricla y fruncirá el ceño y le brotarán algunos pliegues alrededor de los ojos y con la mano distraídamente acariciará el mechoncito de pelo rubio de Rodolfo y ella y las cholas repetirán aquello de no sean así mu-

chachitos desganados, y llamarán *Bobcito* a Roberto y le ordenarán que ya te hemos dicho que no te columpies en la sillita guatemalteca que te regaló la abuela Carmela y bébete esta cucharadita de sopa por mami, por papi, esta otra por los cuatro abuelitos, y yo, a todo esto, ya me conoces, Mariana, yo a todo esto con los brazos cruzados y mirando aquel cuadro en silencio, a sabiendas de que yo ahí estoy de sobra, apago el cigarrillo, los beso, los abrazo, pero, ¡coño!, no sé en qué consiste este amor, no quiero creer que sea solamente por egoísmo o sea por verme reflejado genéticamente en ellos, ni tampoco por un sentimiento de responsabilidad que los quiera, no, claro que no, vuelvo a sentarme, pero, ya ves, estas son las cosas que nunca he podido conversar con Queta y es que lo de nosotros nunca ha ido más allá de los anteojos oscuros y los viajes nocturnos en carro y cuando una vez le pregunté qué creía ella que era la paternidad, me contestó, ¡Tito, por Dios, es tener hijos!, y comprendí que no había nada más que decir y hablamos palabras y más palabras y todo desembocó en el tema de la zambullida en la piscina y ella estaba frente a mí en bikini, luciendo la maldita sonrisa y con un *Gin and Tonic* en la mano y yo me sentí, amor, de pronto envejecido, más confundido que nunca y con unas ganas enormes de lanzarla a volar por las calles, pero en vez me reí y le celebré sus sandeces y ella que seguía con la risita de idiota, perfectamente compuesta y moldeada con la arcilla de *Vanidades* o *Buenhogar* me puso los pelos de punta y me hizo recordar a mi padre, el único hombre que conozco capaz de sostener a voz en cuello que yo, Roberto Augusto Garrido III, soy el Hijo del Hombre que vino a sellar para la posteridad su linaje y a desempatarle de los otros, de los felices y los amargados, de los mediocres y retardados, de los fuertes y débiles, y por eso desde que nació hizo grabar mi nombre en cucharitas, platos y vasos de plata y de ahí pasó al rotulito para mi pupitre, cuando yo aún estaba en La Salle y, luego a la Parker, al reloj de pulsera y, más tarde, más tarde, todo se redujo a iniciales y tuve prendedores y mancuernillas y hebillas

de oro con aquel RAG, reluciente, que él ha llevado incrustado en la frente, en el corazón, en los ojillos de él, miopes, y lo ha paseado, también, por los pasillos de la Asamblea mientras aseguraba a Mr. Gibbens, el contrato de protección arancelaria se firma mañana, y celebraba con un Martini bien seco sus nombramientos a este o aquel cargo directivo dentro de las empresas multinacionales de Gibbens-Mac Gloskey Yankelovich-Bell, y ya nadie le pregunta por el monograma porque lo conoce de sobra y, ahora, él lo ha hecho poner en los palos de golf que un día voy a heredar, en el portón de la finca de El Valle, en los inmensos trofeos que gana con sus caballos de carrera y creo que hasta en el estuche de las fichas de dominó que juega y yo habré de jugar, como él, los martes y jueves en la terraza del Club.

Tito Garrido se levanta del sofá de su despacho y hurga en los bolsillos del saco para descubrir que el encendedor que anda buscando está sobre la mesa, ahí, frente a él. Entonces, va hacia la ventana, enciende otro cigarrillo y lo peor es que lo hace a sabiendas de que no podrá fumarlo y estar a gusto al mismo tiempo.

Garrido se asoma a través de los ventanales de vidrio de su despacho que continúan empañados, trata de sonreír para hacer algo con su rostro, pero su boca permanece inmóvil, atrapada en un rictus automático, preciso, electrónico, uno de esos acomodados a la cámara. La lluvia cae, fuerte, lluvia color de limonada, como todas las de octubre y noviembre, cuando las calles se anegan, los carros se atascan en el lodo, las aceras se convierten en pequeñas lagunas, los ríos, el Matasnillo sobre todo, se desbordan y en las escuelas se suspenden los recreos. Cuando yo era pequeño, Mariana, y cuando tú eras pequeña, eso es, y supongo que, ahora, habrá de ser lo mismo, era cuando estas lluvias, ¿te acuerdas?, que nos mandaban a leer en alta voz las Rimas de

Bécquer y los extractos de Fray Luis y aquel Montalvo que nos ponía a roncar casi al instante y en la noche reuniéndonos todos para jugar al sun-sun de la calavera y Pepe, cubriéndose con aquella sábana blanca, y venían los cuentos de miedo y a esconderse en los cuartos de la casa blanca de las rosas rojas de mi abuelo Tito y nadie, más despreocupado que nosotros entonces, ¿no es cierto?, vuelvo a sacar de mi billetera, donde la guardo, tu fotografía, te observo, los pómulos altos, los labios carnosos, la barbilla redonda, la delicia de acariciar tu piel, de volver sobre esas huellas hasta donde comienza la energía original y se recobra la infancia perdida y por esos peldaños recoger el tiempo que ya falta y sacudir, así, el polvo de la soledad que nos define y tú me preguntarás, amor, claro, y tendrás razón, tú me preguntarás, bueno, y a esto te diré, Mariana,—tu—mi—ley—natural, tu—mi—conciencia, que “cuando no hay más futuro (como no hay ya futuro para ti conmigo ni para mí contigo), sino un sólo presente fijo / todo lo vivido, revive, ya no como recuerdos / y se revela la realidad toda entera en un solo flash” y, así, en ese momento del flash o de la otredad o como sea que querramos llamarlo, descubro que conocerte fue viajar hacia el terminal de todos los caminos, hacia la puerta abierta que conduce al infinito, pero ya ves, yo no lo supe entonces, no, y fui botarate y creí que si te tenía y te poseía toda mía, toda entera por rincones y avenidas, te tendría siempre; ¡qué bellaco!, y lo más probable es que si se volviera a dar ese pasado, si yo volviera a contar con un futuro, volvería a cometer el mismo error y volvería a pedir más y más, volvería a añorar un beso mejor o quizá diferente, o desear el coito inefable, ya todo fuera del tiempo y apartado, por ejemplo, de esta luz del teléfono que ahora se enciende para avisarme que hay alguien en la línea y que debo levantar el auricular y hablar y mientras lo hago, miro la alfombra marrón, las cortinas amarillo oscuro, el sofá, los dos sillones de cuero, la mesa con cuatro ceniceros, este cuarto, en fin, que ha sido decorado todito por Queta y que impone la presencia de mi mujer aquí, allá su sentido de belleza elaborado en clichés, sacado de *House Beautiful* o

de *House and Garden*, o a lo mejor de esas otras revistas con copyright en Venezuela, B.A. o México, que ella compra por cerros cada semana con la esperanza de salir retratada en ella algún día, o para enterarse acerca de la vida íntima de Grace Kelly, o cómo ser la mujer ideal para un superhombre, o cómo brillar en la intimidad sin que él se asuste, o tal vez aprender siete trucos fáciles para adelgazar, porque Queta es la mujer con la más exquisita cultura de revistas y dime, Mariana, —amor—, Mariana, ¿qué más me queda sino mirar el reloj para descubrir que ya son las diez?, digo, que cada minuto es una hoja más que se desprende, o mordisquear, tal vez, el lápiz, mientras escucho a Marta que habla y revisar unas cuartillas que ella me ha dejado sobre el escritorio?

—De acuerdo, pase la llamada, Marta.

—Dígale a Mi Coronel que con el mayor gusto repetiré al Presidente y a los miembros del gabinete lo que le conté ayer a él.

—A las cinco en la Presidencia, de acuerdo.

No, para mí, no, pero para cuidar la vida de mis hijos, quizá, dos en casa, todo el tiempo.

—No se preocupe, no ofreceré entrevistas a nadie. Comprendo que la seguridad nacional está en juego.

—A las cinco en la Presidencia. Hasta luego y gracias por su interés. Adiós, adiós.

Marta entra y me entrega los periódicos, conjuntamente con la correspondencia que ha traído el mensajero y, ahí, en primera plana, la veo, la noticia, sí, ahí está, abarcando toda una página, me quedo pasmado, le han dado un despliegue brutal: EL VIAJE ANGUSTIOSO, la leo y la releo, el sensacionalismo y William Randolph Hearst quedándose como un enano baboso ante esta

morbosa versión de los hechos ocurridos ayer en la mañana, me detengo ante la fotografía del autobús en marcha, busco la leyenda y ahora lo sé, sí que lo sé, no se trata de un mal sueño, todo contra ha quedado colgado, ahí, ahí está bailando sobre las letras, bailando:

El grupo de guerrilleros con sus rehenes mientras cruzaban por las avenidas de Panamá, rumbo a Tocumen, donde un avión de Air Panama aguardaba a los guerrilleros, presos rescatados y a la misión del Arzobispo y los miembros del cuerpo diplomático para conducirlos a Trípoli, capital de Libia. En el extremo derecho, entre sombras de otros viajantes, se destaca el rostro del Ministro de Comercio, Doctor Abel Ramírez, en medio de dos fusiles. En la siguiente ventanilla, se destacan también las cabezas de los ingenieros Juan Alberto Rivera y Joaquín Menéndez y, delante, el rostro encapuchado de lo que parece ser una muchacha guerrillera. En la otra ventanilla, siempre de izquierda a derecha don Antonio Vallarino, en primer plano y el Doctor Ricardo Arosemena, nuestro embajador ante la ONU, al fondo. En las dos últimas ventanillas, una cabeza encapuchada de otro de los guerrilleros, varios fusiles y la efigie clara de medio cuerpo de uno de los secuestradores.

Tito Garrido, aturdido, vuelve a encender un cigarrillo, pone a un lado el periódico y echa un vistazo rápido a la correspondencia, pero no es posible que logre concentrarse en nada y vuelve a levantarse, da varios pasos alrededor del escritorio y, luego, va hacia el pequeño bar que tiene en su despacho y se sirve un trago bien cargado, y es que esto del secuestro, ¡qué vaina!, Mariana, esto será algo que se tendrá que digerir muy poco a poco, ni el Gobierno, ni el pueblo, ni nadie podrá olvidarlo así nomás, tragárselo de un sorbo, tal como yo lo hago, ahora, con el whisky, mientras leo la descripción de la noticia, según declaraciones del Arzobispo poco antes de abordar el avión, rumbo a Libia.

Después de tantas horas de exacerbada tensión, el momento más trágico para mí fue nuestra salida de la casa del Dr. Garrido hacia el autobús. Fueron en realidad momentos de inmensa angustia. Así comenzó ayer su narración para El Matutino el Señor Arzobispo de Panamá y jefe de la grey de este país, relatando lo que constituyó el epílogo de una jornada en la que él fue figura principal, como mediador en los hechos que toda la ciudadanía conoce. Continuando el relato de la salida hacia el aeropuerto, el Arzobispo indicó que bajo instantes de suma tensión salió del lugar, él primero, luego el Nuncio Apostólico, después los embajadores de Venezuela y México y finalmente los rehenes y guerrilleros. Minutos antes, a petición de los captores, tanto él como el padre José Rodríguez que fungió en esas horas acuciantes como su secretario, inspeccionaron minuciosamente los alrededores de la vivienda, situada en la lujosa Urbanización Obarrio, luego de pedirle a los efectivos del ejército que se retirasen y despejaran el lugar.

ORDENAN VÍA LIBRE

Desde el mismo momento del arranque del vehículo, la tensión creció porque los guerrilleros exigieron al conductor del bus que no respetara los “altos” y que si no lo hacía así peligraba su vida. El bus de la CUTSA, cargado de rehenes y guerrilleros tomó a gran velocidad rumbo hacia Tocumen por la *Vía Ricardo J. Alfaro*. Hubo que hacer un alto al llegar a la circunvalación cerca de la Cervecería, pero los guerrilleros exigieron al conductor que siguiera sin respetar las leyes de tránsito. Entonces, Monseñor gesticuló a los vehículos que venían en preferencia para que se detuvieran.

UNA BANDERA Y UNA GRANADA

Todavía con la natural angustia de esos instantes, Monseñor recuerda vívidamente la figura joven, muy joven del guerrillero que ubicado junto al chofer, cargaba en la mano izquierda una bandera del Grupo y una granada de fragmentación con el dedo metido en el aro del seguro, listo para zafarlo. En la otra mano portaba montada una metralleta. Mientras tanto, todos los demás captores (doce aproximadamente) tenían sus armas bala en boca.

UN CARRO INOPORTUNO

Pero, quizá, el momento de mayor zozobra para Monseñor, sus acompañantes diplomáticos y rehenes fue cuando, al ocurrir el trasiego de personas de la casa del Doctor Garrido al autobús, acertó a pasar, ya despejada la vía de militares, un vehículo particular y el guerrillero que vigilaba la operación lo detuvo violentamente gritándole, “párese o lo mato”. Monseñor fue, entonces, a explicarle al conductor del vehículo y le pidió que se retirara del lugar. Otro vehículo, también quiso pasar por el lugar y Monseñor, una vez más, intervino para que se regresara y no pasara por allí. En esos momentos la tensión era inmensa. Al llegar al cruce entre la *Ricardo J. Alfaro* y la *Transístmica*, el chofer del vehículo en que viajaban los guerrilleros con sus rehenes, así como también los mediadores, tuvo por fuerza que frenar por el semáforo que hay en esa intersección. Un guerrillero, quizá el más joven de todos exigió al chofer que no bajara la velocidad. Intervino, entonces, una vez más, Monseñor para explicarle que podría ocurrir un accidente y que era mejor que el bus hiciera el alto. El comandante de los guerrilleros aceptó la sugerencia.

INTERVENCIÓN DE MONSEÑOR

¿Cómo fue que Usted, Señor Arzobispo, intervino en los acontecimientos? Él nos responde:

“Como cristianos y amantes de la paz, somos profundamente partidarios del diálogo. En tal sentido, entendimos y sentimos que era nuestro deber intervenir en aquellos sucesos para evitar más tragedias y derramamiento de sangre. Hicimos, pues, todo lo que estuvo a nuestro alcance para que se arribara a una solución sin violencia.” Y, luego continúa: “Queremos enfatizar algo que nos parece de vital importancia en las relaciones con la convivencia humana: el diálogo bien llevado y conducido soluciona satisfactoriamente cualquier conflicto por muy delicado que sea, cuando las partes en pugna tienen buena voluntad y espíritu de conciliación”.

Poco antes de terminar sus declaraciones, Monseñor señaló que las negociaciones se llevaron a cabo dentro de un clima de mutuo respeto.

Garrido termina de leer la noticia, tira el periódico a un lado, se arrecuesta en el sofá de su despacho, cierra los ojos para abrirlos inmediatamente y más por instinto que por otra cosa toma una revista, “Requiem por las guerrillas rurales”, lee el encabezamiento del editorial de *Visión* de hace un par de semanas: “A partir de 1965, los ejércitos locales derrotaron de hecho las guerrillas rurales del Perú, Venezuela, Colombia y Guatemala y las convirtieron en grupos aislados y marginados que no constituían una amenaza para los gobiernos”, ¡qué sarcasmo, coño!, bebo otro trago, ¡qué gente esa, ultra-torpe!, Mariana, y comienzo a repetir como un bellaco, *Visión*, sinónimo de imagen, percepción, circunvisión, televisión y el secuestro, ¡contra!, me he quedado solo, negramente solo, con mis muecas y mis arrugas y es que todo ha sido tan fugaz, solo, como un show sin anuncios de cigarrillos *Winston* y aquí me tienes, solo, re-

pleto de letreros y puertas y palabras que se cierran y tú, luminosa en la pantalla, es hora de dejar de correr, solo, tocan a la puerta, pasen adelante, digo, no me oyen, sí, pasen, pasen, pasen, solo, nada, siguen toca—que—te—toca, todavía está lloviendo, solo, veo a papá que entra, me lo quedo mirando con ganas de decirle, oye, tú, ¿qué diablos haces aquí?, pero en vez le digo un:

—Hola, papá —que suena bien cortés y me pongo de pie para abrazarlo.

—No tengo mucho tiempo, —él siempre con sus aclaraciones, y qué va, no me abraza, no, ¿para qué? eso sobra, digo, está de sobra.

—No has concedido entrevistas, ¿no?

—No, papá, —¡carajo!, yo siempre requetecomedido.

—Además, el Coronel...

—¡Qué Coronel, ni qué niño muerto!, —la soberbia lo ahoga.

—Aquí el de la experiencia política soy yo, ¿qué saben esos militares recién llegados, estos genios de pacotilla de los asuntos de Estado? Tú, ni una palabra a nadie, todavía. ¿Me oyes? Nada. El asunto tiene que ser bien coordinado. Una conferencia de prensa, tal vez, y las declaraciones preparadas de antemano. Ridículo esto que ha hecho el Arzobispo, ridículo, —repite y esto sí que no se lo discuto.

—Ya.

—Ya, ¿qué?

—Que lo del Arzobispo ha sido una metida de pata soberana. —Y trato de sonreír, pero, ¡qué vaina! , me sale en vez una mueca automática de esas de, sí, papá, aquí me tienes a tu antojo, y él lo capta y, satisfecho, camina por el cuarto y sin mirarme siquiera me pregunta desde la ventana:

—¿Leíste ya el comunicado de los guerrilleros?

—No, no he tenido tiempo.

—Pésimamente redactado, fruto de mentes retardadas, acomplexadas, desquiciadas.

—¿Crees, tú?

—¡Cómo!, ¿es que siquiera tienes dudas? ¿Qué te pasa a ti, ah? —Y se hace un silencio que parece definitivo, nos quedamos mirando y yo sé que allá, por lo bajo, él me está llamando desde pendejo, hasta grandísimo come mierda y cuidado que hasta mucho, mucho más, lo veo salir, ha tirado la puerta sin disimular su enojo, no hay nada más qué decir y él, lo sabe y yo, amor, de tantos años a su lado lo adivino, aunque siga reclamando con la terquedad de siempre su presencia y tal vez hasta un apretón de manos que no tenga este tufo horrendo a indiferencia, me sirvo otro trago y comprendo que eso es todo, eso es, todo, todo, todo, tal como lo ha pensado él y yo también, aunque yo siga buscando empecinadamente otras cosas, enciendo un cigarrillo, y tu voz, amor, tu voz aquí diciéndome, Tito, no hagas de eso una empresa, exhalo el humo, deja que el asunto fluya, me lo decías a cada rato, se trata de algo así como la respiración que sigues viviendo y te topas con algo y lo ves y te ve y a veces es hasta un puro golpe de amor y sigues viviendo y ya has dejado a un lado esa fraseología de búsquedas y encuentros y exploraciones y, tarde, comprendo, como siempre tarde, que tú sí andabas en un momento de lucidez, de fagonazos, de verdades cuando me dijiste todo aquello. Voy hacia la grabadora, pongo la cinta que grabé hace unos días en aquella reunión con mis colegas poco antes de que los negociadores nos reuniéramos con Bunker, hay que refrescar todo lo dicho entonces, sobre todo antes de esta tarde cuando nos veamos en la Presidencia, aprieto los botones de la grabadora, la luz se enciende y el olor a colonia que sigue aquí, Mariana, la misma *Jean Marie Farina* que ha usado el viejo desde que yo recuerde, el aroma penetrante a colonia, a tabaco negro, entrelazándose, y de pronto la voz de Gaudiano, ronca, levantándose como una descarga; ¡preparen, apunten, fuego!: el Tratado de 1903, es un documento leonino, una estafa que nos ha dejado con una soberanía mediatizada en la Zona del Canal y el Gobierno de los Estados Unidos gozando a sus anchas de nuestra privilegiada posición geográfica y poniendo ésta al servicio de sus intereses y de su

economía, y tú y yo, amor, aquella noche, los dos en la terraza del Teatro Nacional y yo tomando tu rostro entre mis manos, descubriendo la magia inmensa de tus ojos, ¡esa jeringa se acabó, Señores!, tus ojos mirándome y yo mirándolos y sintiendo a raudales tu ternura, tu suavidad de terciopelo, ¡ahora el mundo entero lo sabe y el pueblo panameño no está dispuesto a rendirse más nunca a ningún amo!, tu figura de pie contra la noche, tus caderas, tal vez un poco anchas, lo han hecho para jodernos, sí, para jodernos, yo conozco bien a esos gringos, Gaudiano se exaltaba, contra toda autorización contractual han militarizado la Zona y han puesto en ella emplazamientos nucleares sólo para jodernos, para comprometer la seguridad de nuestro pueblo y la neutralización del Canal a que tienen derecho el Estado panameño y los demás Estados del mundo, la inocencia casi infantil con que me pediste que te encendiera un cigarrillo, no temas que no te voy a hacer nada, me dijiste, y yo respondiendo con lo que tú creíste que fue una muestra de ingenio y no era sino una cita de Taylor, Fear is the mother of foresight, tu carcajada sonora, ¡bases no!, óigalo bien Garrido, ¡bases a ningún precio!, tu risa de anaranjado puro brotando luminosa, corriendo como azogue, ¿no estás de acuerdo con nuestra posición, Garrido?, tú abrazándote de pronto a mi cintura, el asunto no es tan fácil, el país lo necesita, yo sintiendo por primera vez el toque de tus manos temblorosas, no friegues, también lo necesitábamos en el año tres y por eso lo entregamos todo, menos la neutralidad, ambos cerrando los ojos y el tiempo clavándose para que fuéramos tal vez por un instante la pareja, para que yo reconociera en ti la unidad, en fin la vida misma, la posición de Ustedes es utópica, el que acepta negociar, acepta la transacción y el compromiso, se trata de que lleguemos ambas partes a un acuerdo, el tiempo, amor, ya sin nombres, ni horas, ni apellidos, en este caso, lo ha dicho Bunker, las posiciones planteadas son negociables, tú y yo, Mariana, gozando de nuestra mutua cercanía en ese teatro de palcos dorados, alfombrado en rojo y frescos de Roberto Lewis, ahora es

la voz de Reyes, pausada, machacada, la que habla, los gringos no accederán porque sí a una abrogación del Tratado de 1903, yo recobrando el asombro maravilloso de estar vivo, no hay que engañarse, hombre, ellos necesitan legalizar de algún modo su presencia militar en la Zona del Canal y eso sólo lo lograrán a través de un nuevo tratado, las voces continúan, una voz sigue a la otra, vociferan, me es imposible concentrarme y, cansado, voy hacia el ventanal, sigue lloviendo, es la misma lluvia fuerte, color de limonada, el cielo está opaco, pero las voces, Mariana, las otras, que vuelven, que me rebotan en el cerebro, ¡bases nunca, Garrido, eso nunca!, eran, inicialmente sólo cinco, se abrían paso con los fusiles y luego aquel grito prolongado y Elías y Felicidad luchando inútilmente por cerrar la puerta de entrada de la casa que se había abierto en honor de nuestros invitados y la tremenda balacera y las voces, las voces siempre, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, y, de pronto, Mariana, la estrechez, los gritos y tú, ahí, con aquella cinta amarilla sobre los cabellos y el humo de los cigarrillos caldeando el salón y los mesoneros, tirados, con las mujeres en el suelo y las bandejas vacías y los vasos rotos y Ricardo Arosemena que se había quitado el saco y aflojado la corbata y tú, ahí, con la cinta amarilla sobre los cabellos. Llamo a Marta.

—Cancele, por favor, lo de Pérez Dávila. Explíqueme que me han citado de la Presidencia.

—Bien, don Tito.

Garrido da unos cuantos pasos alrededor del cuarto, la barbi-lla le tiembla y se lleva varias veces las manos a las sienes. El dolor está ahí, ahora, estático, y siente cómo lo golpea y su cuerpo se cubre todo de un sudor helado. Las manos temblándole, se las lleva al vientre, las manos temblándole, se palpa el estómago y a la altura del esófago siente el ritmo acelerado de su corazón y otra vez camina, siempre cabizbajo, hasta el ventanal de vidrio y escucha el chas-chas-chas de la lluvia y el ruido de los carros que pasan, todo tan cerca, además, las manos temblándole y pega la

cabeza sobre el cristal helado de los ventanales y vuelve a mirar el reloj, son casi las once, ponte la corbata negra, fue cuando me enteré lo que era la muerte y fuimos a enterrar al abuelo Tito en aquella ceremonia, en Catedral, interminable, ponte la corbata negra, yo de once años recorriendo las losas de la iglesia, 1-2-3-4-, ponte la corbata negra, salté la primera lápida y era como jugar rayuela, ponte la corbata negra, tenía, además, forma de rayuela.



ponte la corbata negra, las voces ahí, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, y los muchachos que jugaban en el parque, dame un real, pelao, no loco, dame un cuara, era día de duelo nacional decretado por el Presidente de la República, 6-7 ¡bases no! ¡tratados con bases no pasarán!, yo saltando otra lápida, “Feliciano Pascual nació el 27 de julio de 1861 y murió el 28 de enero de 1869 ¡los breves días de su existencia colmaron de dicha el corazón de sus padres! su eterna separación los ha dejado colmados de un recuerdo que es todo tristezas y lágrimas”, el grupo aquel montando guardia frente al sarcófago, cubierto con la bandera nacional y yo tratando inútilmente de hacer conversación con ellos porque hacía horas que estábamos ahí y me aburría soberanamente, quédate quieto, Tito, anda siéntate junto a tu mamá, me decían, y la familia que no se movía de las bancas de la primera fila y los hombres, toditos de sharkskin blanco, ¿o era drill 100?, con grandes anteojos de sol cubriéndoles el rostro y las mujeres, de negro, orgullosas de su capacidad de llanto, las-mujeres-todas-juntas-entreguen-las-carteras, y aquellos ojos de ellas, colorados, inflamados, desorbitados, y la gente que llegaba y nos abrazaba, how charming of you, Garrido, to give this party in our honour, y la fila que se atascaba al llegar a la altura de papá porque ahí, el abrazo iba acompañado de un discurso que él, impávido, escuchaba, gracias, amigo, gracias por acompañarnos, y el badajo de Catedral que doblaba y volvía a doblar, our pleasure, Mr. Ambassador, y el Presidente también en primera fila, vestido también de blanco pero sin los anteojos negros porque eso era prerrogativa de los deudos y con él, los ministros y yo, Mariana, reconocí al de Relaciones Exteriores porque era el tío de José Miguel, mi compañero de La Salle y hacía dos días que andábamos con eso de la muerte y la casa, repleta, día y noche, de parientes y amigos y yo, harto de tanto protocolo y de oír a mi padre que ya no llamaba a la gente por su nombre sino que les decía excelencia, señoría, magistrado, ministro tal-por-cual y luego, la noche de la vela cuando me

mandaron al jardín a jugar con Pancho, el hijo del vecino y ahí todo oliendo a rosas, todo reduciéndose a un barullo enorme, las voces que contaban chistes, que rezaban el rosario, el quinto-la-crucifixión-y-muerte-de-Nuestro-Señor-Jesucristo- y ahí también aquel EXTRA-EXTRA PANAMÉRICA-LA NACIÓN-EXTRA-EXTRA-HA MUERTO-EL-PRÓCER-GARRIDO-PANAMÉRICA-LA NACIÓN que se me ha quedado grabado y que me hizo caer por primera vez en cuenta lo que significaba la muerte, yo que sólo había visto gorriones y pelirrojos y perros y una que otra rata muerta descubriendo la muerte, digo, aceptando el significado, la extensión, digo, dando con el sonido unívoco de la muerte y de pronto, la impresión aquella, Mariana, al ver la inmensa fotografía en los periódicos, siempre la misma foto, él un poco más joven y más fornido, la impresión al leer la noticia y yo leyéndola no sé cuántas veces, releyéndola hasta memorizármela, sin comprender, acaso, el contenido: “intensa conmoción ha causado en todo el país el fallecimiento en la madrugada de ayer del prócer, diplomático, estadista, y sobre todo, ciudadano insigne, Doctor Roberto Augusto Garrido, quien fuera signatario en 1903 de nuestra Acta de Independencia y poco después nombrado Secretario de Relaciones Exteriores tocándole, así, ser testigo de todas las peripecias sufridas con motivo de la instalación del nuevo régimen establecido para la Zona del Canal y actor como alto funcionario panameño de la solución de referendos surgidos entre la administración de la mencionada Zona y el Gobierno Nacional”, y las lágrimas escurriéndoseme, aquel sabor salobre, y es que el abuelo no, no había sido eso, nada de eso, el abuelo había sido sólo un abuelo, un maravilloso abuelo que todos los sábados nos invitaba a almorzar y jugaba con nosotros y cultivaba una rosaleta y era dueño de la mejor caballeriza del país que quedaba en Cerro Punta, cierro los ojos, me acerco el vaso con hielo a la mejilla izquierda, me lo llevo a los labios y bebo otro sorbo de whisky, el vicio aquél, el amigo del abuelo Tito vestido de paño oscuro, chaleco cruzado, diamante en corbata negra, mancuernas de oro, leontina y pechera almidonada

agarrándome del abrazo, susurrándome, niño, un poco de respeto con la memoria de tu abuelo, y yo mirándolo, abriendo los ojos, así de grandes y comprendiendo que mi abuelo ya sería para todos solamente una memoria, digo, un dato, una fecha, un nombre para llevar guardado en el recuerdo, me arrimé al anciano y me senté, obediente, a su lado y al cabo de un rato me quedé dormido pensando que ese sábado, seguramente, ya no habría almuerzo como los otros sábados y sólo cuando la voz del Arzobispo se alzó hasta llegar al alarido fue que desperté y debió haber transcurrido mucho tiempo porque todo el mundo tenía, ya para entonces, clavada en la cara la imagen del hartazgo y el cura que seguía hablando, coño, y seguía hablando y hablando y no paraba de hablar y aquel acento alemán duro, chocante, y más chocante aún porque acaba de pasar la guerra y nosotros no queríamos siquiera que nos mencionaran a esa gente y es que, también, allá en La Salle, los Hermanos Cristianos eran franceses y nos habían enseñado a aborrecer a Hitler y Hitler para nosotros quería decir toda Alemania y además todos los amigos de los alemanes y, así, el Arzobispo era por lo tanto Hitler y seguía vociferando, igual que Hitler, gimiendo, clamando, hipando desde el púlpito y mi vecino que iba meneando la cabeza con disgusto hasta que se hastió y comenzó a murmurar cosas y más cosas, golpeaba el bastón, cosas que yo no podía descifrar y ahora sólo recuerdo que mencionaba a Bossuet y a Enriqueta de Francia y golpeaba y golpeaba con el bastón y dijo algo así como que todo aquello era un soberano plagio, un plagio inmundo y eso sucedió cuando el cura alemán hizo la paráfrasis, que en realidad no era paráfrasis, de un texto de Kempis que todo el mundo conocía:

Dispón y ordena todas tus cosas
según tu querer y parecer y
no hallarás sino que ha de
padecer algo, o de grado o por fuerza;
y así, siempre hallarás la Cruz

Afuera ha dejado de llover. Garrido va al bar y se sirve otro trago: mucho whisky, whisky on the rocks y la cabeza que seguramente ya comienza a darle vueltas. Son tres o cuatro los tragos que ha bebido, Whisky, something special, y Marta que entra, sigilosa como siempre, y te pregunta que si desea que le prepare una taza de café negro y le extiende los diarios extranjeros y ahora es mi foto, mi foto, coño, no la de mi abuelo la que hace la noticia. Le echo una ojeada a todo: miles de palabras escritas en todos los idiomas alrededor de la noticia, *Le Monde*, *L'Osservatore Romano*, *The Washington Post*, *El Día*, *The New York Times* y en este último leo un largo editorial y unas declaraciones del secretario de Estado Adjunto para Asuntos Latinoamericanos asegurando que, este asunto del Canal, Señores, habría que haberlo resuelto con rapidez y prudencia, nada de línea dura, pero el Congreso se obsecó y aquí tenemos las consecuencias. Dejo a un lado el periódico y la cabeza que me da vueltas como un trompo, bajo la mirada sólo para divisar que en *Excelsior* el asunto ha ido a parar a primera plana y hasta se han ingeniado para publicar fotografías de la fiesta misma y te veo, Mariana, –Mariana–Mari–Amor, sonriente, abrazada a Joaquín y con ustedes Ricardo Arosemena y Mrs Wilson, todos con una copa en la mano, isn't it a nice party, yes ma'm, a nice party, oh God, separo la vista, a very nice party, pongo a un lado los periódicos y me levanto, todo el asunto, carajo, va cobrando dimensiones gigantescas, ¡bases no!, óigalo bien Garrido, ¡bases, no! ¡defensa conjunta no!, y la estrechez y el humo de los cigarrillos caldeando el salón y el brillo del sudor, el maquillaje corrido en la cara de las invitadas y los mesoneros y los del conjunto típico y los músicos sentados con las mujeres en la alfombra y Maruca González, presa de un ataque de histeria, y la guerrillera aquella enmascarada apuntándonos, repitiendo como una autómatas, repitiendo con voz monótona, recitando como una colegiala boba, ¡Viva el 9 de enero!, ¡Por nuestra total liberación!, ¡Negociaciones de cara al pueblo!, ¡Ni una sola base militar!, ¡Soberanía o muerte; Venceremos! y aca-

baba y volvía a comenzar con la misma cantinela hasta que tú, Mariana, te le acercaste y le dijiste algo así como que cambiara el disco y Joaquín soltó la carcajada y fue cuando apareció el jefe y le dio una orden: Cinco, a cuidar la puerta que da a los garajes y supimos que entre ellos se llamaban por números no por nombres propios, 0-1-2-3-4-5, y yo, Mariana, saltando las losas de la Catedral, “¡Joaquín Aspriella nació el 5 de agosto de 1823, murió el 18 de mayo de 1847, sus inconsolables padres, hermanos y sobrinos le dedican este recuerdo, lloran su muerte acaecida en plena flor de la juventud!” y los guerrilleros con los rostros cubiertos con medias nylon de mujer, 6-7-8, y la misa, Mariana, la misa que había concluido y el Arzobispo rezando el responso ante el féretro, cubierto, de mi abuelo: *Liberame, Domine de/ morte aeterna, in die illa/ tremenda/ Quand coeli/ movendi sunt et terra/ Dum veneris judicare saeculum/ per ignem* y el féretro que salía de la Catedral y detrás de él aquel olor a incienso, mucho incienso, y el interminable cortejo de familiares, ministros, magistrados, diputados, embajadores, representantes de las Academias de la Lengua y de la Historia, dignatarios de los clubes Rotario y Leones, Hijas de María, vestidas todas de blanco con escapulario de oro, ancianos de la Masonería, y las coronas, millares de coronas fúnebres, grandes, pequeñas, medianas, inmensas, redondas, en forma de cruz, en forma y colores de banderas extranjeras, en fin, Mariana, todo un universo en flores y de flores y las rosas sobre todo, tan amadas por el abuelo Tito: nacionales, importadas, rebuscadas, la centifolia, multiflora, spinosa, spinosissima, eglateria, canina, arvensis, blanda, nítida, carolina, virginiana, setígera, californica, todas ahí, blancas, rojas, rosadas, amarillas, color té, color de mantequilla, con o sin espinas, y yo de la mano de aquel viejo, Mariana, aturdido, olvidado por todos, metido dentro de aquella increíble multitud y, luego, el sarcófago descansando en el gran carro de bomberos con antorchas encendidas, en la Knox, como lo llamábamos los muchachos, y los músicos de la Banda Republicana, en uniforme de gala, entonando durante

horas y horas y a medida que caminábamos a paso lento, rumbo al Cementerio Amador, la Marcha Fúnebre de la Sinfonía Heroica, esto por solicitud expresa de mi abuelo, y después la inevitable de Chopin, y allá atrás, Mariana, la muchedumbre haciendo calle de honor, la multitud congregada en los balcones y hasta en los techos de las casas por donde pasaba el desfile que resultaba inacabable, y es que debían ser ya las tres o cuatro de la tarde y los políticos que se inspiraban y pronunciaban en el cementerio aquellos discursos larguísimos y aburridísimos y todo terminó cuando el Ministro de Relaciones Exteriores, sí, el tío de José Miguel, se puso lívido y cayó al suelo desmayado, y una multitud de periodistas se echó sobre él para fotografiarlo.

Hace rato que Garrido se ha quedado sentado en el sofá, inmóvil, con la cabeza baja. Todo vuelve; cada escena se proyecta como lo que es: una realidad en tecnicolor. El script, Garrido lo conoce y vuelve a cerrar los ojos y ya sabe que no hay nada, eso es, nada, que lo haga olvidar. Es como ser estrella de cine y revivir la escena en una inmensa y cóncava pantalla como las de Cinemascope con efectos sónicos, con reflectores que se encienden y se apagan y él, de director–productor–actor–protagonista–espectador, y tú, Mariana, que aquella noche ibas de negro y yo, detrás, con unas ganas inmensas de amarte y los dos juntos, riéndonos al salir del teatro, vamos a mi cabaña de Las Cumbres, te dije, y nos volvimos a mirar, meciéndonos en nuestro deseo, luego, allá, tirados en la grama, los cuerpos entrelazados, los besos, regando con nuestro amor la tierra, cosechando amor y descubriendo, sí, descubriendo que el amor cuando es amor es sólo amor y más amor y a todas horas amor, Mariana.

Uno que otro ha pensado en Garrido esa mañana. Uno que otro ha comprado el periódico, leído las últimas noticias del secuestro y, tal vez, animado por un instinto de curiosidad se ha

detenido a contemplar esa casa de Obarrio que, de la noche a la mañana, se ha convertido en una suerte de teatro desde donde se habrá de medir con un poco de más precaución el tiempo. Uno que otro, también, ha intentado conversar con los criados de esa familia y quizá hasta penetrar las puertas y llegar al interior del mundo ése, guardián, ya, de tantos enigmas. Pero, todo empeño a ese respecto ha fracasado totalmente. Aun nosotros sabemos que, de algún modo, la casa de Tito Garrido nunca más volverá a abrirse como antes del viernes, cuando de vez en cuando, lo buscábamos, seguros de que, si no él, Queta nos acogería con los brazos abiertos. Porque en aquella época de nuestra infancia cuando el tiempo no era tiempo y lo medíamos solamente en términos de navidades y cumpleaños y week-ends nadando en la Isla de Taboga y, luego, cuando llegaban los meses de verano y no hacíamos otra cosa que montar a caballo en El Valle, él ya era una persona hosca. Esa era la época, sí, Mariana, cuando tú y yo teníamos apenas unos años más de lo que hoy tienen mis hijos y tú ya eras huérfana y vivías con tu abuela Lucía y aquellas dos tías solteras en esa casa inmensa, en esa cueva de soledad que es como decir, en una soledad sin fondo, pero nadie, nadie, qué va, nadie entonces hubiera sido capaz de imaginarse que vivir con aquellas viejas era y debía resultar, en efecto, un verdadero infierno, ¡ni de a vaina!, en vez, di tú, a lo mejor creíamos que eso de no tener a un papá y a una mamá jodiéndolo a uno con la cantinela ésa de no-hagas-esto-haz-aquello el día entero debía ser el mismo cielo y sobre todo, qué envidia, qué envidia gigantesca nos daba verte tan rodeada de juguetes porque tú siempre, ahí, con los mejores juguetes, los más grandes, los más caros, los más raros, la juguetería entera de Félix B. Maduro y del Bazar Francés mudaba a tu casa y por eso y por mucho más el barrio entero envidiándote siempre y hasta idolatrándote a ratos y conste que digo a ratos porque era así, o sea, que no era siempre que te idolatrábamos, sobre todo cuando te daba por sacar ese otro lado de tu personalidad, ¡contra!, ese lado frío, impersonal y dominante, capacísimo de alcanzar picos

incalculables de crueldad como aquella vez en el cumpleaños de Rosarito Prieto que ella mencionó algo acerca de la muerte de tus padres en ese accidente horroroso y es que tu papi fue el culpable porque la gente dice que manejaba como loco, lo dijo de pronto la pobre-tonta de Rosarito Prieto y tú que te quedaste calladita en un principio y sólo la miraste, la miraste así, digo, con unos ojos preñados, macizos de odio que todavía recuerdo y ya cuando nos íbamos, te sentaste en el suelo y nosotros contigo y tú llamando a Rosarito Prieto a tu lado, tú devolviéndole las canastitas y los dulces y, a medida que lo hacías, burlándote de la piñata en forma de conejo, y es que en esta fiesta no ha habido nada, le decías, ni Mago López, ni globos, ni rifa, ni regalos, ni película de Pepe Carioca y se ve a la legua que las cosas han sido hechas en casa, no encargadas a Doña Marita y me he aburrido como una ostra y no sé para qué diablos vine, y todo esto lo repetías con tal saña que Rosarito Prieto rompió a llorar desbocadamente, desenfrenadamente, despepitadamente y los demás nos fuimos contagiando y ahí hubo lágrimas, hipeos, gimoteos cortos, largos, puntapiés, puñetazos y los de la gallada de la calle treinta y ocho y treinta y nueve te quedamos odiando y aprendimos a temerte y tal vez fue entonces, claro, cuando entreví que había algo diferente en ti, porque después ya no hubo tiempo, digo, después vinieron tus viajes, o sea, que te ibas a cada rato y eso se convirtió bien pronto en sinónimo de desaparecerte y tu abuela nos explicaba, como si nosotros necesitáramos explicaciones, que no, que lo que pasa es que la tengo interna en un colegio que se llama *Miss Porter's*, donde mandan a las gringas millonarias y a la legua se veía que la pobre vieja andaba atiborrada de orgullo con lo que tú le contabas y no hacía sino hablar y hablar de eso cuando para las navidades íbamos en pandilla a admirar aquel nacimiento de ella que era el más lujoso del barrio, con figuras enormes traídas o encargadas a España que ella y tus tías solteras exponían en medio de desiertos, oasis, fuentecillas, jirafas, elefantes, pastores con sus rebaños, palmeras, cipreses,

corrales con gallos, gallinas, pollitos, gansos y patos, cascadas de agua, molinos de viento, lagunas y lagunitas, casas de todo tipo, música, luces indirectas y mucho etcétera, etcétera que nos dejaba a todos con la boca abierta, tal como nos dejó saber que ya hablabas, a la perfección, el inglés y que esquiabas en la nieve y que ibas de cacería de zorro a caballo en el hunt country de Connecticut y Pennsylvania y, así, con toda esta porción de extravagancias acabaste por convertirte de una vez por todas en el colmo, di tú, en el exceso, en la tapa de lo elegante, refinado y exótico y créeme, Mariana, que si te confieso, ahora, todo esto es porque desde este noviembre, desde esta distancia de kilómetros y kilómetros de recuerdos, medidos todos dentro de una ciudad donde el tiempo es siempre un tiempo de silencio y lluvias y silencio, puedo al fin hablarte tal como lo estoy haciendo, así nomás, digo, hablarte sin reparos y también aceptando que, para mí y para muchos otros, tú has sido, mujer, el símbolo de ese colmo, mejor dicho, del manjar infinitamente inasequible, porque aunque fuiste mía, todo sucedió tan fugazmente, sí, tan momentáneamente, que todavía ando con la impresión de que siempre tú y yo anduvimos como volando, siempre, con nuestro amor corriendo, siempre apresurados, coño, para que no nos alcanzaran las ruinas, temerosos, siempre, de que nos atajara el tiempo y nos convirtiera, como a otras parejas, en fósiles y es por eso que hoy que te veo, ahí, retratada con Joaquín en esa foto del *Excelsior* de México me pareces otra vez la misma mujer inasible que se marchaba, así, sin decir un adiós, menos aún, un hasta luego y que me dejaba con las dudas de que si nos volveríamos a ver otra vez. Levanto la vista, no sé por qué fijo la mirada en la expresión facial de Joaquín, por primera vez caigo en cuenta que luce tremendamente demacrado en la foto y es que ando con una neuralgia de espanto, me lo dijo así cuando nos tenían de cara a la pared y aquel guerrillero, amor, el cholo aquél, el del uniforme verde oliva, el único que andaba con los cachetes y la boca al aire, me sobaba las costillas con el M-14 y me preguntaba, ¿dónde está Wilson?,

¿dónde carajo lo escondiste?, y yo, yo que no decía nada, Mariana, ya me conoces tú, yo, muy quieto y Joaquín a mi lado y ante mi silencio entrándole por decir algo que pronto se convirtió en le-tanía, algo así como que el embajador se fue, que te he dicho que se fue, y yo por lo bajo con unas ganas inmensas de susurrarle, Joaquín hombre cállate, con unas ganas de decirle, te vas a meter en un lío del carajo y nos vas a meter a todos en ese mismísimo lío, pero qué va, yo seguía sin decir ni pío, sólo pensando que te pensando, cuando caraste el hombre, Joaquín, que mandaba al guerrillero a la mierda, digo, mandándolo literalmente a la mierda y, a que buscara al Ambassador en el jardín de los vecinos, porque el gringo ese, oye cholo, ¿es que no lo sabes? le preguntaba, sin esperar respuesta, el gringo fue en su tiempo saltador de garrocha, ganador de medalla de oro en la de Berlín del 36, y a los primeros tiros de ustedes se voló la tapia, así, suave, loco, nada como yo que me quedé de pendejo, aquí, esperándolos con el whisky en la mano y para ese entonces, yo, Mariana, ya hecho un fleco de pánico y aquél sin inmutarse siquiera seguía hablando, hablando, él solito se daba cuerda, mira cholo, se deleitaba en llamarlo cholo, cholo, mira, para ser más exacto hasta llegué a pensar que con tu pleque-pleque se iba a poner más caliente la salsa. Me levanto, me siento, cierro los ojos, los abro, me vuelvo a levantar y llevo recorrido ya casi todo el sofá en esta danza cuando reparo en Marta que ha entrado y está frente a mí con la taza de café y no sé desde cuándo ha empezado a dirigirme la palabra porque yo me limito a observar los labios de ella, delgados, nítidamente maquillados y de movimientos serpenteados y luego esos ojos celeste pálido que se iluminan dentro de un ritmo entrecortado y la veo alejarse hacia el ventanal de vidrio y descorrer las cortinas y la luz del mediodía, Mariana, la luz que entra, cortante como una navaja y que penetra rasgándome los ojos de un solo tajo, y todo en torno a Marta, incluso su silueta, se oscurece.

—¿Cómo se siente ahora, don Tito?

—Mejor, gracias. —Bebo un sorbo de café y está amargo.

—Únicamente, la luz, Marta, la luz...

—¿Le molesta?

Claro que me molesta, coño, si no, no se lo hubiera mencionado, pero en vez le digo:

—Algo —y yo lo sé y ella, mejor que nadie, lo sabe, que hay un pique en mi voz, pero ella es educadísima y no dice nada y paño a paño, lentamente, vuelve a cerrar las cortinas y yo a refugiarme en esta semioscuridad que no exige nada y te confieso, Mariana, que daría cualquier cosa para que Marta me dejara solo pero hasta ahí no llega la perspicacia de ella y la veo que se acerca, carajo, que no se acerque demasiado, ya, ya, ya, ni un paso más y que coge, así, al azar uno de los tantos periódicos y es que Marta tiene sus manías y una de éstas es leer, leer de todo, digo, todo-todo-todo y a veces sospecho que si no tiene su cualquier tendencia a meterse en lo que no le importa, pero qué va, no se trata de eso, sino que yo soy por naturaleza mal pensado y ella es la buena y yo el malo en esta película, Mariana, levanto la vista porque escucho que me está preguntando algo, y esto es, justo, esto es lo que yo no hubiera querido que pasara:

—*Excelsior* ha hecho un reportaje increíble —me dice, siempre usando los mismos adjetivos: increíble, maravilloso, estupendo.

—Así es, Marta —y te repito que daría cualquier cosa, te lo vuelvo a repetir, cualquier cosa, ¡concho!, di tú, le regalaría un Malibú rojo, un par de zapatos *Charles Jordan*, cualquier cosa para que no me hablara, para que me dejara solo, pero ni modo, aquí sigue, fiel, inquieta, inquisitiva.

—Parece como si hubiera estado un periodista de ellos metido todo el tiempo en el asunto. ¿Cómo lo lograron? —me lo pregunta esperando, tal vez que yo, como Dios, lo sepa todo.

—A la verdad, no lo sé; simple profesionalismo, diría yo; buen olfato periodístico. En fin... —Y siento, ¡contra!, siento que para hablar, digo, para pensar, debo hacer un esfuerzo loco que va de las imágenes a las letras y que entre éstas tengo que elegir lenta-

mente de acuerdo a su textura y que de ahí debo pasar a formar palabras, palabras agudas, graves, esdrújulas, sobresdrújulas, con o sin acentos prosódicos, asonantes, disonantes, simples, compuestas, primitivas, derivadas, parasintéticas y sólo por último es que surgen las frases que voy agrupando en bloques de diversas dimensiones, cada cual con su aroma, con su pasión vital, cada cual creciendo a alturas de universo, Mariana, amor, inhalo, exhalo, exhalo, repito tu nombre, lo miro cara a cara y es que tu nombre tiene una belleza simple, ¿sabes?, serena, triste, tal vez, una belleza que me infunde una nostalgia y que es mezcla de lluvia y de besos y de cabellos revueltos y de más besos y tú y yo juntos en la grama, tú y yo, ayer y anteayer, Mariana y aquellos hombres, los primeros cinco, eso es, los cinco rostros cubiertos con las medias nylon entrando y luego el estruendo de la balacera y la casa de pronto invadida, violentada, ocupada, infestada por aquellos seres, todos jovencísimos y dueños de una ira desconocida por mí y por todos nuestros invitados y nadie se movía, no, qué va, nadie, y yo buscándote con la mirada, Mariana, los gritos, ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ! ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! y buscando también a Queta y el caviar, el que habíamos hecho traer de Miami en hieleras especiales, tirado, ahí, en el suelo, en el piso de granito, ensuciándolo y tal vez hasta manchándolo, carajo.

—En el análisis político el *New York Times* es acertadísimo. —Oigo que Marta me comenta algo en ese tono suyo siempre mesuradísimo y comienza a leer en voz alta lo que escribió Ted Sorensen en su columna:

Nuestro país tendrá una vasta y superior fuerza militar; tal como solíamos decir al referirnos a Vietnam. Pero la otra parte tiene una vez más la fuerza del nacionalismo, generaciones resentidas y la simpatía de la mayoría del mundo...

Y ella sigue con el artículo, lo va interpretando simultáneamente, y su voz gangosa, al cabo de un rato, me molesta y dejo de

escucharla y bajo la cabeza para beber otro sorbo de café amargo y el silbido que vuelve, el silbido agudo de las balas, Mariana, las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, platos, ceniceros, y el primer grupo de guerrilleros que entraba, ¡bases no!, óigalo bien, Garrido, ¡bases fuera del país! ¡ya no seremos carne para el imperialismo yankee!, y yo, Mariana, de diez años, yo, aterrado, aquel 22 de diciembre, aquella víspera de Navidad del 47, sentado junto al chofer de la familia, eso es, junto a Benítez, allá en las Bóvedas, esperando y escuchando la radio del carro durante horas, durante un día entero, comiendo sandwiches de pierna, sandwiches de huevo con mayonesa que había preparado la mujer de Benítez, esperando mientras papá y los otros cincuenta diputados sesionaban a puerta cerrada, digo, a puerta trancada, en el Palacio de Justicia y decidían o intentaban decidir si se aprobaba o no el Convenio Filós-Hines sobre la conveniencia de entregar a los gringos por diez años prorrogables en otros diez, a voluntad exclusiva de Washington, los sitios de defensa, digo, aquellas bases, sí, Mariana, entre las que se encontraba Río Hato que ellos, los gringos, se habían tomado de hecho poco antes de la guerra, gracias a una sugerencia hecha por el sabelotodo de mi viejo a su amigazo el General Stone, y también las otras, las bases, claro ¿que más va ser? las que accedimos entregar mediante el Convenio del 42, porque en esa época estábamos en guerra y éramos aliados y todo tenía un carácter temporal, pero la guerra se acabó, y, los gringos, carajo, nada de devolver las bases, y el Presidente aterrado / horrorizado / enloquecido por las amenazas de Mr. Secretary of State y los diputados aterrados / horrorizados / enloquecidos de que el Presidente estuviera tan aterrado / horrorizado / enloquecido corrieron a Palacio y uno a uno, hasta llegar a cuarenta y siete fueron empeñando su palabra, no se preocupe, Señor Presidente, que el Convenio no sólo va, sino que va en primer debate, le decían, pero el asunto, caraste, cambió de rumbo y se fue poniendo feo, digo, cada día más feo, digo, color de hormiga, que es como decir que estaba a punto de irse

de un sopetón a pique, y el Ministro de Relaciones Exteriores le presentó la renuncia al Señor Presidente y denunció a los gringos de franca violación de obligaciones contractuales y aquella renuncia cayó como una bomba en Washington y ahí hubo conjeturas, aserciones, imputaciones que en vez de intimidar al pueblo, de asustarlo, de atemorizarlo, lo lanzaron a la calle y fue cuando comenzaron los discursos y las publicaciones del Frente Patriótico y cuando se organizaron las manifestaciones como aquella de las diez mil mujeres que terminaron perdiendo zapatos, carteras, pulseras y prendedores de oro y también de fantasía, y yo, Mariana, ¡concho!, ya me conoces, yo a todo esto, cada vez más aterrado, sentado junto a Benítez, mirando a los estudiantes que repartían papeletas, que pegaban papeletas, que colgaban sogas y yo preguntándoles para qué diablos las colgaban y ellos con sus camisas blancas sudadas, malolientes, respondiéndome en coro, porque ese Convenio se rechazará de todas maneras, chichilindo, o si no todos los diputados, comenzando por tu padre, serán guindados como cabezas de banano, y yo a punto de que me brotaran las lágrimas, coño, Mariana, las lágrimas, y las horas que pasaban aumentando la angustia y los diputados que seguían allá adentro, encerrados, hasta que se llamó a votación y el resultado fue unánime a favor de rechazar aquel Convenio y todos cantaron el Himno Nacional sin temor a ser ahorcados y se abrazaron con los que invadieron a medianoche la Asamblea gritando: ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! y el asunto se archivó y se engavetó, digo, se dejó en el tintero, hasta que en 1955, los gringos, que de vez en cuando se les prende un foco, se aliaron con los militares panameños y Remón, el gran Chichi, comprendió el por qué de la urgencia del Defense Department y les entregó Río Hato, así, sin costo ni gravamen alguno para que la utilizaran para fines de maniobras y adiestramientos y el asunto esta vez sí pasó por la Asamblea, a cambio de unos cuantos beneficios comerciales, tal como va a pasar también ahora, cuando sea puesto a plebiscito y este secuestro, este condenado secuestro vaya a dar a saco roto por-

que Mi Coronel, Mariana, no es gallo de pocas plumas y ni estos guerrilleros ni nadie lo va a hacer cambiar de idea y él sí va a acceder a lo de la defensa unilateral o conjunta y en eso yo estoy totalmente de acuerdo con él porque, carajo, hay que protegerse de alguna forma contra el comunismo y ellos ya tienen a Cuba, diablo, y con eso basta y sobra para el balance de poderes, y créeme que esta vez sí que no tuve reparos en decírselo así a Mi Coronel, digo, con esas mismísimas palabras, allá en Farallón, cuando nos bebíamos un par de tragos a raíz de mi nombramiento como negociador y él celebraba la astucia, el know-how de papá y hacía votos para que yo saliera de la misma cepa, mientras me abrazaba y me abrazaba y volvía con las palmaditas confianzudas en la espalda y contaba chistes y más chistes y es que no hay que negarlo, Mariana, que deep down, el hombre sí tiene su cualquiera gracia. Levanto la mirada, Marta ha terminado de leer el artículo de Sorensen, pone en orden los papeles y periódicos que he ido dejando tirados por todas partes y yo me la quedo mirando, ella me devuelve la mirada con esos ojillos azules, alta, flaca, blanca, demasiado de esto y aquello como para atraer de alguna forma a un hombre y finalmente con ese airecillo de la que lleva su virginidad como un cordón de oro en un cuello císnico, digo, como Gloria Vanderbilt lleva sus joyas de *Cartier's*, que es como decir, con una soberbia que raya en el exhibicionismo, pero, conste, que éste es un exhibicionismo a la inversa, o sea, un exhibicionismo tipo caracol que manda mensajes-brujos de éstos que le dicen a uno que el sexo está hecho for the birds and not even for the birds y que el primer beso y el último, también, ha quedado en el aire o perdido en algún cartapacio muy importante de *Robinson and Sachs*.

—Ya era hora, Tito —Oigo la voz de Guillermo Ferrari desde el umbral de la puerta, lo veo que entra, la voz, el hombre, vienen juntos, él se sienta a mi lado y enciende rápidamente un cigarrillo, sin ocurrírsele ofrecerme uno.

—Te he llamado toda la mañana y Marta negándote, cabrón, hasta que decidí venir personalmente a ver qué carajo te pasaba.

—¡Qué me va a pasar!, nada, nada, que no tenía ganas de ver a nadie y se lo dije a Marta y ella sólo cumplía órdenes.

—¡Ajo!, y las cumplía a las mil maravillas, la mosca muerta ésa.

—Bueno, y ¿cuál es tu urgencia? —le pregunto ya, para salir cuanto antes del asunto.

—¡Mi urgencia!, coño, eso te digo yo a ti. Ahora, por lo menos la ciudad entera puede dormir tranquila después que despacharon a los hijos de puta ésos. El sábado y el domingo quise pasar por tu casa y nada, carajo, ahí no podía pasar nadie.

—Ah sí... —Le digo, al punto, casi de desesperarme.

—¿Cómo que, ah sí? Ahora te la tiras de sangre fría, de campante... ¿y los guerrilleros?

—A saber... Anda y pregúntaselo a los del G2, yo sólo sé que se las jactan de patriotas. ¿Habrás leído el comunicado, no?

—¡Qué si lo he leído, carajo! Si los hijos de la grandísima puta exigieron que fuera radiado, televisado, publicado, cantado, bailado, festinado, mientras los tenían a ustedes secuestrados. ¿Quieres que te lo recite de memoria?

—Gracias, no; ahórrate el esfuerzo.

—Ninguno compañero, se lo recité esta mañana al Ministro de Gobierno: “Hoy dos palabras recogen la larga lucha del pueblo panameño contra las fuerzas extranjeras acantonadas en la Zona del Canal, BASES NO..., grito que se escucha...”

—¡Basta!, —lo interrumpo —¿qué hubo esta mañana?

—Nada; una reunión de esas de todos los dueños de estaciones de radio, canales de televisión, periódicos, radio-periódicos; etcétera, etcétera.

—¿Y?

—Lo que suponíamos: que, a partir de hoy, sólo musiquita y programitas pendejos y prohibido terminantemente comentar las negociaciones, la economía nacional, los asuntos estudiantiles, los proyectos estatales, bueno, ya tú sabes, carajo, lo que eso significa.

—La mordaza, por un tiempo, al menos.

—¡Bravo!, adivinaste, hermano. Tío Conejo se queda tachuela a tu lado.

—Tarde lo descubres, viejo.

—Lamebotas, nunca, coño; sólo un comentario y tampoco es como para que reacciones como si te hubiera dicho que eres la Gran Mierda.

—Oye, un poco de respeto a Marta.

—Bueno, ¿y? ¡Qué se vaya a donde le corresponde! ¿Ah, Martita? ¿Se marcha usted y nos deja al jefe y a mí solitos por un rato? Ande rápido, que yo friego mucho con la lengua, niña. Virgen y mártir, ¿no es cierto, muñequita?

Pero Marta, en ningún momento se da por aludida, mejor dicho, no se inmuta y continúa desplazándose por el cuarto, recogiendo papeles, periódicos, documentos y ordenándolos cuidadosamente sobre el escritorio y sólo cuando opina que ha terminado su trabajo se despide de Garrido, enciende un par de luces y se marcha. Y yo, Mariana, te confieso que siento un alivio inmenso, casi como si me hubiera quitado un zapato apretado, y ya con más calma, que es como decir, ya sin sentir que Marta está aquí, leyendo por encima de mi cabeza lo que pienso, me pongo a observar a Ferrari y es bien feo este hombre, sí, feísimo, con una nariz que es un mismísimo adefesio largo, ancho, colorado, con los poros bien abiertos.

—Oye, mira, viejo, esto del secuestro —me decido ha hablarle del tema— esto del secuestro es una historia algo insípida; nada de espectacular, como la gente cree; digo, nada digno de tu programa matutino: sesenta horas sentado en un rincón del comedor muriéndote de miedo, comiendo sobras, heladas, de la fiesta, durmiendo en el mismo sitio y sólo levantándote para ir al servicio que hiede a mierda putrefacta y eso con la guerrillera que te apunta cuando orinas. Eso es todo...

—No friegues, —me interrumpe—, tampoco te hagas el super-macho porque si alguien se jodió fuiste tú, carajo, que la

casa te la dejaron hecha un excusado, que yo la vi ayer al medio-día cuando todos se largaron a Tocumen. ¿Y los que mataron?

—No sé nada. Estábamos en cuartos separados y sólo me enteré cuando vi entrar a los de la ambulancia.

—¿Cambiarán lo de las bases?

—Te he dicho que no sé nada, carajo, absolutamente nada.

—Ya. Supongo que ésa es la consigna.

—Si tú quieres...

—Hijo de tu padre, desgraciado. Supongo que a ti también te llamó el Ministro, ¿no? y desde ahí a narrar anécdotas pendejas, se ha dicho.

—Di tú...

—¡Grandísimo güevón! Y yo que hice campaña por la radiodifusora para que el Gobierno aflojara la chichigua, para que no te mataran. Por mí, por mí, óyelo bien, fue que entregaron los tres millones; por mí, maricón, es que estás vivito para contar el cuento.

—Se te agradece, viejo, y favor con favor se paga. Lárgate de una vez que estamos vigilados.

—¡No me cuentes!

—Como lo oyes. A los del G2 no se les escapa ni una, ni una. —Y lo veo alejarse por la puerta de la misma forma que entró, bruscamente, digo, sin despedirse de nadie y sólo escucho que Marta, muy cortésmente, le dice un hasta la próxima, Señor Ferrari, y estoy seguro que eso es lo último que él hubiera deseado oír esta mañana.

Garrido ha vuelto a quedar solo, se levanta, nervioso, y da unas cuantas vueltas alrededor de su despacho. Una vez, nada más, se detiene, apaga las luces que encendió su secretaria y ya en la semioscuridad de antes va hacia el escritorio, se sienta y vuelve a revisar el resto de la correspondencia que le ha llegado esta mañana: un par de contratos, cuentas por cancelar, Los Ejecutivos de Empresa que anuncian un próximo seminario en el Hotel *La Siesta* y la publicación mensual del Club Unión con la consabida

fotografía del álbum de recuerdos y, ahí, en esa foto, los veo a todos, amor, a tus primos y mis primos y los primos de tus primos y mis primos, sonrientes después de un par de tragos, vestidas, ellas, de pollera y ellos de montuno, celebrando el carnaval y yo calculo que esto debe haber sido una noche de domingo hace ya muchos años, cuando allá en el antiguo Club se celebraba aquel desfile de polleras y todo el mundo, correcto, todo aquél que es mundo, entraba, lentamente, en ritmo cadencioso, y se iba colocando en la gran rueda y las polleras se iban abriendo como inmensos abanicos de holán de coco u holán de hilo blanco y los encajes y los diseños se desplegaban y ahí estaban todas, Mariana ¿las recuerdas? tú que las conocías bien y las ibas nombrando de corrido: la surcida en rojo, heredada seguramente de alguna bisabuela, la bordada en azul o amarillo, la marcada en punto de cruz, la aplicada con calados de chinchito, soles, ojito de muñeca, jazmín, cañita, cama de Benilda, cama de María o pellizcao, y al llegar aquí hacías aquella larga pausa, exhalabas y si alguien te lo pedía, continuabas: la bordada en talco en sombra, talco al sol, talco con calado, y tú y yo sabiendo perfectamente que se trataba de un jueguito jactancioso para derrochar el tiempo, algo así como para hacer resaltar la estupidez de las matronas, cierro los ojos, me palpo el rostro, la nariz algo quebrada, los pómulos, los labios, el dolor lo tengo ahora fijo, en las sienes, tú y yo, amor, los dos en Panamá de vacaciones, tú y yo, los dos adolescentes todavía, asomados sobre la barandilla del segundo piso del antiguo Club, observando, atentos a la entrada de las comparsas durante aquella noche de agosto del primer carnavalito, me limpio el sudor de la frente, y los fotógrafos enfocando a Wilson cuando él intentaba dar algunos pasos de tamborito y la música tocando a todo vapor que es como decir a f-u-l-l y Lolita Quezada, de pie, inmóvil, en un rincón de nuestra casa, mirando a su conjunto palmear, bailar, cantar: Panameño / Panameño / Panameño, / vida mía, yo quiero que tú me lleves / al tambor de la alegría y tú, amor, y Queta, también, la pecosa Queta, la pelirroja Queta que salían a bailar

con Wilson, it's quite simple. Mr. Ambassador, just follow us, quite simple y él tratando inútilmente de seguirlas cuando llegó la hora de los tres golpes del tambor y éste llamó seductivo, hechicero, cautivante, tacatacatantan–tacatacatantan–tacatacatantan y todos, incluso Wilson, delirantes, bailando, luego, la cumbia alrededor de la piscina, cada uno con una vela encendida en la mano y aquellas luces, parpadeantes, reflejándose sobre las aguas, iluminando el tronco de las palmeras del jardín y la brisa cadenciosa, meciendo suavemente las hojas y los mangos y los limones y las naranjas y la luna, inmensa, fija, penetrante, devorando nuestros cuerpos, mejor dicho, encendiendo la pasión en esos mismos cuerpos y tú y yo, adolescentes, sentados en aquellas sillas duras de madera, aquellas sillas antiquísimas que habían sido cien o mil veces repintadas de blanco o de celeste y, ahí, junto a nosotros, las tías-solteronas y las abuelas-viudas y las madres-divorciadas, las desplazadas, en fin, de toda efervescencia o erotismo, con sus grandes abanicos y sus rostros de nueces, maquillados en exceso, lanzando comentarios perniciosos, ¿te has fijado, Julieta, que a Graciela le hace falta la pajueta y los dolores? y estos comentarios que venían a interrumpir nuestra inocencia y aquella Julieta que en verdad, no escuchaba ni intentaba, tampoco, escuchar a Doña Berta porque estaba ocupadísima calculando los quilates de los rubíes de los zarcillos de Marcela y allá lejos, en un rincón muy apartado, la Niña Guillermina a quien, unos, daban por requeteloca y, otros, por simplemente atravesada, vestida con hábito de carmelita, moviendo constantemente los labios en lo que cualquiera hubiera dicho que era el rezo de un rosario de quince misterios, pero, qué va, tú y yo sabíamos de sobra que ese cualquiera se hubiera equivocado porque lo que hacía la Niña era enumerar las cadenas de oro y los adornos de cabeza y las otras joyas de nuestro traje típico: la cadena chata, la bruja, la chata abierta, la solitaria, la media naranja, la cola de pato, la salomónica, la guachapalí o pepita de melón con su escapulario, el rosario, el cordón de mosqueta, el tapahueso, las pei-

netas de balcón liso, balcón con perlas, balcón con brillo, el peinetón, los zarcillos, las dormilonas, las mosquetas, los botones de filigrana, la roseta de perla, las mancuernas, los botones de enaguas, la tostada, las esclavas y las semaneras, las sortijas, las hebillas, el monedero y los quince pares de tembleques / y todo es de oro y perlas repetía, todo es de oro y perlas / y así volvía a comenzar mientras que la reina de los carnavalitos, allá abajo, bailaba, retozaba, se hacía, al son de la música, una sola trenza de preferencias y apetitos y se subía y se bajaba de las sillas y las mesas y volvía a subir y volvía a bajar y seguía bailando, bailando sin parar ni un momento y Mrs. Wilson que a eso de las diez y media dejaba de bailar la cumbia, apagaba la vela, se salía de la rueda y le hacía una señal a su marido y los dos a un tiempo se acercaban y una vez más Queta y yo escuchando aquél *thank you, both, for a lovely party, I shall give you a ring tomorrow morning* y, a los pocos minutos, los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el Ministro Ramírez y Juan Alberto Rivera corriendo como muchos, hacia el jardín, tratando inútilmente de saltarse la tapia como maromeros que no eran, o de esconderse entre los árboles, Mariana, Marina, María-Amor, porque pocos, o mejor dicho, nadie sabe con excepción de los malditos guerrilleros, repito tu nombre, eso es, nadie sabe que la casa nuestra es como una ratonera, sí, amor, como una trampa de ratones y que ahí sólo se entra y se sale por tres sitios —la puerta principal, la del servicio y los garajes— y estos lugares fueron tomados de inmediato y fue en ese instante, ¡contra!, cuando hicieron su entrada los otros guerrilleros —los siete restantes— portando las bolsas de plástico, repletas de comida, los termos con agua, los cigarrillos y esa porción de cosas, más que nunca supe qué era y uno a uno, ellos nos fueron llevando a punta de fusil hasta el salón y a las mujeres y a los del conjunto típico y a los empleados de la casa y a los mesoneros los sentaron en la gran alfombra —la oriental que compró Queta a tan buen precio

en la Zona Libre— y yo buscándote y buscando, también, a mi mujer con la mirada y ella tragándose rápidamente, no sé ni cómo, el solitario de brillantes y creo que hasta los aretes, todo sin eructar siquiera y Maruca González, cabrona, que caía presa de un ataque de histeria y luego aquél ¡Ustedes, traidores—vendepatria, contra la pared y pongan los brazos en alto! y el grito ¡bases no!, óigalo bien Garrido, ¡eso nunca!, y el resto de los hombres, digo los invitados, inmóviles frente a aquella pared blanca durante lo que fue o nos pareció ser toda una noche o, mejor dicho, las mil y una noche y el corazón que se nos salía por la boca, mientras que los guerrilleros se daban gusto revisándonos y con ese fin, manoseándonos y casi desnudándonos, y Toti Jiménez, el pobre desgraciado, que de puro pánico se cagó en los pantalones. Sólo tú, Mariana, parecías ajena a todo aquello y era como si en ti los relojes se hubieran detenido y ese presente fuera lo único a lo que aspirabas y hasta el secuestro fuera una necesidad, eso es, la fuerza matriz, para ubicarte de pronto en una cima o en un estadio desde donde pudieras cambiar tu piel inmediata, como hubiera dicho tu amigo Carlos Fuentes, por otra más sensible, capaz de percibir más allá de tu propia realidad que tal vez sin que yo me diera cuenta, hacía ya rato que había comenzado a hastiarte y todo esto se me reveló mientras estaba ahí, con los brazos en alto, coño, con el cañón de la metralleta en las costillas y escuchaba tu voz pausada, dialogante, completamente ajena al fastidioso determinismo de los guerrilleros: una voz, en fin, que era yo-tú-él-ella-nosotros-vosotros-ellos-ellas, todos, a un tiempo juntos, conectados por un mismo cordón umbilical al mundo, despertando deseos en rotación y desembocando en un coito multihumano e infinito que poca o ninguna relación guardaba con el universo trunco de tu abuela y de tus tías-solteronas y de todas o casi todas las mujeres como Queta con sus anteojos oscuros y su exquisita cultura de revistas y ahí, también comprendí lo que habías intentado decirme con aquello de que no hagas de eso una empresa, deja que el asunto fluya y no sé por qué te recordé de

pronto, tirada allá en la playa de Fuerte Amador durante aquel verano de los diez y ocho o veinte años y a tu lado y contigo a cada instante durante esa época aquel hombre alto, delgado, rubísimo, nada más ni menos que un vikingo, que había venido contigo de los Estados Unidos y que unos decían que era tu amante, sin que nadie llegara a comprobarlo porque para esos años tu abuela Lucía, la del nacimiento de las figuras importadas y los relojes de quién sabe cuántas épocas y las máquinas de coser de manivela, pedal y motor y las cajas y cajitas de música, ya había muerto y tu familia, o sea, las dos tías-solteronas, se habían vuelto aún más silenciosas y se habían ido del barrio, así, igual que tú, sin despedirse de nadie, trasladándose a esa casa con techos y techitos y decenas de habitaciones oscuras donde sólo las criadas entraban una vez al día y eso sólo para limpiar y tú habitabas dentro, con y sobre todo esto, impávida, que, es como decir que a cada instante hacías pleno ejercicio de tu inmensa, de tu ilimitada soledad, Mariana.

Es casi mediodía. Garrido levanta el rostro. Cinco años antes, él había sido un hombre para quien, probablemente, las horas no significaban mayor cosa; ahora era una cadena de costumbres. Pero Tito hace un esfuerzo por aceptar que es mejor así y esboza una leve sonrisa, borrando con ese gesto cualquier impulso que haya todavía en él por recobrar los derechos perdidos con el matrimonio. Era mejor así. Mejor. Enciende lentamente un cigarrillo y llama por el intercomunicador a Marta:

—¿Sí, don Tito?

—Saldré a almorzar; no ordene la lasagna.

—Gracias por avisarme.

Dado el mensaje, se mece varias veces en el sillón giratorio y mira hacia las cortinas. Era preciso recorrerlas. El cuerpo nervioso de hace unos instantes parece haber recobrado momentáneamente la compostura. Afuera, ya no llueve y el cielo está azul y él sabe lo bien que le haría una caminata bajo el sol. Entonces, le viene a la mente la frialdad de Queta, la sonrisa com-

puesta de su mujer, cierra los ojos, el abrazo sin ternura de Queta, los abre, y se hace a la idea de que debe haber algo en ese cuerpo joven que pueda atraerlo todavía. Se pone entonces de pie y se mira reflejado en los cristales. Había que echar a un lado cualquier brote de idealismo idiota. El abrazo impersonal de Queta era lo que él necesitaba; sí, lo que le daba fuerzas, lo que le devolvía el equilibrio que perdiera con Mariana cuando su cuerpo tomó por el camino de la intimidad, de lo espontáneo, del anhelo de caricias en la grama, inhala, deja salir despacio el humo, pero, no, qué va, ya no debe seguir con ese juego, ya basta de pronunciar el nombre ése, ya basta, basta digo, se pasa otra vez el pañuelo por la frente, comprende, mujer, comprende, golpea la frente sobre los cristales, aquí me tienes como soy, un extranjero que ya no reconoce ni su propio mundo, baja la cabeza, aquí me tienes abandonado a mis temblores, a estas contracciones horribles de la cara, se afloja la corbata, ya no puedo más, ayúdame, se abre el saco, tu nombre, lo repito, otra vez, di que estás aquí, sí di, que estás en la yema de mis dedos, que te tengo, amor, que te recobro, que te aprisiono con la memoria de mi tacto: tus mejillas calientes, tus labios carnosos, tu barbilla pronunciada, y Tito Garrido, avergonzado, no ha podido dominar las lágrimas que se le escurren, apretadas, entre los párpados. Hacía años, ¿verdad?, que no lloraba. ¿Hacía cuántos? no llores, Tito, no es cosa de hombres, pero no importaba lo que su madre le decía porque eran, días felices ésos, días cuando de pequeño el llanto brotaba porque sí y porque no, también y él encontraba un placer oscuro, un placer morboso, casi, en sentir la boca invadida por aquel sabor salado, delicioso, sabor a infancia, Mariana, sabor a horas jugando con el carrito de latón y el tren eléctrico y los soldaditos de plomo, saco, una vez más, como obsesionado, tu fotografía, te observo, pestañeo y miro, confundido, hacia fuera donde cientos de automóviles circulan por la *Vía España*, oigo el estruendo de las bocinas, de los frenazos, de las bocinas otra vez, un solo chirrido áspero, y los buses que se detienen a recoger a los que sa-

len, apresurados de las oficinas y yo sigo pensando en ti y aceptando que tal vez son inútiles los esfuerzos que hago por recobrar la medida, el recato, la prudencia, mujer, que tú, tan campan- te, me has arrebatado, y luego en mis hijos, en lo que tú y yo y todo el mundo se hubiera evitado si cada cual hubiera ignorado su brote de locura, si cada cual hubiera seguido su camino, amarra- do, como nos corresponde, a un destino mediocre de cuentas a medias, de comidas rutinarias, de camas compartidas por dos cuer- pos indiferentes a cualquier sentimiento ebrio, febril, desorde- nado, y es que tú has sido mi maldición, mujer, sí, te lo digo sin rencor, miento, te lo repito, amor, cargado de amargura y perma- nezco varios segundos, así, inmóvil, respirando este olor a inci- enso que desde hace veinticuatro horas me persigue y aceptan- do que es inútil, que no puedo salir huyendo de este presente que sabe a melodrama y que es mejor que termine de fumar este ci- garrillo con calma, tal como lo estoy haciendo, sentado en este sillón de cuero, giratorio, y que comience a pensar en el almuer- zo que ordenaré al llegar a *Sarti*: Bisque de langosta, scallopín de ternera a la Marsala y, como postre, un Bocado de la Reina, mi dulce favorito, bien empalagoso, pero, qué carajo, me gusta y me lo voy a comer aunque después me arrepienta porque me deja el paladar pesado, vuelvo a secarme el sudor, me paso el pañuelo por la frente, este sudor que me debe estar manchando las axilas, que me corre por el cuello, Mariana, pero no hace calor en este cuarto, qué va, lo compruebo al observar las ventanas que están cerradas y empañadas y me quedo largo rato mirando cómo un pequeño hilo de agua corre por las grietas que se han formado y es la humedad, claro, dejo el cigarrillo sobre el borde del ceni- cero para que las cenizas se balanceen en un equilibrio peligroso y sé que debo salir una vez por todas a la calle y no me preguntes por qué pero de pronto ¡concho!, de pronto me acuerdo que ten- go treinta y ocho años y que eso ya no le importa a nadie, nadie, nadie, salvo a mamá, tal vez, y por supuesto a Queta porque ma- ñana caeré a la deriva de esa cierta edad y ella seguirá hecha una

polla por un rato y ya yo no podré satisfacerla, me palpo los brazos, todavía musculosos, el tórax fuerte, el estómago liso, casi desprovisto de grasa, de celulitis, como diría mi mujer, el ombligo hundido dentro de un bosque de vellos, el mismo vello oscuro que me cubre el sexo y las piernas, en fin, casi todo el cuerpo, Mariana, tu cuerpo y el mío, abrazados, el uno sobre el otro aquella primera noche de agosto, tirados sobre la grama, desnudos, y yo recorriéndote y tú descubriéndome, los dos explorando, ansiosos, los secretos de nuestra piel morena, la tuya húmeda y suave, la mía, tersa y templada y yo buscando, bajo la luna, el calor de tus muslos alargados, mordiendo, a la luz de la luna, la punta, erecta, de tus senos.

—Don Tito, me voy almorzar, —oigo la voz de Marta que me interrumpe.

—Ajá, está bien.

—Regreso a las dos menos cuarto.

—Bien, Marta; que le aproveche.

—Gracias; lo mismo le digo a Usted.

Y miro el reloj y son las doce pasadas y ya es hora de que me levante de este sillón, digo, que me vaya de una vez por todas a almorzar y lentamente Garrido logra ponerse de pie, se abrocha los botones del saco, se rehace el nudo de la corbata azul marino con lunares rojos que le regaló Queta hace un año para su cumpleaños, se alisa un poco el cabello que hace rato ha comenzado a escasearle a la altura de las sienas y la frente y, mientras lo hace, descubre que todo gesto por insignificante que sea le resulta en esos momentos un esfuerzo. Va, entonces, a su escritorio, busca su cartapacio de cuero y lo llena de documentos que él sabe, de sobra, que no habrá de leer mientras come y, luego, sale rápidamente del despacho y de la oficina de Marta y llama con un índice nervioso al ascensor, preocupado, preocupado siempre de que vaya a acercársele alguien de los tantos que trabajan en las muchas oficinas del edificio. Sin embargo, eso mismo que él tanto teme, sucede y al levantar la vista se da de bruces con la

presencia de un japonés joven, menudo, palidísimo, impecablemente vestido de paño crema, un cuello 14 1/2 y manga 23 que le hace una leve reverencia antes de dirigirle la palabra:

—Mis respetos, amigo Garrido.

—Los míos, Tanaka, —le contesto, un poco sorprendido, todavía.

—¿Le puedo preguntar por su distinguida esposa y familia?

Ha hablado, como siempre, con claridad, pronunciando cada sílaba con precisión.

—Todos muy bien, gracias.

—¿Y, Usted?

—Tal como puede ver, muy bien, gracias. —Y me lo quedo mirando con un aire de dilo de una vez, ya sé que lo que quieres es hablarme de lo de la balacera, pero, claro que no le digo nada y esto le da pie para que tome la palabra.

—Hay un rumor, amigo Garrido.

—Lo desconozco, —¡concho!, ya viene, como buen asiático, al grano.

—Que el Gobierno, ahora, no va a poner a plebiscito el asunto de las bases.

—Yo diría, de plano, que el rumor es absurdo, Tanaka. —Y él lo ha notado, ha notado mi disgusto y una vez más vuelve a hacer la reverencia y al llegar al ascensor me indica con filustría que sí, que pase yo primero, pero una vez adentro, qué va, una vez adentro vuelve con la misma vaina:

—Ha sido, Usted, muy categórico, amigo, — me dice adoptando una expresión de superioridad que me cae como plomo—. Es peligroso adoptar una posición tan rígida... sobre todo en estos casos.

—Es nuestra manera de ser, ¿qué quiere? —le contesto con ganas de acabar de una vez por todas con el tema—. Ya me conoce, conoce a los panameños y debería estar acostumbrado...

—Pero, eso no deja, por ello, de ser una actitud arriesgada, perjudicial, —me dice otra vez con la petulancia, con el airecillo

de, yo-soy-más-usted-indio-desbocado. Pero yo no me dejo confundir y me acuerdo del adefesio de Ferrari y no sé ni por qué le digo algo que suena a algo así como que:

—Tal vez lo sea, pero, no por eso deja de ser válida. —Y esta vez soy yo el de la reverencia y el que lo deja pasar primero y salir del ascensor que ya ha llegado a la planta baja y una vez afuera le digo adiós con un apretón de manos y siento unos dedos delgadísimos como palillos de dientes y húmedos de sudor que apenas si que aprietan y veo que los labios los tiene morados y que a lo mejor le tiemblan, será de ira, de pura ira, y que se abren por última vez para decirme con orgullo disimuladísimo que sus oficinas se mudarán al nuevo edificio, sí a ése que va a construir en la vecindad del Banco de Tokio, pero, claro, que a mí eso poco me importa y sólo sé que afuera el calor es asfixiante y el sol, Mariana, me ciega y para protegerme me pongo rápidamente los anteojos oscuros y, así, con los ojos vedados me siento más seguro para caminar por estas calles, mis calles amor, nuestras calles, las que nuestra generación ha visto cambiar al ritmo de nuestra propia vida y convertirse de veredas estrechas y sin pavimentar en grandes arterias de tránsito por donde circulan, a mediodía, miles de habitantes, de comerciantes nacionales y extranjeros que van y vienen de los rascacielos, como éste del First National City Bank y del Chase Manhattan Bank y del Banco do Brazil y del Bank of Boston y el de Londres y de los otros tantos que pueblan el barrio y que, a veces, comen rápidamente un sandwich en *Mc Donald's*, compran ropa para sus queridas en las boutiques francesas y joyas para sus mujeres en la *Casa Fastlich* y tarjetas de felicitación para sus hijos en *Hallmark's* y pasan las noches viendo shows en el *Playboy Club* o en el *Maxim's* para luego dormir, plácidamente, en el *Hotel Panamá* o en el *El Continental* y confirmar a la mañana siguiente sus reservaciones en la *Brannif* o *Pan American* y que poco o nada saben, Mariana, que cuando tú y yo éramos pequeños jugábamos en estos sitios que eran lotes baldíos o casas inmensas, lujosísimas, estilo *Coral Gables* que

de un día para otro, el día que se inauguró *El Panamá* para ser más, exactos, fueron vendidas, demolidas o adaptadas, como ésa del Banco Comercial Antioqueño, y cuyos jardines se convirtieron en edificios de diez, veinte o treinta pisos o en estacionamientos de esos edificios y, así, se fueron los árboles y todo cobró un aspecto diferente, más árido, más feo o más bonito, pero ni tú ni yo podemos ser jueces en este asunto, amor, no, qué va, preguntémosle mejor a los extranjeros que nos han beneficiado con sus dólares y que no sienten ni pizca de nostalgia, nada, por lo que se fue y que piensan y, a lo mejor tengan razón, que Panamá es una ciudad en plena bonanza, sí, en pleno crecimiento, un centro financiero internacional donde diariamente se hacen préstamos por cientos de miles de millones y que todo esto debe aplastar a lo antiguo porque ese mundo de recuerdos, coño, es para los pendejos y los lunáticos y los artistas y las viejas y los soldados de la Guerra de Coto y los galanes de telenovelas que se alimentan de una edad-de-oro-que-no-fue, o que fue únicamente en su imaginación bastante desquiciada y que jamás han tenido a la sartén por el mango, pero ¿a santo de qué este discurso?, si yo he sido y soy de los beneficiados, Mariana, claro, de los que representan el orgullo criollo y la paridad entre el balboa y el dólar y los amaneceres deslumbrantes del trópico, ya estoy sobre la *Vía España* y los carros pasan, ¡zas!, ¡Usted, Garrido, contra la pared y ponga los brazos en alto!, los autobuses se detienen y créeme que voy medio desconcertado entre esta cantidad de gentes y debe ser a causa de lo poco que ando a pie y que seguramente he perdido la costumbre de tener a tanta gente junto a mí, gente, ¡contra! que no conozco, empleadillos de banco, relojeros, vendedoras, aseadoras, porteros, ejecutivos extranjeros y los miro y me miran y sigo avanzando a paso lento y siento que me empujan y me dan codazos, Usted perdone, dice uno que otro, y sigue su camino, debe ser algún cajero educado o alguna de las dependientes de las boutiques francesas y yo sigo mi ruta y ellos que se adelantan, que cruzan la calle, que se detienen, que suben y bajan, que

entran y salen de los autobuses y taxis y el calor Mariana-amor-Mariana-Mariana-Mariamor, ¡concho! es asfixiante, aligero el paso en un esfuerzo por llegar cuanto antes al *Hotel Continental* y refugiarme, ahí, aunque sea sólo un instante de este sol exasperante, de este calor,

—Quiubo, Tito, —alguien me palmea el hombro y sigue.

—Quiubo —alcanzo a contestarle, pero a Dios gracias ya he llegado y me detengo y aquí me tienes, amor, observando como bobo las vitrinas de los almacenes del hotel que dan sobre los estacionamientos y leo NO SE ESTACIONE - NO PARKING y creo que fue eso, claro eso y fue lo primero que aprendí a



decir en inglés antes de que a los quince años me mandaran a *Choate*, donde estudiaron Joe y Jack Kennedy y John Thompson y Butch Schriber y todos los hermanos y amigos de las niñas que iban a *Miss Porter's*, digo, donde estudian los futuros graduandos de *Yale* y *Harvard* y *Princeton*, sólo que yo, como tú sabes no fui ni a *Yale* ni a *Harvard* sino a *Johns Hopkins*, que es como decir casi lo mismo, me detengo un momento, saco el pañuelo y me lo paso otra vez por la frente y las sienes, y veo en la vitrina de la joyería los candelabros, las bandejas, los juegos de té, los samovares, las jarras para el agua, los saleros y pimenteros, los platos y cubiertos, los gallos emplumados, los espadachines, las copas de plata sterling, y Queta que atravesaba el gran cuarto donde ella, en compañía de su madre, tías y primas, habían ido colocando los regalos de boda, venía feliz la pelirroja y me abrazó, has visto, Tito, cuánto regalo bello hemos recibido, me dijo, y yo en mi guayabera blanca, tostado por el sol de marzo, sonriendo y tomando nota de que mi futura suegra era mandona y engreída y que Queta de lo más probable es que también lo fuera y preparándoles esos whisky-sours que me pedían porque era la hora del

cóctel y manteniendo en todo momento la distancia para que no se pusieran confianzudas y me preguntaran, así nomás, como acostumbra, cositas, digo, intimidades de la luna de miel y yo tuviera que hacer un esfuerzo del carajo para no mandarlas con mucha cortesía a la mierda, y una vez logrado el equilibrio, yendo de la mano de Queta a ver los regalos y ella comentándome, delirante, cuáles eran sus favoritos y entonces llegó una de las criadas y nos brindó unas empanaditas de carne deliciosas y cuando se fue yo aproveché y le planté un beso rápido y observé su piel pecosa y pensé que ésta debía ser, en otras partes, sonrosada, como la de un bebé recién nacido, y ella me miró entre distraída y tal vez en ese instante, enamorada, y yo no le dije nada, ¿para qué decirle?, carajo, y abrazados volvimos al salón y de ahí a la terraza de la casa que estaba repleta ya de amigos y parientes y de parientes de esos amigos y vi al papá de Queta que había llegado ya y se movía, gordo, acompasado y criollo entre el grupo, siempre el mismo grupo con excepción de mis padres que esta vez habían tenido que aceptar la invitación y el hombrecillo aquél, pequeño, que se adelantaba y pronunciaba en honor nuestro un discurso muy florido y yo comprendí, caraste, que ése era el estilo, que era lo que gustaba entre esa gente, sí, y vi cómo lo abrazaban y lo aplaudían y las mujeres le gritaban, arrobadas, que el brindis del cumpleaños de José tenía que hacerlo él porque era el favorito, y yo tratando inútilmente de integrarme entre esta gente que conocía demasiado pero que hasta entonces no había frecuentado nunca y resignándome, ahí mismo, al hecho de que, a partir de mañana, estos serían los que llegarían a mi casa y observé que el hombrecillo había comenzado a beber como loco y que todos se desesperaban por servirle un trago y otro trago y otro trago para que comenzara de una vez por todas con sus chistes agudos, subditos de color, como diría mi suegra y las amigas de mi suegra, todas adolescentes arrugadas, y yo, Mariana, yo, ya me conoces, callado, como siempre, con el vaso en la mano y el cigarrillo en la boca, esperando tal vez que se hiciera la hora de decir buenas

noches para perderme por un momento en la oscuridad de esa víspera de mi vida futura, y los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos, iguales, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y se servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando aquella tarde de septiembre a Bill Arias, alto, atlético, con sonrisa de Robert Taylor que cargaba, incómodo, a Rodolfo, nuestro segundo hijo que acababa de nacer y habíamos llevado a bautizar al Santuario del Corazón de María, don Bill, por favor, mire hacia acá, hacia la cámara, levante un poco más al niño y el padrino que metía el estómago y sacaba el pecho, mira cómo no tiene nada de barriga, comentaban las mujeres, debe hacer todos los días sit-ups en el Club, y Berta la enfermera, que le enseñaba cómo debía cargar al niño, agárrele la cabecita, don Bill, la cabecita, y Queta que entraba y salía de la cocina y daba órdenes a todo el mundo y mi suegra que apuntaba con letra Palmer en un librito blanco los regalos que llegaban: cucharitas, vasitos, platitos, alfileres, alcancías en forma de chanchito, medallitas, peines y cepillos de plata sterling, además casi todos con el dichoso monograma, y mi padre y mi suegro, los dos viejos, panzones, orgullosísimos de su flamante descendencia de varones, brindando con “Dom Perignon”, 1961, y Robertito todo el tiempo de la mano de su nana, no te sueltes, *Bobcito*, que te pierdes entre tanta gente, hasta que el fotógrafo nos llamó, don Tito, Doña Queta, ahora una de los cuatro para el álbum de recuerdos, y esa es la fotografía, Mariana, que casi todo el mundo contempla, extasiado, cuando visita nuestra casa porque la pusimos en la sala principal, eso es, junto con esa otra, inmensa, del abuelo Tito.

Garrido reasume la marcha. El corredor del hotel, la semioscuridad de ahí, hacía bien. Se quita los anteojos oscuros y los guarda con cuidado en el estuche. Camina con la vista baja.

EL ÚLTIMO JUEGO

Decenas de pares de zapatos se cruzan con los suyos que caminan a un ritmo sostenido. Seguramente pertenecen a turistas que ya a esa hora han terminado el recorrido por el Canal, el Altar de Oro, el Teatro Nacional, las Bóvedas, el Museo de Arte Religioso, las ruinas de Panamá Viejo y regresan, cansados, a almorzar o comprar manteles, perfumes, alfombras, guayabanas blancas, adornos de jade, máquinas de fotografía, mini-computadoras, relojes de pulsera, biombos chinos, jarrones de laca, en fin, todo eso que se consigue en este país a tan buen precio. El lobby del hotel está lleno. Unos cuantos empleados en uniforme rojo con galones dorados llevan y traen las valijas de los que llegan o se van. Garrido no se detiene sino hasta llegar a la pequeña tienda de revistas donde piensa comprar *Time*, *Newsweek*, *US News and World Report*. Está en eso, por abrir la puerta grande de vidrio y entrar al puesto de revistas, cuando un muchacho joven, de unos veinte años, más o menos, seguramente un estudiante universitario, de dedos mochos de tan cortos, le alarga una hoja doblada de papel y sin decirle una palabra se marcha rápidamente. Él la abre y una mueca agría se le dibuja en el rostro. No ha podido contenerse cuando comienza a leer aquel comunicado:

BASES NO
NI DEFENSA UNILATERAL
NI DEFENSA CONJUNTA
BASES NO

Y los labios le tiemblan. Así que éste era el comunicado; el maldito comunicado, redactado por los terroristas; el comunicado que todo el país había escuchado y vuelto a escuchar durante las sesenta horas que los mantuvieron a ellos de rehenes. Sigue leyendo y, a medida que lo hace, Tito Garrido tiene la sensación de que las letras mismas se le desvanecen y que puede caer al suelo en cualquier momento, desmayado:

Hoy dos palabras recogen la larga lucha del pueblo panameño contra las fuerzas extranjeras acantonadas en la Zona del Canal. ¡BASES NO! Grito que se escucha en las diferentes manifestaciones que los grupos estudiantiles críticos realizan. Frase que aparece en los escritos de las organizaciones más consecuentes con las justas y permanentes aspiraciones del pueblo panameño. ¡BASES NO!, grito que apareciera con indignación en las manifestaciones populares de 1947 contra el Convenio Filós-Hines, para más tarde aparecer con voz ronca de nuevo en 1958 y 1959. ¡BASES NO Y MIL VECES NO! repitieron miles de madres que vieron cómo cayeron los hijos del Istmo bañado de sangre aquel luctuoso 9 de enero, y gritaron miles de estudiantes que sintieron caer a su lado a cientos de heridos por la metralla del imperialismo yankee. ¡BASES NO! hemos gritado los del COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL en la casa del traidor y actual negociador del nuevo tratado Roberto Augusto Garrido, donde luchamos en estos momentos por esta patria que soñamos sin cadenas y motivados por el solo ideal de que el hombre istmeño pueda autorealizarse y se cumpla, así, el ideal de hacer la PATRIA.

Hoy, las palabras del ilustre pensador panameño Justo Arosemena tiene dolorosa vigencia histórica: *No hay duda que hemos cometido grandes imprudencias. Olvidado el carácter y la propensión de nuestros vecinos, les hemos entregado, por decirlo así, el puesto del comercio universal que el genio de Isabel y Colón habían ganado para nuestra raza. Pródigos en concesiones a la compañía empresaria del camino interoceánico, generosos en extremo con los especuladores implacables, no comprendimos que dar el territorio era dar el señorío y que dar el suelo para obras*

permanentes y costosas era casi dar el territorio. (1856). Estas palabras fueron pronunciadas con profunda visión de lo que acontecía, pero no quisimos aprender la historia. Estas palabras van dirigidas, hoy, como ayer, a los ambiciosos que ven en la patria mercados para llenar sus bolsillos. Pero, estas palabras también tienen vigencia para aquellos que sueñan con la grandeza de la patria y para los que quieren tener un suelo donde morir con orgullo.

¡BASES NO! y que se vayan del Canal fue y ha sido el grito de guerra de nuestro pueblo. No podemos permitir que se firme un tratado más entreguista aún que el de 1903; no podemos permitir que se legalice con este tratado las BASES MILITARES, ni que se entronice la dictadura militar con el beneplácito de Washington. De haber algún tratado sobre bases, éste sólo deberá contener dos cláusulas:

1. Fecha inmediata de la salida de las bases;
2. Indemnización por la actual ocupación de hecho y por todos los atropellos de que hemos sido objeto.

De no llegarse a un acuerdo como el arriba expuesto, Panamá seguirá en su lucha por reconquistar la atribución soberana sobre todo el territorio y los Estados Unidos seguirán cargando con la vergüenza de su opresión. Ya esa hora de lucha ha sonado; ya nosotros los del COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL hemos tomado la iniciativa para denunciar ante el mundo los atropellos de que somos objeto y sobre todo para informar al mundo acerca de la ocupación de hecho de nuestro territorio por bases militares norteamericanas; algo que ni el propio Tratado de 1903 permitió. ¡BASES NO!, gritaron ayer y seguimos gritando hoy los del COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL. No traicionaremos a los que soñaron ver rotas las cadenas del imperialismo.

¡BASES NO!!! Y paralítico quedó Sebastián Tapia, en las manifestaciones de diciembre de 1947...

¡BASES NO!!! Y se plantaron para que crecieran 75 banderas panameñas en la Zona del Canal, en noviembre de 1958...

¡BASES NO!!! Y se siguieron sembrando banderas, en 1959...

¡BASES NO!!! Y murió Ascanio Arosemena y 20 más... y 300 heridos más, en enero de 1964...

¡BASES NO!!! Y el gobierno corrompido de Marcos Robles y de sus amigos no pudieron pasar los Tratados de 1967...

¡BASES NO!!! Y el COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL ha tomado por asalto la residencia del traidor Garrido y exige que este comunicado de denuncia sea radiado, televisado, y publicado constantemente, de tal forma, que no quede ciudadano de América y del mundo que no conozca la verdadera historia de nuestra lucha de reivindicación nacional.

VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL
VIVA EL COMANDO URRACÁ

Garrido termina de leer el comunicado, estruja la hoja de papel y la echa, sin saber bien lo que hace, en el buzón rojo de las cartas. Correo Aéreo—Air Mail, lee las grandes letras blancas que resaltan sobre el fondo oscuro, pero ya es tarde. El comunicado será seguramente hallado por el cartero y éste lo leerá y se lo pasará a algún pariente o amigo, y así, seguirá la cadena. No hay manera de acabar con esto. Tito Garrido baja la cabeza. Todo el orgullo de una casta ha sido, en cosa de segundos, pisoteado por un grupo de muchachos que, en verdad, apenas si que han podido redactar correctamente un comunicado. Da unos cuantos pasos y tambaleante, aún, se aleja, siempre cabizbajo y por primera vez se halla realmente temeroso de que alguien lo esté observando. En efecto, lo ven alejarse y, uno que otro, lo reconoce y, uno que otro, tal vez repare en sus profundas ojeras, en su aspecto cansa-

do, en esos labios amoratados que tiemblan a pesar de los esfuerzos que hace Garrido por aparentar cierta serenidad exterior. Baja las escaleras rápidamente y pudiéramos decir por la agilidad de su cuerpo que sí, que éste es el mismo condiscípulo de La Salle de hace veintiséis años que viene a reunirse con nosotros para almorzar como tantas veces lo ha hecho; pero no. Hay algo en los hombros ligeramente encorvados hacia adelante que delata el mundo de años que ha caído de pronto sobre este hombre. Una vez en la acera, un negro alto, delgado, uniformado de rojo le hace una reverencia:

—Buenas tardes, don Tito.

—Buenas, Williams, —le contesto y me meto la mano izquierda en el bolsillo y aligero el paso para llegar cuanto antes a *Sarti* y ahí está, Mariana, ya lo diviso desde acá, el gran letrado en verde y otra vez la voz del portero del hotel que me habla:

—Míster, mi mujer y yo estuvimos muy preocupados por usted. —Volteo la cara para agradecerle, para decirle algo así que suene como a'ombre, gracias; pero qué va, en este momento un turista se le acerca y le pregunta algo y yo ya no cuento y sigo mi camino, Mariana, miro el reloj, es la una, ya dan el pitazo, lo escucho, la sirena ha sonado como un lamento largo que se mezcla con el estruendo de las bocinas de los carros, y el escape de las motocicletas y, Mariana, Marina—Mari—Amor, tengo miedo, ahora, ¡concho!, ahora que no debiera sentirlo, ahora, te digo, miedo, realmente miedo y tu carcajada, la escucho, el tintineo de tu risotada celebrando, allá, sobre la grama aquella frase mía que, a la verdad, no era mía, Fear is the mother of foresight, y aquel olor asfixiante a pólvora y el guerrillero que se me acercaba y me hablaba casi al oído, ¿dónde está Wilson?, ¿dónde carajo lo escondiste?, y yo, yo que no decía nada y la voz de Joaquín como una luz, digo, como, un voltaje, digo, como una descarga eléctrica pulverizando a cowboys y a indios, así, y se hacía de madrugada y de pronto los reflectores aquellos iluminándonos y las voces de los guardias por los megáfonos, entréguense que tene-

mos la casa totalmente rodeada y luego el silencio, el silencio tocando, repicando sobre paredes, mesas, sillones, a un ritmo que por momentos creímos que sería ya cosa natural y entonces los guerrilleros todos a un tiempo que disparaban hacia el techo de la casa, hacia el jardín, y el grito histérico de las mujeres, no, por favor, no nos maten, y el estruendo de las balas, las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el olor aquél a pólvora, Mariana, y otra vez la oscuridad y el silencio y fue cuando nos separaron, ¿recuerdas? cuando a las mujeres las llevaron del corredor y de la sala principal, al saloncito de recibo, y a los hombres nos mandaron al comedor, y a los del conjunto típico y a los músicos y a los mesoneros los dejaron sentados ahí, bien cómodos en los sillones de la sala y, así, carajo, así fue que acabó esa primera noche y Joaquín y yo mirándonos y mirando amanecer a través de las ventanas y el cañón del fusil del guerrillero que no se olvidaba de nosotros ni un instante.

—Bienvenido, don Tito, hacía rato que no venía por acá.

Es cierto, hace rato que no vengo por acá, el portero de *Sarti* que me ha divisado desde lejos, me saluda y yo me vuelvo hacia él y lo saludo, también, y ¿has visto, Mariana, cómo esta ciudad no acaba realmente de llegar a ser una ciudad? digo, cómo aquí todo el mundo que es mundo se conoce, reconoce, anda de boca en boca y eso para muchos debe ser, no lo dudes, un encanto perenne, que es como decir, una consagración, una coronación, una sensación de apoteosis que no acaba nunca y por eso es que no se mueven de su charco, qué va, en ese mismísimo charco nacen, crecen, se casan, se multiplican, juegan golf y dominó, siembran rosas, los entierran, veo al maitre que se adelanta a recibirme.

—¿Para cuántos, Señor Garrido? —me pregunta y yo lo noto confundido y es que seguramente mi presencia, aquí, asuste y acobarde a los clientes extranjeros, pero a mí eso, a la verdad, me importa un bledo y mirándolo a los ojos le digo:

—Uno, Ramírez.

—¿Uno sólo? —repite y estoy seguro que lo hace, más para

confundirme, que para confirmar la orden y lo noto engreído, engreidísimo, así, dándome a entender que nadie que es alguien come nunca solo en *Sarti* y esto yo lo sé de requete y para joderlo, sólo para joderlo, le repito:

—Eso es, uno —pero, ahora es él el que capta mi desdén, mi burla y, horror, le entra la alarma y muy fino, muy europeo, hace una ligera morisqueta, me indica una mesa, camina detrás de mí, me retira la silla y yo lo veo alejarse para regresar enseguida con el menú y la carta de los vinos que a mediodía, en los trópicos, sobra, digo, es un faux-pas que podría costarle el puesto y yo, a propósito, para recalárselo ni miro el menú, ni carta de vinos, ni nada y casi a quemarropa le ordeno:

—El bisque de langosta y el scallopín de ternera a la Marsala.

—¿Desearía para tomar? —me lo pregunta a medida que, rápidamente, apunta lo que le he dictado.

—Un Martini bien seco.

—¿Y de postre?

—El Bocado, si es que hay.

—Sí, Señor, sí hay.

—Entonces, eso —le digo y en mi cara dibujo un gentilísimo lárguese-de-una-vez y esto lo acentúo con un movimiento de mano que el maitre, siempre muy europeo, siempre muy listo, capta al instante y se marcha, arrepentidísimo, a estas alturas, de haber soltado aquella preguntita indiscreta.

El comedor se ha ido llenando. Ya no queda casi ni una mesa disponible. Se está bien, acá, a media luz y Garrido, sentado en una mesita del fondo, observa con atención el decorado. La boiserie, el empapelado rojo vino, imitando damasco, los cuadros de naturaleza muerta, la alfombra mullida, las lámparas discretas, los manteles blanquísimos, las servilletas en forma de tri-cornio, todo eso, en fin, que le brinda al ambiente el toque impersonal, sereno, que él ha visto en mil otros sitios alrededor del mundo y que le confirma, al menos ese instante, que siempre ha de haber gente civilizada, con buen gusto, y sus ojos reflejan, de

pronto, una cierta chispa de satisfacción que uno que otro que lo observa, curioso, capta y celebra haber captado porque, hombre, digo, esa chispa en los ojos de Tito Garrido sólo puede unificar una cosa, olvídase, que esos hijo-e-puta, esos comunistas de mierda no acabarán con nosotros y, así, uno que otro sigue comiendo y bebiendo, tranquilo, hasta que llega otro y otro más que vuelve a reparar en Garrido, pero esta vez, ya el fulgor momentáneo de los ojos oscuros se ha esfumado. Tito ha dejado de mirar el decorado y ha bajado ligeramente la cabeza y fuma, distraído, un cigarrillo, mientras aguarda la llegada del Martini bien seco. La tranquilidad dura poco. Albertito López ha divisado a Garrido y lo saluda a voz en cuello desde la puerta de entrada del restaurante, ahí está, junto al carrito de los vinos franceses, todo él viene envuelto dentro de un gran ademán como para dar a entender que son íntimos amigos. Y, así, desde lejos, Albertito, altísimo, frágil, amanerado, da un poco de lástima. Y él, ¿daba él lástima? Por primera vez, Garrido se encuentra pensando en eso, y yo, coño, ¿doy yo lástima? Claro, que Albertito era otra cosa, un tipillo ampuloso, nuevo rico, botarate, despreciable, estilo mírame-y-no-me-toques que se compró todo un señor guardarropa de luto en *Burdine's* de Miami cuando murió su única hermana y que, además, se alisa el bello, una ficha, el tal Albertito, y ahora, como buen social climber, me ha saludado y esto es sólo para que todo el mundo lo mire y no sé, Mariana, no sé por qué diablos, me acuerdo ahora de Joaquín, también medio exhibicionista en su manera de ser, pero tan valiente, ¿verdad? tan macho cuando tuvo que serlo y descubro que le he tomado cariño, que después de las sesenta horas compartidas en aquel comedor de mi casa, lo admiro bastante, tal como él se merece y como el tipazo que es, ya tú me lo habías dicho, amor, en cierta ocasión a Joaquín hay que conocerlo, él engaña al principio y ya ves, fue ante él, sí, cuando las horas del sábado iban pasando y Monseñor no regresaba y la tensión crecía y crecía, que por primera vez pronuncié tu nombre, es decir, que le di el verdadero sentido a tu nombre, y Joaquín lo captó todo de golpe y no dijo

nada, pero el silencio compartido bastó para saber que entre ambos se acababa de sellar un acuerdo que yo estuve seguro que él cumpliría de sucederme algo a mí.

—Su Martini, don Tito.

—De acuerdo, gracias —parpadeo, inconscientemente, mientras agradezco y ya voy a decir otra vez muchas gracias, pero el mesonero se aleja para atender a otro cliente y oigo la voz de una gringa que pide, en un italiano con sabor neoyorkino, unos Tagliatelli Alfredous y el trago está espléndido, me lo bebo casi de un sorbo, así, justamente así, me gusta el Martini, Mariana, veo la aceituna, sola, orgullosa de su soledad, implacable, allá al fondo de la copa, me la echo a la boca y siento en el paladar todo ese orgullo que hace un instante, ahora, al antojo de los movimientos de mi lengua que la saborea, le doy vueltas, una presencia tersa, salada y sin vida.

—Traté de saludarte ayer tarde, Tito, al salir de la iglesia.

Levanto la vista y lo reconozco, es Paco Álvarez que se ha acercado y me habla desde la altura de sus anteojos de carey y su inmensa nariz y nunca, nunca como ahora para contemplar a mi gusto y antojo esta nariz ciranesca y la comparo con la mía, pero no, qué va, la mía, Mariana, es más elegante, digo, más digna, ¿no es cierto? dime que sí, anda, dime que sí...

—No te vi, hombre, perdona.

—Me lo supuse... ¿Me puedo sentar a tu lado un momento? —Me dice, y me lo ha preguntado así, tan sencilla y directamente que me resulta imposible decirle que no, que quiero estar solo, que me deje tranquilo, y, hasta esbozo una leve sonrisa y hago el ademán adecuado y le señalo la silla y observo que está radiante, feliz mi amigo, claro a su manera, a su manera tan histriónica, a su manera tremenda de ser, repito, ser, el verbo ése, *ser*; lo repito otra vez.

—¿Tomas algo, Paco?

—Sí, gracias, te acompaño con otro Martini. —Y él mismo se encarga de hacer el pedido y de ordenar otro también para mí—

. He seguido día a día, hora a hora, el secuestro y créeme lo siento, siento mucho que haya tenido que suceder en tu casa, —me dice y esto último lo ha pronunciado con voz ronca, como si en la garganta tuviera un nudo, pero no creas que esto le impida que voltee la vista y clave directamente sus ojos en mí.

—Gracias, Paco; todo el mundo parece haberlo seguido también.

—Así es, pero en mi caso ya tú sabes que hay mucho más que el interés morboso, o no, de la mayoría. —Hay un silencio y el ambiente, de pronto, se vuelve bien incómodo, tieso, diría yo, y qué vaina, yo lo siento y Paco, qué vaina, también lo siente, pero no por eso, su mirada, fija, concentrada, cambia.

—Ya. —Alcanzo a decir y arqueo las cejas y hago un esfuerzo por disfrazar este horroroso, digo, horrendo, malestar que siento.

—¿Recuerdas que yo fui batutero, como quien dice, en aquella siembra de banderas en el 58 y 59...?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y que yo estaba ahí, digo, cuando aquellos policías de la Zona nos arrebataron la bandera para vejarla ante nuestros propios ojos y que contra nosotros fueron dirigidas las bombas lacrimógenas, las mangueras de agua, las armas de fuego?

—Lo recuerdo.

—¿Y que yo vi la entrada en escena de destacamentos de los militares gringos haciendo un despliegue exagerado y por demás innecesario de su poderío y también que, vi cuando se apostaban en el límite con las bayonetas caladas en actitud de impedirnos la entrada en la Zona?

—Lo recuerdo.

—¿Y que participé en la refriega en la que resultaron heridos más de cuarenta panameños?

—Lo recuerdo.

—¿Y que yo fui uno de los que se dirigió a la embajada gringa y arrió la bandera de ellos que flameaba en el edificio?

—Lo recuerdo.

—Bien, entonces, te lo exijo, Tito, el derecho lo tengo; digo, me lo gané en buena lid, como quien dice, ¿Qué pasó?, dime ¿qué pasó realmente en tu casa?

Pero yo no contesto, qué va, tampoco la cosa es así y veo que Paco, se ha puesto nervioso y frunce la inmensa nariz y echa la cabeza hacia atrás y hacia adelante y otra vez hacia atrás y el silencio sigue y está claro que él aguarda y el silencio que sigue, ahí, cortante, que él aguarda con atención, cualquier comentario mío, pero yo, ya me conoces, yo, acentuando ese silencio y el mesonero que llega y nos sirve los tragos y yo lo pruebo y vuelvo a sentir el gusto del Martini, helado, en la boca, luego, cómo cae, lento y sabroso por el esófago hasta llegar al estómago y cierro los ojos y frunzo la boca, sin saber en qué momento lo he hecho y Paco lo capta, capta mi enojo, al instante.

—Tampoco es como para crearte un problema, —me dice.

—No hombre, no se trata de eso, —le hablo en voz baja, — pero estoy cansado, nervioso...

—Es natural, viejo, y te pido excusas pero mira, se trata de un asunto demasiado importante y lo más probable es que tú y yo no nos volvamos a ver por un tiempo y hay que tomar decisiones, formarse un criterio preciso.

Yo vuelvo a quedarme en silencio, Mariana, las conversaciones con Cero, ya todo ha quedado sellado. Saco los cigarrillos, le ofrezco uno a Paco y él los enciende y todo esto lo hago, créeme, yo lo hago con el afán de alargar un poco la necesidad de lanzar, así, sin más ni más, irresponsablemente, como quien dice, un juicio que, desde ya, sé que no será sereno, ni tampoco, preciso, y es que, Mariana, no creo que eso sea siquiera posible, digo, que será imposible ahora y dentro de veinte años también, y comprendo que de una forma u otra yo seré mi condena; que seré llevado y traído por unos recuerdos, por las dudas que surjan de esos recuerdos, y que de agente, me convertiré en elemento, y ya nada será, realmente, bueno ni malo, Mariana, nada y hago un es-

fuerzo, por fin, un esfuerzo loco para hablar y es que yo sé que a Paco Álvarez nunca podría engañarlo.

—Fue un asalto, —hablo con lentitud— fue un asalto —repi-to— planeado por el ala extremista del partido y realizado por muchachos, en su mayoría, idealistas, incautos, llámalos tú, que, tarde o temprano, se darán cuenta que la posición de ellos resulta un absurdo, sobre todo en un mundo donde la cosa está bien dividida entre gringos y rusos —la línea ortodoxa— y sus respectivos aliados y, punto final, porque hay que dejar de pensar ya en la pendejada ésa de que si el tercermundismo, ¡carajo! —me he violentado y veo a Paco, Mariana, que, a medio fumar, apaga el cigarrillo y se bebe de un solo sorbo el Martini y es evidente, digo, es evidentísimo que mi última frase le ha molestado muchísimo y se queda, así, sin decir nada, como meditando bien lo que me va a decir y yo, nervioso, siento, al parpadear, el humo que se me cue-la por los ojos y observo detenidamente a este hombre, de unos cuarenta y pico de años, pulcro, un tipo a quien todo el mundo respeta, honorable, y no comprendo, a la verdad no lo comprendo, cómo se pueda sentir, a estas alturas, tan motivado por sentimientos como un heroísmo tipo me-dejaría-matar-por-mi-patria y él me vuelve a mirar y lo hace fijamente y con voz queda, pero bien modulada, comienza a hablar a medida que, muy lentamente, angosta los párpados y yo siento que cada sílaba se torna en un insulto vedado, en la afirmación de un poder silencioso y directo, en la aceptación del que se reconoce capaz de vivir sin intermediarios, así, a la luz de sus propias creencias.

—Mira, Roberto, —me dice y esto de que me llame Roberto me choca y yo sé que lo ha hecho con el fin de identificarme, desde ya, con papá, con los intereses del viejo.

—Mira, hombre, las cosas, tú lo sabes muy bien, han ido cambiando; las cosas ya no están rígidamente moldeadas con la arcilla de Rusia o los Estados Unidos... Hablamos, de querer ser un pueblo libre; hablamos, de que queremos que el Canal sea nuestro, entonces, carajo, dejemos de seguirle el juego a las grandes

potencias y, así, ni con uno, ni con otro, sino con Panamá, coño, con nuestro país en todo momento.

—¡Qué ingenuo! —lo he interrumpido con el afán de que no siga adelante, para darle a entender que para mí, esas posturas de héroe de película de Costa Gavras, me resultan absolutamente ridículas, pero Paco, qué va, no se calla y veo cómo aprieta todos los músculos incorporando, así, a su cuerpo, toda la fuerza de su pensamiento.

—Tal vez, lo sea, Roberto, —me dice— pero, mejor, pecar de ingenuo que de cínico, coño; al menos, nosotros, los de la línea nacionalista, no firmamos acuerdos entreguistas con nadie, o sea, ni con Costa Rica y Colombia, ni tampoco, con el Gobernador de la Zona; nosotros sí aspiramos a la más inmediata recuperación y desmilitarización del Canal y de la Zona y sostenemos que no se firme un tratado que no satisfaga estos puntos porque estimamos, carajo, que la mentalidad colonialista del gobierno gringo no parece haber cambiado ni pizca, nosotros estimamos que las actuales negociaciones no tienen por qué referirse a un nuevo Canal, ni tampoco a la legalización de bases militares gringas en la Zona, y, aspiramos, en lo interior, a garantías para el debate público sobre estas negociaciones y sobre cualquier otro punto de interés nacional, y por último, nosotros exigimos una política de austeridad que aliente el desarrollo económico del país, sin fomentar más la dependencia que, cada día, se hace mayor...

—Todo eso suena bellísimo, Paco, —aprovecho la pausa y hablo— pero tú sabes muy bien que digas lo que digas, sostengas lo que sostengas, todavía sí vivimos la política de las dos grandes potencias, y por eso tu posición resulta imposible. Hay que ceder, pues, hay que negociar y aceptar que todavía no tenemos la autoridad ni la fuerza para reclamar lo que es justo, digo, todo lo que tú dices y que, a lo mejor, deben ser las aspiraciones tácitas de este país. —Callo. Paco Álvarez se ha puesto de pie y me alarga la mano y todo un mundo se nos cruza, de pronto, horizontal, por las pupilas. Yo, en verdad, no tengo las fuerzas, mejor dicho,

no soy capaz de ponerme de pie y despedirlo, y sólo me lo quedo mirando y desde la oscuridad de nuestros mutuos silencios, vuelvo a sentir a través de su mano ancha, la fuerza del hombre capaz de realizar actos heroicos. Eso es, Mariana, he sentido, aquí, en la yema de mis dedos, una vida lista para la entrega, apretada, que es como decir, sin posibilidad de quebrarse y hay mucho en esta actitud desafiante que me aterra, ¡concho!, que me aterra y cierro los ojos, ¡bases no!, aquel grito que vuelve, y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el olor a pólvora y Berta Vallarino que, al amanecer, la habían encontrado escondida acurrucada en la tina del baño de Queta y mío, acurrucada con dos músicos que llevaban disfraz de montuno y ellos, todos, gritando, ¡no, no, por Dios, no nos maten! y este alarido, angustioso, escuchándose por toda la casa, ¡no, no, por Dios no nos maten!, y nosotros viéndolos salir con los ojos desorbitados, palidísimos, con los brazos en alto y del jardín, en esos precisos instantes, el Ministro Ramírez y Juan Alberto Rivera llegando también, llegando cabizbajos y empujados por el cañón del fusil guerrillero, ¡no, no, por Dios no nos maten!, y los dos que habían tratado de saltarse inútilmente la tapia, ahí, atrapados y el guerrillero que se dirigía en voz baja a Cero, oiga, jefe, ahora sí que cayó otro pez gordo. Dime, Mariana, por tu madre, ¿cuándo, cuándo es que acabará toda esta vaina?

—Oiga, —llamo al mesonero.

—¿Sí. Señor?

—Otro Martini bien seco.

—Muy bien.

Veo que me hace otra vez la reverencia y que se aleja y en su apuro se tropieza con una vitrina donde el dueño de *Sarti* ha expuesto unas diez o doce botellas de *Lancer's* rosé y Chianti

californiano y la vitrina se tambalea, Mariana, se tambalea a punto, casi, de caerse y parece que le maitre ha estado, ahí, viéndolo todo desde lejos porque se acerca:

—So bruto ¡Animal! —le dice— A ese paso acabarás con el sitio en un día.

Y yo comprendo, amor, que todo aquello de los aires franceses no es sino ropa prestada, ropa que le queda muy grande y que lo demás, digo, lo auténtico es que este maitre es un pobre diablo, un infeliz de Talavera de la Reina, o, tal vez, de Carmona y le miro las manos, me las quedo mirando, unas manos crispadas de dedos ariscos y medio encorvados y unas uñas cuadradas que le dicen a uno en un 2X3 la historia de este hombre y me doy cuenta, amor, me doy cuenta que sí, que en efecto son las mismísimas manos, digo, que son las de Cero y no sé por qué carajo pienso otra vez en ese muchacho, me paso la mano izquierda por la frente, el dolor que sigue ahí, aquí está, clavado en las sienes, me lo imagino, me imagino a Cero allá en la “U”, caminando hacia la Facultad de Derecho, llevando una corbata oscura, una corbata vieja, arrugada y pantalones Kaki y una camisa blanca repleta de parches, lo veo arengando a sus compañeros, bebo un sorbo de agua, me lo imagino, Mariana, rascándose la cabeza, tal como tú y yo lo vimos hacerlo tantas veces durante las últimas sesenta horas, y yo que lo miraba y él que me miraba, los dos frente a frente, escudriñándonos, odiándonos en silencio, bebo otro sorbo, ya es la una y cuarto y nada de servirme el Martini y yo, Mariana, que ahora reconozco algo en él, no sé, ¿será su carisma?, en verdad no podría decir porque todavía ando enredado, sólo sé que aquella primera mañana, o sea la mañana del sábado, el resplandor, igual que hoy, entraba por los cristales y el silencio era angustioso, sólo se oía aquel aullido agudo, desesperante de los perros del barrio, sí, Mariana, los perros ahí, aullando y de pronto la voz del guerrillero, el más joven, diciendo en voz baja que yo digo que hay que matarlos, ¡contra!, que hay que matarlos, ¿a quién, a los perros? ¿a nosotros?, la angustia que llegaba a su

clímax y Cero, furioso, estás loco de atar, muchacho, se frenaba, tampoco el asunto es como para acabar con los animales del barrio, y las calles, todas, entre la *Vía España* y la 50, y también los techos de las casas vecinas, ocupados por guardias armados con pistolas y fusiles y metralletas y otra vez el aullido aquél desolado, el aullido de los perros amarrados en los quicios de las puertas.

—Señor Garrido, aquí está su Martini.

—Gracias, hombre, ya creí que se te había olvidado.

—¡Qué va! Es que hubo problemas, siempre problemas; usted sabe cómo es el asunto.

—Sí, viejo, no te preocupes. —Se aleja, yo bebo un sorbo de trago y siento en el paladar la presencia de la ginebra, está helada, está que quema, me seco el sudor, ¡qué vaina!, el sudor ahora lo tengo en las palmas de las manos y Garrido descubre que en aquellos momentos del secuestro él se había reducido a un sudor frío, a un escalofrío, a un dejar que los minutos pasaran sin saber si estaría, ahí, cuando el reloj marcara la próxima hora, la guerrillera morena que se le acercaba, Mariana, que me susurraba, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos aquí!, y Joaquín, ya lo conoces, descompuesto, Joaquín iracundo, preguntando ¿cuándo, carajo, y a través de quién van a comenzar Ustedes el diálogo? y yo mirándolo con unas ganas locas de decirle otra vez, hombre-cállate, pero qué va, yo sólo hacía con la boca los gestos y nada de hablar, hubiera dado cualquier cosa por dar un brinco y teparle la boca, pero, en vez, seguía, ahí, digo seguía con la boca abierta, igualito que en las pesadillas que la voz por más que uno quiere no sale, que el paladar se le queda a uno requetesecho y comencé a caminar de un lado a otro del comedor, mientras Joaquín seguía habla-que-te-habla, concho, no paraba de hablar y de pronto oí que le decía algo a Cero como que desembuchara rápido el cuento que ya son ocho horas las que llevamos metidos, de pendejos, en esta grandísima mierda y pensé, recuerdo, que no hay nadie más mal hablado que un panameño con miedo y estaba en eso, pensando que Cero haría su comeback con fuerza, que

nos knockquearía en un solo round, cuando cuál sería mi sorpresa al oírlo que hablaba en un tono ligeramente cortés, diablo, eso debía ser una patraña, me dije, pero qué va, nada de eso, el tal Cero parecía sincero, digo, parecía mean well y lo que decía lo volvía a repetir otra vez y todo se reducía a que el asunto lo íbamos a arreglar entre panameños, me oyen, lo gritaba casi, entre panameños y, de pronto, caraste, lo dijo, dijo la frase de frente: ¡Monseñor es el hombre!, y aquello, te confieso, Mariana, que nos tomó de sorpresa y yo por lo debajo comencé a echar cuentas, digo, comencé a juntar datos y sólo después de un rato fue que llegué a la conclusión de que al cura ése seguramente lo habían conocido cuando era párroco de Penonomé, sino ¿cómo y de dónde esta intimidación?, ¿estas ganas de meter a la Iglesia en el lío? Y yo andaba rastreando fechas, datos, digo, andaba con mi complejo de computadora ambulante cuando, así, sin punto ni comas, Cero me hizo un ademán que me pusiera de pie y a punta de cañón me llevaron hasta la sala y de pronto yo, ahí, topándome con los músicos y con los del conjunto típico que estaban todos dormidos y algunos hasta con la boca abierta, roncando, y mi casa, Mariana, mi casa, la observé y estaba echa un asco, hecha una sola trinchera de sillones, cojines y alfombras y tú Mariana y Queta, las dos que no aparecían, que no se les veía por ningún lado, y detrás de aquella trinchera, tres guerrilleros armados con calibres 32 y M 14ces, los magazines en el suelo, tirados, y, ahí, también el otro, digo, el cholo de los cachetes al aire que había preguntado tan insistentemente por Wilson, que me apuntaba otra vez con una escopeta automática calibre 12, que me seguía apuntando, el muy hijo-e-puta, mientras Cero me ordenaba que alzara el auricular del teléfono, oye, llámate a Monseñor de una vez que a estas alturas ya debe haber terminado de officiar la primera misa del día y luego, aquella voz, extrañada, Mariana, aquella voz conocida por todos nosotros preguntándome si el problema era tan serio que exigía su presencia tan de mañana, y yo respondiéndole que sí, Monseñor, que es urgentísimo, yo explicándole, o mejor

dicho, tratando, dentro de lo posible de explicárselo todo, así, o sea, de un sopetón, mientras Cero, lívido, se mantenía con los ojos fríos, fijos en el revólver y sobre todo en mis sienes y aquel tic-tac-tic-tac del reloj de pared, de mi reloj de pulsera, de todos los relojes de la casa y de mi corazón, también latiendo a des-tiempo, y la mañana que seguía idéntica, que es como decir, que seguía hueca, sin voces, con olor a cadáveres, sólo la de Monseñor que preguntaba y la mía que, después, contestaba y Cero, carajo, con el dedo siempre fijo sobre el gatillo, listo para disparar en el momento preciso y solamente vi que dibujó apenas una sonrisa, una leve sonrisa, cuando comprendió por lo que yo decía que Monseñor sí había aceptado intervenir como mediador para evitar un derramamiento inútil de sangre y, así, Mariana, pasaron no sé si una hora o varios segundos, siempre con el arma sin seguro, en mis sienes, y los otros, digo, los de las trincheras, que me seguían apuntando en todo momento, y en ese instante, también, ahí, revelándoseme, en un flash, mi amor breve, mi amor tierno, mi amor loco por ti, Mariana mi amor a todas horas amor, y tú, rebelde, tú, libre, tú creándote tus propias reglas del juego, Mariana, tú, en aquella bata de flores, tú con el cabello suelto que se te venía de vez en cuando a la cara, tú preparándote una taza de té de yerba luisa, allá, en un rincón de la cocina de la cabaña de Las Cumbres y yo acurrucado en el sofá blanco, bebiendo un cognac y levantando a cada rato la vista para asegurarme que era cierto, que sí, que estabas ahí, que eras mía, como lo habías sido la noche anterior y la otra y la otra y muchas otras más, y también hacía un instante cuando nuestros perfiles se habían topado y tú habías extendido la mano para acariciarme la espalda y todo había vuelto a comenzar otra vez y yo descubriendo de pronto lo que hasta ese momento había ignorado: que tenía en mí grandes reservas, que tenía una capacidad ilimitada de amar y que esa necesidad de tocarte, de penetrarte, de llevar el deseo a la cumbre, se podía convertir, mejor dicho que ya era algo bellissimo y que tal vez sólo por eso había valido la pena nacer y recuerdo que me

estiré, así, feliz, me sentía en la gloria, ahí, sobre esa cama, nuestra cama, Mariana, estaba en la gloria, y tu mejilla se acercó a la mía y mi barba raspó tu piel morena y debió haber sido en ese momento, claro, fue entonces cuando se me ocurrió hablar de casarnos, hoy mismo le voy a pedir a Queta el divorcio, te dije, pero en vez de alegrarte tus ojos brillaron de una forma extraña, y se quedaron brillando así, brillando hasta congelar ese brillo y yo no tuve fuerzas para interrogar tu silencio, para reclamarte como hubiera querido, para decirte, Mariana, habla, por Dios, dime algo, y había pasado ya todo un universo que es como decir, el universo entero en el tiempo, cuando te volteaste y sólo sé que comenzaste a hablar, que no paraste de hablar hasta que me habías dicho todo lo que querías decir y que yo me quedé boquiabierto, estático, y creo que me dijiste algo como que de adolescente habías tenido un amante, alguien que era así, como tú, jovencísimo y que tus tías te habían exigido, casi, que te casaras con él y yo sólo sé, Mariana, yo sólo sé que apenas te oía porque me resistía a creer que eras tú la que hablabas y era yo el que escuchaba todo aquello de que no te habías casado con él ni con nadie hasta ahora porque, Tito, yo ando en busca de la compañía de alguien con quien pueda compartirlo todo y esto último me lo dijiste tan rápidamente que apenas si que te pude seguir cuando me hablaste de ése alguien con quien no tuvieras que explicarte con palabras inútiles, y yo te miraba, sólo te miraba como el que mira el final de una película, ¿o era, en verdad, el principio?, ya no sé y tú, Mariana, hablándome, hablándome de ese hombre sencillo —tu ideal—, un hombre que estuviera de vuelta de las grandes palabras, de los razonamientos que engañan, un hombre, en fin, Tito, que me tome sólo por lo que soy, me decías, me lo repetías, por lo que soy: una mujer en minúsculas. Y yo, Mariana, a todo esto, yo sólo recuerdo que me levanté cuando creía que habías terminado de hablar, eso es, me levanté y me fui al baño y ahí lloré, sí, frente a la taza lloré

largo rato por mi amor loco, por mi amor tierno, y ahí mismo juré que yo me haría digno de ti.

—Don Tito, le ruego, permítame. —Es el maitre que vuelve y le indica al mesonero cómo y dónde debe servirme el bisque de langosta.

—Claro, ya era hora, también.

—Usted, discúlpenos, pero hubo problemas graves en la cocina.

—Sí, ya me lo dijo el otro muchacho. —Bostezo y, en verdad, no tengo ni pizca de ganas de seguir conversando, poco me importa lo que sea que tenga que decirme este maitre, petimetre falseado, y después de tres Martinis, lo que siento es un sueño increíble, Mariana, unas ganas inmensas de echarme a la cama, digo, de dormirme una siesta larguísima y no despertarme sino hasta mañana o pasado o, a lo mejor, hasta dentro de un año, y de ahí, largarme de este país por un rato, por años, por siglos, busco la cuchara, la tomo, me bebo el primer sorbo de la sopa y una hojita de perejil se me ha quedado entre los dientes y me molesta muchísimo y entonces le doy y le doy con la lengua hasta sacarla de su escondite apretado, está buena la sopa, miento, está deliciosa, es que han mezclado rebien la langosta con las cebollas y el apio y el diente de ajo y el laurel, además el brandy que le echaron es buen ¡brandy chuleta!, valió la pena esperar.

Garrido se bebe la sopa sorbo a sorbo, despacio. Uno que otro que lo observa lo hace sin imaginarse, tal vez que hace tiempo, hace años que este hombre se inició en lo que hasta ahora ha sido una suerte de inconcluso safari gastronómico. Fue en Europa, sí. Fue en la época cuando él estudiaba en Bologna, allá en el Institute of Advance Studies de Johns Hopkins y muchachos de varios países se reunían día tras día a estudiar y vivir intensamente, como ellos decían, que dentro de la búsqueda y hallazgos de ese mundo epicúreo, entraron los vinos, las mujeres, más vinos, las noches interminables de ópera y un día, instintivamente, casi, se hizo el descubrimiento del fino universo de las viandas exóti-

cas. Sin embargo, para Tito Garrido, más que para los otros (y por eso él se ha cuidado de no revelárselo a nadie) aquel hallazgo resultó algo así como la iniciación en un rito elemental que le devolvía lo que él creyó que eran atisbos del paraíso perdido. Y es que no hay que olvidar que Garrido, como nosotros, ya de niño se ha adiestrado a aparentar que él es algo más que el fruto de una sociedad de misales y casas de citas y pañuelos de hilo, bordados, y peleas de gallos y almuerzos dominicales de macarrones con pollo que se han servido desde siempre en una salsa de tomate viscosa y dulzona que él aborrece. Por eso, cuando a los veintitantos años, él se marchó a Italia, Garrido creyó encontrar allá ese ambiente al que se sentía, de suyo, predestinado. Y, así, con el concurso de varios amigos dio con una felicidad singular, con una felicidad que fue acaso la primera auténtica que él conocía. Luis, Alberto, Eusebio, Alfredo, Jean Pierre, Paolo, J.B., Gugliermo y Garrido comenzaron a reunirse, casi por casualidad, todos los sábados en el departamento del gordo Paolo Palozzi. Un criado joven y pálido que se llamaba Gabriel los aguardaba para hacerlos pasar. Una vez adentro, se escuchaba siempre el coro alegre de voces bien varoniles que de semana a semana, se le fue tornando a Tito Garrido más familiar y fue como una transfusión de sangre extranjera que alteró la monotonía de su biografía original por completo, o al menos así lo creyó él en un principio. Gabriel les ofrecía los abrebocas; alguno que otro español, venezolano, cubano, peruano, francés, italiano o inglés y, muy de vez en cuando, algo del recetario panameño que Tito Garrido pedía por carta a su tía Isabel, quien todavía guarda los secretos culinarios cartageneros de la bisabuela Matilde. Después se les llamaba a la mesa y el criado servía las sopas que variaban de semana a semana: ahí hubo de espárragos, de pepinos, de tomates y hubo, también, gazpachos, bisques, boula-boulas, bouillabesses y diversos tipos de consomés: el tropical, el madrileño y el Brunoise. En fin, estos muchachos, de sábado a sábado probaron todo un mundo de sopas que ellos fueron alabando,

uno a uno, a su manera alababa, y luego el gordo Paolo que tocaba la campanilla para que Gabriel retirara los platos y fuera trayendo los mariscos, las aves, las carnes, sin olvidar, por supuesto, las salsas: la chaud-froid, la mousseline, la de Dresden, la cumberland, la hollandaise, la lyonnaise, la marinara, la velouté, y la tártara, y todo se iba desarrollando dentro de un ritmo cadencioso donde casi siempre se prefería para el plato fuerte los vinos franceses, los de los Hospices de Beaune de Borgoña, por ejemplo, y se buscaba los quesos más extravagantes y por último, hasta las palabras mismas se iban calculando, se iban midiendo hasta que cada uno de ellos, maestro, a su manera, en el arte del disimulo, lograba reprimir cualquiera expresión que les hiciera evocar esos bares nocturnos donde ellos mismos, a veces, pasaban noches enteras de juerga. Pero, Garrido ya ha terminado de beber la sopa y ahora lo vemos limpiarse los labios y bruscamente, así, dándose casi de tumbos se levanta de la mesa, va hacia el servicio de hombres y abre la puerta y nosotros lo vemos detenerse unos instantes ante el umbral de la puerta del cuarto ése recubierto de azulejos celestes y después se nos pierde de vista porque, una vez adentro, él se queda, ahí, inmóvil, tratando, inútilmente, de orinar, y, Mariana, amor, siento la vejiga pesada y este hormigueo, coño, que me va de los riñones a las piernas y la guerrillera apuntándome con el fusil, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos!, el miedo dominándome, Fear is the mother of foresight, Mariana-amor, fear, encogiéndome los genitales, el dolor intenso en el vientre, el vientre a punto de reventármese y yo con las piernas abiertas y aquel orín por fin saliendo a gotas, tas-tas-tas, el dolor que iba de los riñones a las piernas, las siento, las gotas, unas cuantas amarillas y mucilaginosas que salen y la guerrillera rozando otra vez con su fusil mis genitales, mis genitales encogiéndose, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos!, y yo que ya no pensaba, tas-tas-tas, sólo me concentraba en hacer salir aquel orín, me aflojo ligeramente la corbata, yo ahora con unas ganas inmensas de largarme de este servicio, Mariana, de disimular fren-

te a los otros mi desesperación, disimular, entonces, aquella sensación de violación que sentía, salgo, camino por el pasadizo oscuro, diviso el maitre cuando le indica al mesonero dónde y cómo debe servirme el Scallopín a la Marsala, camino y otra vez el hormiguelo que me va de los riñones a las piernas, sigo caminando y la voz de Monseñor que gritaba desde afuera, aquí está el Arzobispo de Panamá que ha aceptado mediar para evitar derramamiento de sangre, me acerco a la mesa, halo la silla, me siento y trato y no puedo, trato de no pensar ahora en nada, me llevo un bocado de ternera a la boca, es inútil, la figura panzona y morena del Arzobispo que vuelve, la figura de Monseñor vistiendo sotana negra y gorrito rojo y la voz ronca de Cero preguntándole, ¿viene solo?, la pruebo, pruebo la ternera pero no, no está buena, Mariana, se les pasó la mano en el vino, siento el paladar, ahora, invadido de un sabor dulzón, desagradable, bebo un sorbo de agua y la voz de Monseñor, ahí, sí, vengo solo, díganme por dónde puedo entrar y los otros que gritaban desde adentro, avance unos quince metros hacia el sur y empuje el portón del garaje que está sin llave, busco el pan y me llevo a la boca un mendrugo untado con mantequilla de ajo, el sabor fuerte a ajo invadiéndolo todo y otra vez las voces de los otros guerrilleros preguntando, ¿viene solo?, y la de Monseñor, sí, muchachos, vengo solo, y fue cuando por primera vez escuchamos aquel ruido que no provenía de voces ni fusiles, sino del mueble que movían para poder abrir la puerta que comunicaba con el interior de la casa, y aquel ruido confirmando que en efecto vivíamos, que sí vivíamos, que estábamos vivos y que había alguna esperanza de salir de ahí tarde o temprano y de pronto Monseñor de pie frente a nosotros, Mariana, ¿lo recuerdas? bajito y rechoncho, amigable, como siempre, saludándonos, preguntándonos si había algún herido y examinando la pantorrilla de Ricardo Arosemena que sangraba sin que nadie hasta ese momento lo hubiera notado, el orín mucilaginoso que salía, Monseñor preguntando por el jefe, vuelvo a pasarme el pañuelo por la frente, tas-tas-tas, que salía, bebo otro sorbo de agua,

¿dónde está el jefe?, nos decía y Cero adelantándose siempre con el fusil en la mano, los genitales encogiéndome y él presentándose, soy yo, Monseñor, yo soy el jefe y luego la voz del Arzobispo enérgica, hay que traer un médico inmediatamente para curar al Doctor Arosemena que ya ha perdido mucha sangre y de ahí, al diálogo y todo tan rápido, Mariana, todo demasiado rápido para retenerlo y sólo recuerdo que decían algo como que eran un movimiento humanitario y patriótico y que respetaban ante todo la dignidad de la persona humana y Joaquín estallando en aquella carcajada que retumbó por todas las paredes de la casa, aquella carcajada horrenda que no parecía acabar nunca y que hizo cundir rápidamente el pánico entre los rehenes, y Cero que no hacía mucho caso de aquella altanería de Joaquín, que miraba hacia adelante, siempre hacia Monseñor y disimulaba, cómo disimulaba, el muy cabrón, el odio tremendo que sentía por nosotros, bebo otro trago de agua, hay que olvidar todo aquello, pero la carcajada, qué va, tu carcajada, Mariana, allá en la grama, como un trueno sofocante, que vuelve, *Fear is the mother of foresight*, lo mismo que la voz de Cero advirtiéndole a Monseñor que seremos, irreversibles, en nuestras demandas, *fear*, otra vez el martilleo de la carcajada, sí, la carcajada aquella mezclándose con la voz del Arzobispo mientras el guerrillero planteaba las demandas: 1) que se nos ponga un avión de *Air Panama* para viajar a Trípoli y que ahí vayan los presos políticos que les hemos anotado en la lista; 2) que a este comunicado que le estoy dando se le dé, a partir de hoy, publicidad por radio, televisión y periódicos, y de ser posible hasta en el extranjero y 3) que se nos entreguen tres millones de dólares en denominaciones bajas. Y lo veo, Mariana, veo a Cero caminando, a Cero, firme en lo suyo, frotándose las manos en lo que seguramente era un gesto de soberbia, lo veo repitiendo las demandas, machacando las frases, frotándose las manos, y de pronto, yéndose al otro extremo del comedor y mientras tamborileaba los dedos sobre la superficie de la mesa, dejando caer como un cuchillo afilado, la frase aquella terrible: de no

cumplirse las demandas, ejecutaremos a un rehén cada veinticuatro horas; lo decía, lo repetía, de no cumplirse las demandas, los ejecutaremos, uno a uno, hasta acabar con todos los hombres, salvo los criados y los del conjunto típico y las mujeres, que todas pueden irse ahora mismo libres, si quieren, al menos, claro, que les guste tanto el ambiente aquí adentro que insistan en quedarse con nosotros y sufrir las consecuencias.

—Tito, hola.

Levanto la vista.

—¡Ricardo, tú! —me ha sorprendido de veras—. Qué gusto verte, hombre —le digo y me lo quedo mirando, miro la palidez profunda, la calvicie progresiva, el cansancio de esos ojos que sobresalen dentro de un rostro que corona a un cuerpo fornido, de estatura mediana, de dedos manchados de nicotina que estrechan, ahora, mi mano, la derecha, y no sé por qué lo miro con afecto y le pregunto cómo se siente, que cómo está la pierna herida que él llevó durante tantas horas, así, digo, sin decir ni una palabra a nadie.

—Bien, hombre, bien,—me contesta— sólo fueron los casquillos vacíos que rebotaron sobre mi pierna; algo superficial. La prensa ha exagerado demasiado.

—En todo ha exagerado. ¿Tomas algo?

—Tal vez un café. Acabo de almorzar.

Llamo al mesonero, le hago señas desde lejos que traiga dos cafés, pero él se acerca y entonces se los ordeno tintos y cancelo el pedido del Bocado de la Reina. Tintos, ¿no es cierto, Ricardo?

—Sí, está bien. Te llamé a la oficina varias veces, y la secretaria de Jiménez insistiendo en que no tenía idea de dónde podías estar.

—Entonces, ¿cómo?

—Nada; se me ocurrió llamar a Marta a su casa, y ella, finalmente...

Quedamos solos, se ha hecho un silencio largo, incómodo, y observo cómo Ricardo se peina con los dedos los pocos mechones que se le vienen con insistencia a la frente y luego, cómo se

ajusta la corbata y es el mismo hombre, Mariana, sí, el mismo del traje cruzado de los otros días que ahora no sabe cómo iniciar la conversación y es que él sabe y yo también sé que hay mucho o tal vez no haya nada que podamos decirnos.

—Todo esto es morboso, morboso —repito, como para comenzar de alguna manera el diálogo.

—Era de eso que quería hablarte, Tito. A eso vine.

Y yo levanto la vista y trato de buscar la mirada de Ricardo, de nuestro embajador ante la ONU, digo, trato de hallar algo, un gesto, una palabra, acaso, que me descifre la personalidad hermética de este hombre que durante sesenta horas nunca o casi nunca abrió la boca y que por su valor físico logró, incluso, granjearse la simpatía de Cero, pero es que Ricardo es así, digo, ha sido así desde los días aquellos cuando estudiábamos juntos en la secundaria en La Salle y él no sé ni cómo ni por qué se ganaba la simpatía de la gente sin tener que decir ni una sola palabra y miro el reloj y ya es bastante pasada la una, el tiempo vuela, Mariana, y recién caigo en cuenta que Ricardo espera que yo le diga algo y entonces le pregunto qué sugiere él que se haga.

—Mira, tal vez una declaración preparada—, me dice—. Algo firmado por los que estuvimos adentro todo el tiempo. Nada espectacular, sino más bien que sirva el propósito de acabar de una vez con este alboroto.

—Se me había ocurrido algo así, esta mañana.

—Lo importante es que nadie hable por su cuenta ni que diga ni una sola sílaba a los periodistas del asunto.

—Tienes razón. Se ha dicho demasiado ¿no es cierto?

—Demasiado —repite—. A propósito, ¿vas al Gabinete esta tarde?

—Sí, me citaron.

—Nos veremos allá, pues. Hay que desarrollar un programa para que el pueblo siga respaldando al Gobierno, —me dice, a medida que me alarga un cigarrillo y me lo enciende y yo, Mariana, lo veo, veo a Ricardo allá en mi casa y las voces, ¡contra!, que

vuelven, las voces ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, el humo de los cigarrillos, caldeando el salón, los mesoneros, tirados, con las mujeres en el suelo, las bandejas vacías, los vasos rotos, ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! y el silbido de las balas, las balas rebotando en las paredes y Ricardo que se había quitado el saco y aflojado la corbata y luego aquella pantorrilla ensangrentada y Monseñor exigiendo la presencia inmediata de un médico, el Señor Arosemena ha perdido mucha sangre, y el Doctor Fábrega que llegaba y otra vez la misma escena, ¿viene solo, Doctor? y la voz gangosa inconfundible, sí, vengo solo, y aquel anciano alto, delgadísimo, entrando por la puerta, delgadísimo y ligeramente encorvado hacia adelante, ajustándose los anteojos bifocales, quitándose el sombrero de paja gris de ala estrecha que le cubría la calvicie reluciente, la calvicie poblada de cientos de pequitas doradas que resaltaban sobre la tez blanco-azulácea y el anciano aquél saludando con el mismo gruñido de viejo cascarrabias a rehenes y a guerrilleros, pasando directamente a curar la pantorrilla herida de Ricardo y el olor, penetrante, a yodo y a alcohol y a más yodo entrándonos a raudales, marcándonos y todos en un momento dado tal vez pensando que estábamos ante un hombre a quien debíamos acaso una noche o muchas de desvelo, mareándonos y ese sentimiento de gratitud hacia el viejo uniéndonos por un instante y el guerrillero que se acercaba, por favor, Doctor, a ver si me cura también a mí la espalda que hace horas que me sangra, le decía, y la destreza silenciosa del anciano haciéndose cada vez más evidente mientras desinfectaba por igual las heridas del rehén y el guerrillero para, luego, irlas curando, cerrando, cubriendo con gasa y esparadrapos y, ahora vuelvo a mirar a Ricardo aquí, frente a mí, fumando con cierto desdén, lanzando cada bocanada de humo lentamente y me lo imagino otra vez allá en mi casa, Mariana, hora tras hora, día tras día, en la misma pose, fumando uno y otro cigarrillo, el humo ascendiéndole por las aletas de la nariz hasta

nublarle la vista, y a veces, muy pocas, durmiendo con la cabeza inclinada sobre el mantel blanco de la mesa y los ruidos del comedor que han aumentado a medida que la gente acaba de comer, ponen los cubiertos sobre los platos, baten las cucharitas dentro de las tazas, halan las sillas y el rumor de las voces de los turistas que conversan, Mariana, que piden la cuenta y se marchan del restaurante y el mesonero que, al fin, se acerca trayendo las dos tacitas de café negro y nos las sirve y se aleja, apresurado, los mesoneros que se deslizaban sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que se servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando al grupo, Mrs. Wilson, Señorita Mariana, don Joaquín y don Ricardo, miren por favor hacia acá, hacia la cámara y todos, sonrientes, con una copa en la mano, isn't it a nice party, yes, ma'm a nice party, a very nice party, y Ricardo que ahora continúa pensativo, sin decir una palabra y sólo cuando toma la taza caliente entre los dedos es que se dirige a mí y veo que lo hace con afán de despedirse:

—Entonces, hasta más tarde—, me dice y observo que toma la pluma y apunta no sé qué en una hojita de papel amarillo, mientras murmura algo entre dientes y luego se bebe de un sorbo el café y se levanta—. Hasta luego—, repite— y gracias por esto—, me dice, señalando con un leve ademán la taza.

—No faltaba más, hombre—, le contesto, le alargó la mano y vuelvo a reparar en esos dedos de él, regordetes y manchados de nicotina, y pienso que quizá no sean éstos, los dedos propios de un señor embajador ante la ONU, lo veo marcharse cojeando, apoyándose sobre un bastón de caoba, delgadísimo, pobre hombre, le debe doler todavía horrores la pantorrilla, pero es así Ricardo, un enigma, un diplomático nato, como quien dice, que entró a esta Revolución por la puerta ancha del prestigio de su mu-

tismo y lo recuerdo hace apenas un año, Mariana, allá en Nueva York, pronunciando un discurso de esos que caen bien en la ONU, refiriendo la historia de gaveta del Tratado de 1903, cuando un miércoles de noviembre el Secretario de Estado John Hay citó a Bunau-Varilla a toda prisa a su casa y los dos firmaron esa tarde el proyecto del Tratado antes de que llegaran Amador y Boyd, digo, la misión panameña acreditada que se encontraba viajando, en tren, rumbo a Washington y recuerdo los aplausos nutridos, la euforia de los periodistas del Tercer Mundo, los titulares de los diarios al día siguiente: LA VERDAD, DETRÁS DEL TRATADO PANAMEÑO DE 1903: NUNCA FUE NEGOCIADO / EL TRATADO DE 1903: UN DOCUMENTO INMORAL IMPUESTO POR WASHINGTON Y FIRMADO POR UN FRANCÉS SIN CREDENCIALES / PANAMÁ NO CONOCIÓ NI DISCUTIÓ NUNCA LOS TÉRMINOS DEL TRATADO DE 1903.

Garrido mira su reloj de pulsera, son casi las dos de la tarde, frunce los labios en un gesto de hartazgo y apaga el cigarrillo que le ofreció Arosemena. Está con la cabeza apoyada sobre el espaldar de la silla y varias veces se lleva la mano, la derecha, a la boca como para disimular los bostezos. Es posible que no regrese a la oficina esta tarde. Otra vez el bostezo. Irá a la oficina sólo que haya algo muy importante que resolver y entonces seguramente trabajará con el empeño de siempre. Alarga las piernas, las acomoda y respira hondo, el mismo empeño de siempre, repite Garrido y vuelve a respirar, así, el aire entrándole con las palabras. Es el mismo empeño que le inculcó su madre, siempre tan intolerante ante la incompetencia, la miseria, la abulia. ¡Que nadie diga que un hijo de Soledad de la Guardia es perezoso!, le decía. ¡Que eso es sólo de indios! Se lleva las manos al estómago. ¡Esos imbéciles se pasan la vida echados en una hamaca esperando que les caiga el coco del árbol y a lo mejor hasta que le vuele los dientes! Mi madre, Mariana, mi vieja que últimamente me viene con frecuencia a la mente, aquella figura de hace treinta años, menuda, elegante, morena, de sonrisa torcida, nariz aguileña y

labios y caderas estrechas que cuando me acariciaba lo hacía con tal disimulo que ni yo mismo quedaba enterado, Mariana, la recuerdo tejiendo, erguida, durante horas y horas, en ese cuarto cómodo, de cortinas blancas de hilo donde muy pocas veces entraba mi padre y, eso, sólo de noche, muy tarde, como aquella vez que lo divisé caminando en la madrugada sobre las puntas de los pies y yo largo rato ahí, espiándolo, yo viéndolo abrir aquella puerta cerrada de la habitación de mamá y los goznes sin aceitar que chirreaban y chirreaban, y luego el ruido seco de los resortes cuando el cuerpo pesado se echaba, se movía sobre el colchón de plumas de ganso, y a la verdad, Mariana, no me puedo imaginar a dos cuerpos como éstos, amándose, fundidos en el calor de la intimidad de un abrazo: él buscándole con los labios, la boca, el cuello largo y caliente, los pechos pequeños; ella apresándole la cintura con los dedos, los brazos, los muslos; no, lo de mis padres ha sido una unión de otra índole, digo, una unión como la de Queta y la mía, donde yo-pongo-tanto-fulano y tú-pones-tanto-zutana, y él, en ese caso, era el hijo del patricio Roberto Garrido y ella, la tataranieta de Eduardo de la Guardia y Jaén, nacido en Penonomé en 1776 y bisnieto, a su vez, por línea directa de don Diego de la Guardia y Carrillo de Vique, natural del Puerto de Santa María de Andalucía, Ayuda de Cámara del Rey Carlos II, Caballero de la Orden de Santiago y Capitán del Ejército, quien a causa de un duelo ‘de trágico desenlace huyó a América en 1676 y fundó, en Panamá, la familia que lleva su nombre y ahí los tienes, Mariana, a los dos, complacidos: ella, porque su único hijo lleva la sangre Garrido; él porque entroncó con trescientos años de tumbas cuyos nombres todo el mundo conoce.

—¿En qué podemos servirle, don Tito?

—La cuenta, Ramírez, estoy apurado.

El maitre se marcha y yo, amor, cambio y vuelvo a cambiar de postura, una pareja que no reconozco me saluda, trato de recordar quiénes son, es inútil, me limito entonces a crisar mis patas de gallo, y es que la gente aquí, estiro las piernas, ¿te has fijado,

Mariana, cómo aquí la gente es de lo más confianzuda y juran que son tus amigos y te tutean y te palmean la espalda sólo porque un día te los presentaron en un coctel-party o en la inauguración del Holiday Inn de Punta Paitilla? Volteo la vista, el maitre ahora está habla-que-te habla con la cajera y ella que se dirige al sobrino del dueño que ni por nada baja el tono de voz, y yo me los quedo mirando y ellos algo intuyen cuando me ven golpeando con el índice el vaso de agua vacío porque el maitre llega trayendo la cuenta en una bandejita de aluminio cuadrada, me hace otra reverencia muy fina, son trece balboas con veinte centavos, yo saco un billete de a diez y otro de a cinco y los dejo sobre la bandejita y me contengo un nuevo bostezo, así, ¡paf!, con la palma de la mano y veo al maitre y al mesonero y al sobrino del dueño que se cuadran a unos cuantos pasos de mí, trato de levantarme, y el maitre y el mesonero se abalanzan sobre el espaldar de la silla, ya, ya está, estoy de pie otra vez, lo logré y me dirijo cabizbajo, como de costumbre, a la puerta que da a la calle y ahora el portero es el que se precipita, tal como le han enseñado, a servirme:

—Que sea hasta pronto, don Tito.

—Adiós, hombre, adiós —le digo entre dientes y trato de pensar cuál será el camino más corto para llegar a mi oficina, un camino directo atravesando, tal vez, los garajes, pero no, no hay tal cosa, tendré que volver por lo andado y este calor, Mariana, y la humedad asfixiante que te corta la respiración, cruzo rápidamente la calle y ¡chas! , metí los zapatos en un charco del aguacero de esta mañana, ahora sí que tendré que ir de todas formas a casa a cambiarme, eso es, a casa, repito, y pensar que apenas ayer en la mañana no sabía sí saldría de esa casa, mi casa con vida, Mariana, te busco, Mariana-amor, en las sílabas de tu nombre, Ma-ria-na, me seco el sudor de la frente, del cuello, levanto la vista, *Wellcome to Panama's Casa de Licores, Johny Walker's Swing—Old Parr—Canecas—Chivas Regal—Royal Salute*, y Monseñor con Cero, ahí, en el umbral de la puerta aquella mañana interminable del sábado y el guerrillero llamando a los músicos,

a los del conjunto típico y a las mujeres, avanzo unos pasos, *Boutique Lulú* para la mujer elegante, llamando a las mujeres por su nombre y apellido y aquella voz retumbando en el ambiente sitiado de pánico: María-de-González-Julia-de-Rivera Berta de-Vallarino-Marta-de-Ramírez-Julieta-de-Arosemena-Mariana-Morales-María-Enriqueta-de-Garrido y Queta, lívida, acercándose donde Monseñor, lívida y sin aquella sonrisa compuesta de siempre, La Peninsular *Life Insurance Company* lo asegura a Usted contra todo, lívida y solicitando con humildad, Su Señoría interceda para que me dejen sacar unas cuantas mudas para mí y mis tres hijos que desde ayer tarde, digo, desde que los mandé a casa de mis padres, andan con la misma ropita y el guerrillero entrecerrando los ojos para ver mejor a su contrincante y accediendo con un sentimiento de triunfo, ya les hemos dicho, Señora, le decía, somos un movimiento humanitario que respeta la dignidad humana, llévese la casa entera si quiere, eso no nos interesa, óigalo bien, Señora, no-nos-interesa y, luego, con un ademán del que está acostumbrado a jugárselo todo porque él nada tiene, sí, vaya, mujer, vaya ahora mismo, y tú, Mariana, tú que apenas si que disimulabas tu fastidio ante Queta, *Attias' Imported Fabrics* acepta tarjetas de crédito *Diner's Club-Master Charge-Bank Union*, tú que acaso hasta por un brevísimo instante te identificaste con Cero, mirando impudicamente a Queta, la pecosa Queta, la pelirroja Queta, tú pidiéndole al guerrillero quedarte, sí, hombre, no te asombres, quedarme he dicho, hasta el final del asunto, y el otro, sorprendido primero y después consintiendo, bueno, quédese, Usted, y yo, Mariana, captando tu deleite ante el triunfo alcanzado sobre la debilidad infantil de mi mujer que se alejaba lloriqueando, moqueando, temblando por el corredor de la casa para regresar más tarde, siempre en compañía de un guerrillero, con dos maletas repletas de ropa y Cero otra vez ahí, llamando a los músicos, entregándoles los bongos, los violines, los triángulos, las maracas, llamando luego a los del conjunto típico, a los mesoneros, a los empleados

de la casa, dirigiéndoles una arenga, diciéndoles que los ponemos en libertad porque ustedes son gente sencilla y Queta siempre lloriqueando, buscándome con los ojos y de pronto ya no los vimos y la tensión dentro de la casa subiendo, subiendo y ahora levanto la vista y leo compre / venda / alquiler / reserve / disfrute / escoja / obsequie / vista / invierta / aprecie / luzca / destáquese de París a San Francisco, de Panamá a Madrid / la novedad / la inspiración / un distintivo / un símbolo de prestigio, elegancia y señorío, y el lobby del Hotel Continental repleto de seres que entran y salen, Hoy Patricio y Antonia en el Conquistador, que se beben un trago en el bar, que firman un documento y conversan con el socio local, que exigen, Usted nomás deme las cifras, las cifras, amigo, que juegan en el casino y se fuman un puro cubano con la misma indiferencia con que se acuestan con la fulana que conocieron hace una hora en el *Play Boy Club* o en *El Íntimo*, y aquí se está bien, Mariana, lejos del sol que quema, que te quita la respiración y otro minuto y otra hora que pasa y el cartelón, ahí, me topo con él, está claro que alguien acaba de pegarlo en los azulejos de la pared del hotel, lo leo:

NI DEFENSA CONJUNTA,
NI DEFENSA UNILATERAL
BASES NO
ENERO SIEMPRE PRESENTE

lo vuelvo a leer y me detengo un instante para ver la fotografía del sujeto ensangrentado que aparece tirado en el suelo, con la boca destrozada y abierta, con los ojos hinchados, desfigurados como dos bolas de golf y me pregunto, caraste, Mariana, si será ésa la verdadera cara del panameño, me lo vuelvo a preguntar, las manos y la boca temblándome y echo cuentas, hace exactamente once años y diez meses de aquel 9 de enero, doy un paso adelante, me detengo, las manos y la boca temblándome, y sigo caminando y estoy seguro que el 9 de enero para mí fue y sigue siendo la carta aquélla

de mi viejo diciéndome que anoche, Tito, el Presidente suspendió relaciones con los Estados Unidos y yo refiriéndole el asunto a Roberts, mi profesor de Derecho Internacional en Tulane, y la carcajada de aquél, sonora, sí la carcajada retumbando y yo enrojeciendo, tosiendo, ahogándome, this makes a fabulous story, y días más tarde y como para salvar las apariencias, yo llevando aquella carta del Ministro de Relaciones Exteriores a Mr. Secretary of State para que la analizaran todos en clase y la voz de Roberts, adusta, henchida de soberbia, you must underline the terms, if you find them, gentlemen, the appropriate use of the terms that might denote the conflict between the two countries:

Señor Secretario de Estado: —leímos la carta—.

En nombre del Gobierno y Pueblo de Panamá presento a Vuestra Excelencia formal protesta por los actos de despiadada agresión llevados a cabo por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América acantonadas en la Zona del Canal, contra la integridad territorial de la República y su población civil indefensa durante la noche del día de ayer y la mañana de hoy.

La injustificada agresión a que antes me he referido, sin paralelo en la historia de las relaciones de nuestros dos países, ha tenido hasta ahora para nosotros los panameños un trágico saldo de diez y siete muertos y más de doscientos heridos. Además, los edificios y bienes situados en ciertos sectores de la ciudad de Panamá colindantes con la Zona del Canal han sufrido daños de consideración como consecuencia de los incontrolables actos agresivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas.

La forma inhumana como la policía de la Zona del Canal y luego como las Fuerzas Armadas norteamericanas agredieron a una romería de no más de cincuenta jóvenes estudiantes de ambos sexos de escuela secundaria, que pretendía desplegar en forma pacífica la enseña nacional en esa faja de terri-

torio panameño, carece de toda justificación. El incalificable incidente ha revivido episodios del pasado que creíamos que no volverían a ocurrir en tierras de América.

Los condenables actos de violencia que motivan esta nota no pueden ser disimulados y menos tolerados por Panamá. Mi Gobierno, consciente de su responsabilidad, hará uso de todos los medios que ponen a su alcance el Derecho, el Sistema Regional Americano y los Organismos Internacionales, con el fin de lograr justa indemnización por las vidas truncadas, por los heridos y por los bienes destruidos, la aplicación de sanciones ejemplares a los responsables de tales desmanes y las seguridades de que en el futuro ni las Fuerzas Armadas acantonadas en la Zona del Canal ni la población civil norteamericana residente en esa faja de territorio nacional, volverán a desatar semejantes actos de agresión contra un pueblo débil y desarmado, pero decidido en la defensa de sus derechos inalienables.

Finalmente, cumpla con informar a Vuestra Excelencia, que debido a los sucesos a que antes me he referido, el Gobierno de Panamá considera rotas las relaciones diplomáticas con su Ilustrado Gobierno, y en consecuencia, ha impartido instrucciones a Su Excelencia el Embajador Augusto G. Arango, para que regrese cuanto antes a la Patria.

Aprovecho la oportunidad para manifestar a Vuestra Excelencia seguridades de mi más alta consideración.

Garrido sigue caminando. La carta... Eso ya es letra muerta. Se detiene sólo una vez y eso a la altura de Félix B. Maduro y con el fin de admirar unas camisas *Arrow* de seda que se exhiben en la vitrina. Unas camisas preciosas. No ha podido dejar de observarlas. Los brazos y el cuello los siente pesados. 9 DE ENERO, ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! Con un movimiento brusco se lleva la mano derecha a la frente. Sabe que debe olvidar esos muertos, la sangre, la histeria colectiva, olvidar, en fin, para vol-

ver a ser lo que ha sido hasta la víspera del maldito secuestro. Imposible. Unos segundos y todo el orgullo... Aligera el paso y desemboca en la *Vía España*. De ahí a la oficina es sólo un salto. Mira el reloj, son apenas pasadas las dos de la tarde, la gente que retorna a las oficinas, a los bancos, a los comercios bajo el peso de una indiferencia sin nombre. Alza la vista y lee: FOR RENT / SE ALQUILA OFICINA alfombrada, con aire acondicionado y ascensor automático, 30 M² / AQUÍ SE CONSTRUYE EL FUTURO HOGAR DEL BANCO DE SANTANDER Y PANAMÁ. Más allá, divisa las dos torres de la Iglesia del Carmen, arquitectura neogóticas, horrenda, me comentó el gordo Paolo, la única vez que visitó Panamá hace más de cinco años, cinco años, o sea, cuando todavía no me había casado con Queta y pensar que dentro de diez ya Robertito será casi un hombre y yo casi un viejo, bajo la cabeza, y el sol, el maldito sol devorándome, forzándome a ponerme otra vez los dichosos anteojos oscuros que me dan este aire de piloto de Iberia que tanto aborrezco, tengo que aligerar más el paso, otra vez las voces chillonas, los gritos, las órdenes de los obreros, el ruido de los camiones, de las grúas inmensas que trabajan en la construcción del rascacielo del Banco de Tokio, qué ganas, Mariana, de llegar ya a la oficina y darle las órdenes a Marta y largarme a la casa y darme un baño bien frío, abro la puerta de vidrio a prueba de rayos solares, VÍA ESPAÑA 120, leo y carajo, todo un mundo de rostros sin nombres que regresa, que se me cruza rápidamente por las pupilas, ¡bases no! ¡bases a ningún precio, Garrido! , y aquel amanecer del domingo, angustioso, y la humedad y sólo los perros aullando en los quicios de las puertas y en la boca una masa de saliva amarguísima y veo sobre la pared de ladrillos rojos de barro pulido, escrito en letras inmensas:

EN CASO DE INCENDIO USE SÓLO LA ESCALERA

Miro el espejo,

EN CASO DE INCENDIO USE SÓLO LA ESCALERA

—Doctor Garrido, hacia acá, por favor, hacia la cámara.

El flash de un periodista relampaguea cegando a Garrido momentáneamente. Luego, otro flash y otro y otro y él se abre paso a codazos entre los que lo aguardan al salir del ascensor.

—Lárguense —murmura entre dientes.

La puerta de madera que conduce a la oficina le parece lejísimas mientras camina, un codazo aquí, ¿qué sera-t-il du traité, Monsieur Garrido?, otro allá, un pisotón bien dado, ¿Pensa lei che il Governo deciderá la questione delle basi per plebiscito? Las losetas manchadas de amoníaco, cuatro piernas, ¡fotografíale la cara, Álvaro! , sigue abriéndose camino a codazos, have you talked to Bunker since the assault? , los ojos que le suben y le bajan y le vuelven a subir, ¡Sométanse al silencio impuesto por el Premier!, grandes risotadas y otra vez los flashes, merde! , ¡no seas pendejo, Garrido!; una silueta blanca con camisilla blanca y zapatos blancos lo sigue:

—Please, Mr. Garrido, John Stuart from the *Wall Street Journal*.

—Get lost, will you?

—Please, Sir, It's for more than a million readers up in the States.

—So what...

—It's for your own benefit, Sir. —Y por primera vez lo vuelvo a mirar y él rápidamente saca el carnet de identificación del diario y me lo enseña.

—O.K. but, you alone, no photographer, you understand?, no photographer.

—Thanks a lot.

—Come in, fast and close the door behind you.

Una vez adentro, Garrido no se mueve, no dice nada, sólo respira agitadamente y ve de reojo al gringo que está inmóvil, a su lado, y le hace un ademán para que se siente y otra vez cae en cuenta que las manos le sudan. Marta llega con un vaso de agua helada y se lo entrega.

—Gracias, gracias... Me sorprendieron, carajo. Creí que los corresponsales extranjeros también obedecerían al Premier; que dejarían el asunto en silencio.

—¡Qué va, don Tito! Esa es la única vida que conocen.

Primero es la voz suave y familiar de Marta, luego, un murmullo que se hace cada vez más cercano y unos golpes, pan-pan-pan, puñetazos y puntapiés en la puerta que he cerrado con llave y la excitación de los periodistas y los gritos, te niegas a un notición, abre la puerta o la tumbamos a patadas, cabrón, y el pánico que vuelve, aquí, las piernas y los brazos temblándome.

—Marta, llame a la Guardia para que los disperse, Informe de pasada al Gobierno y Justicia. Es bueno que lo sepan...

—Inmediatamente, don Tito.

Ella queda en el teléfono, mientras yo le hago una señal al gringo que me siga y trato de esbozar una sonrisa, de conservarla, así, en la cara un minuto como para causarle, tarde, es cierto, una buena impresión al reporter del *Wall Street Journal*, y juntos pasamos a mi despacho y yo, Mariana, enciendo luces, las apago, voy hacia el cortinaje, lo descorro, me encamino hacia mi escritorio, dejo ahí el portafolio, me abro el saco, busco los cigarrillos y le ofrezco uno al gringo, se lo enciendo y el otro esperando de pie, emocionado de que haya accedido a recibirle, pensando seguramente en el artículo que escribirá, que si es bueno será publicado en otros periódicos y tal vez hasta traducido después, y si es muy, muy bueno, capaz hasta le gana un Pulitzer y eso que sólo tiene treinta años pero ya ha pasado por Vietnam, y ahora Panamá y en este negocio, mujer, hay que moverse, correr, desaforado, de-

trás de los hechos, de las noticias, si no, qué va, viene otro y, caraste, te dejan podrirte en un asiento de la redacción y lo peor, te cae encima el desprecio de la gente que vale la pena, y veo los ojitos de Stuart, ojitos de Terrier, ocultos detrás de un par de cejas estilo Glenn Ford que me miran esperando, tal vez, la señal para sentarse y yo se la doy y observo cómo extrae del pantalón kaki una grabadora pequeñísima, de esas de batería, y la pone sobre la mesa.

—Sir, if you wish, we can speak in Spanish.

—Claro que sí, lo prefiero —le digo y me pregunto cuándo, cómo y dónde habrá aprendido el español este hombre y él mismo se encarga de aclararme el asunto cuando abre la boca y escucho que habla con acento teitano.

—¿Qué porcentaje del pueblo representa el Comando Urracá? —me pregunta y habla suavemente, habla despacio, al punto casi de desesperarme y yo le clavo la mirada y le contesto con tono de navaja afilada.

—Una advertencia, joven, y que esto quede bien claro: nada de tocar el tema del secuestro; nada, ¿me oye?. En todo lo demás, complacido, pero ese tema, de antemano prohibido —le repito.

—O.K., O.K., as you wish —me dice, y lo más probable es que no le gusten las reglas del juego y que murmure por lo bajo s.o.b. varias veces, pero, qué carajo, él sabe que es mejor esto que nada y yo doy una larga chupada al cigarrillo, arrojo una nube de humo, toso, me levanto y voy hacia el intercomunicador:

—Marta, por favor, dos cafés; I gather you like coffee?

—Yes.

—Black?

—I suppose so.

—Yes or not?

—Yes, yes.

—Tintos, Marta, tintos. —Y me siento en uno de los sillones frente a Stuart y sigo fumando, así, varias chupadas seguidas y el humo que nos va envolviendo y yo que ya he asumido una postura

impersonal, distante, tal como a los gringos les impresiona bien, como les gusta, ¿cuándo comenzará este hombre a lanzarme las preguntas?, otra chupada, silencio, se está organizando, lo veo que busca algo en los bolsillos, de la camisilla blanca, ya, una libretita diminuta, pasa rápidamente las páginas, anota algo, corrige, me llevo los dedos a la calvicie, la palpo, húmeda, las hebras de pelo, húmedas, me palpo las sienes, ¡o nos vamos todos o nos morimos todos!, y la tensión subiendo y aquel teléfono que sonaba y volvía a sonar y la voz de un periodista y otra vez silencio y el calor asfixiante porque habían desconectado, por el ruido, los aires acondicionados y otra vez el teléfono y por las expresiones de Cero comprendiendo que había dificultad en reunir los tres millones de dólares y una de las guerrilleras registrando minuciosamente armarios, gavetas, escritorios, registrando sistemáticamente alfombras, cojines, sillones, abriendo con un formón la caja fuerte, dejando las joyas y los documentos adentro, y aquel radio transistor de Cero siempre encendido y los relatos y los comunicados de *Radio Libertad*, *RPC*, *Radio Impacto*, constantemente los comunicados, y aquellas marchas a toda hora, las campanitas, los xilófonos, las flautas de aquellas marchas aumentando la tensión y Cero obligando a Joaquín que se comunicara con éste, con aquél, venga, pero hágalo de rodillas, y de rodillas y con la pistola apuntándole las sienes le hacían avanzar hasta el teléfono, dígame a esos histéricos que moderen las informaciones, que los tratamos bien, oiga, que los tratamos bien, ¡coño!, una bofetada, que los tratamos bien...

—¿Cuándo comenzaron las actuales negociaciones? —Al fin ha formulado la pregunta, lo miro, nos miramos, echo la cabeza hacia atrás, trato de organizarme, sí, las actuales negociaciones, Garrido, cuidado, se te acusa de revisionista, calla, en verdad lo soy, lo somos, lo es también él, eso es, Mi Coronel, Mariana, es un revisionista como tantos, pero dicen lo contrario, lo han llegado a acusar de comunista, las palabras no quieren decir nada, los actos, eso es, ahí está el asunto, acéptalo, se trata de un tipo moderado, hay que reconocerlo, moderado, un tipo valioso, una

buena mezcla de la Normal de Santiago y la Escuela de las Américas de Fort Gulick.

—Como ustedes saben —hablo despacio, la historia es larga, pero hay que relatarla, eso es, la historia es larguísima, me enderezo, enciendo otro cigarrillo, le ofrezco a Stuart uno de la cajetilla— como ustedes saben —repito—, Panamá y Estados Unidos acordaron negociar un nuevo tratado en 1962, cuando el Presidente Chiari visitó al Presidente Kennedy en Washington, pero esto quedó en nada hasta después de los sucesos de enero del 64. —Hago una pausa, miro hacia la grabadora que da vueltas y otra vuelta y otra.— En enero del 64 —continúo— las relaciones entre Panamá y Estados Unidos llegaron a un punto crítico a consecuencia de los sucesos lamentables ocurridos con motivo del “Incidente de la Bandera” que convirtió la línea divisoria entre Panamá y la Zona del Canal en un verdadero campo de batalla, —otra pausa, saco el pañuelo, el sudor en la frente, corriéndome, ahora, por el cuello, ¡Ni defensa conjunta, ni defensa unilateral, bases no, enero siempre presente!— Estos tumultos —continúo— tuvieron su origen en el desacato de un grupo de estudiantes del Balboa High School a la orden del Presidente Kennedy que la bandera panameña debía flamear junto a la de Estados Unidos, en todos los edificios públicos de la Zona del Canal y así lo que al principio pareció ser un brote de indisciplina juvenil, pronto se convirtió en una confrontación bélica entre las fuerzas militares de Estados Unidos con todos sus arreos de combate, y la población civil panameña, que dejó un lamentable saldo de 24 muertos, cientos de heridos y pérdidas materiales cuantiosas y el Gobierno de Panamá consideró que había sido víctima de una agresión y rompió relaciones con los Estados Unidos, —me paso otra vez el pañuelo por la frente, este sudor me debe estar manchando las axilas y Professor Roberts, Mariana, you must underline the terms, gentlemen, the appropriate use of the terms that denote the conflict between the two countries y Marta que entra con la bandejita y nos ofrece a cada uno una taza:

—Gracias, Marta, Gracias, —le repito, y ella sólo se sonríe y se marcha, the appropriate terms, gentlemen, luego la carta de mi padre, el Presidente anoche suspendió relaciones con los Estados Unidos, los juristas dicen, que el Presidente no sabe lo que dice, que las relaciones diplomáticas no se suspenden, que se rompen, y yo refiriéndole el asunto a Roberts y la carcajada de aquél, sonora, sí, la carcajada retumbando y yo enrojeciendo, tosiendo, ahogándome, this makes a fabulous story, young man, a fabulous story, y volteo a ver a Stuart, impávido, pendiente de mis silencios, por dónde iba, ah sí, el rompimiento, bueno —continúo— gracias a la mediación de la OEA, los dos países volvieron a establecer relaciones diplomáticas, en abril de 1964, y en junio, los Presidentes Johnson y Chiari firmaron una Declaratoria Conjunta, mediante la cual los dos países acordaron iniciar negociaciones para la elaboración de un nuevo tratado “que eliminara para siempre las causas de conflicto entre las dos naciones”...

—Poco se habla de eso, ya, Mr. Garrido —interrumpe Stuart— ¿Culminaron en algo esas negociaciones?

—Claro que sí, hombre —le contesto mirándolo y el otro con los ojos dilatados—, las negociaciones correspondientes duraron tres años y culminaron con la firma de un paquete de tres tratados que fueron bautizados con el apodo de “Los Tres en Uno” y muchos panameños consideramos que los tri-tratados representaban un avance considerable para Panamá en su larga lucha por liberarse de las duras y lesivas cláusulas del Pacto Hay-Bunau Varilla, pero los cuadros políticos opuestos al Presidente Robles montaron una violenta campaña contra el tratado y Robles que ya no contaba con el apoyo de la Asamblea Nacional se abstuvo de someter el tratado a ésta para su estudio y ratificación.

Echo la cabeza hacia adelante, me seco ambas manos, sudorosas también, y mi padre cabizbajo, Mariana, el viejo por primera vez realmente derrotado, el Presidente ha rehusado presentar el Tratado formalmente a la Asamblea, está perdido, perdido, repetía, y luego consultándome y yo, por primera vez, sintiéndome

útil a su lado y aquellas visitas a toda hora al Palacio Legislativo y las conversaciones con los otros diputados, y las noches y los días otra vez las noches y las madrugadas y las presiones del pueblo aumentando y los partidos políticos cediendo a las coacciones, a las influencias, a las recomendaciones de éste, de aquél, hasta que un día, ¡paf! el asunto reventó, el Tratado no sería presentado ante los diputados y mi padre resguardándose detrás de una barrera de mutismo y los otros legisladores llamando por teléfono a la casa y aquel ring-ring-ring a todas horas y los comunicados por la prensa, por las televisoras, por la radio, y las marchas y Robles que se caía, en cualquier momento se caía...

—¿Cuáles eran las principales conquistas del Tratado del 67? —me pregunta Stuart y, Mariana, ahora todo aquello me parece tan lejano, Mariana, repito tu nombre, vuelvo a pasarme la mano derecha por la frente, y yo sentado con mi padre, los dos subrayando, anotando, tachando, papá, presenta este memo al Presidente, que el pueblo sepa lo que gana, es inútil, Tito, el, hombre está perdido, los partidos mandan y le han retirado su respaldo, miro el reloj, las dos y media, los zapatos mojados me molestan, daría cualquier cosa por una ducha fría, tomo la taza entre los dedos y este café, como el anterior, está amarguísimo.

—Las principales conquistas de este tratado eran —rápidamente paso a enumerarlas— 1o. La abrogación del Tratado Hay-Bunau Varilla. 2o. La entrega a Panamá del Canal en el año 2000, con todos sus activos, tales como edificios, equipos, los puertos de Balboa y Cristóbal, etc. 3o. La participación de Panamá en la administración del Canal a través de la junta Directiva compuesta por 4 panameños y 5 norteamericanos, de la nueva entidad jurídica internacional que dirigiría la operación del Canal hasta su entrega a Panamá en el año 2000. 4o. El aumento de la anualidad del Canal hasta una cifra aproximada de 3 5 millones de dólares. 5o. La entrega inmediata a Panamá de importantes porciones de la Zona del Canal, incluyendo áreas de ambos lados del Istmo, inclusive France Field. 6o. La terminación del ejercicio por parte del Gobierno ame-

ricano de ciertos derechos jurisdiccionales en la Zona del Canal, en un plazo de cinco años, en áreas tales como policía, bomberos, correos, administración de justicia, salud, educación, etc. Y 7o. La recuperación inmediata por Panamá de su soberanía fiscal en la Zona del Canal.

Le he soltado la historia completa, de pe-a-pa, como quien dice, y el otro sólo me mira y se adelanta y se retrocede en la silla y le veo la cara disuelta en humo, se bebe el café, hace una mueca, escribe una porción de cosas en la libretita, eres un cínicco, ¡coño! , me decía Cero y me mantenía apuntado con la metralleta, te has pasado la vida de vira-y-cambia y que siga la pachanga, ¿ah?, que siga la pachanga, rabiblanco de mierda, y por qué no, qué fastidioso aquel provinciano determinismo de los guerrilleros, había que hacerlo por la patria, ¿y lo demás?, bueno, qué carajo, es cuestión de acostumbrarse, ya me lo dijo mi padre varias veces, si el Coronel te llama, anda, hijo, deja los prejuicios y anda, si no los comunistas nos devoran, y en abril del 71 me llamaron y acepté y se iniciaron las conversaciones, las idas y venidas de Panamá a Washington de Washington a Panamá y Queta y yo recién casados y ella histórica porque la dejaba sola tanto tiempo y Estados Unidos que tomaba una postura menos conciliadora que la del 67, y el tiempo que pasaba, un año, y nada, sólo viajes, y miro a Stuart, él debe conocer la historia, sí, aquel “faux-pas”, ¡claro que la debe conocer!, cuando expusimos en nombre del Gobierno la naturaleza específica de nuestras demandas así como las contrapuestas y esto desató la ira de Washington, y las negociaciones se paralizaron y la tensión entre los dos países creciendo, creciendo y culminando en marzo del 73 cuando celebramos aquí aquella reunión del Consejo de Seguridad y colocamos a Washington en el banquillo de los acusados y el Embajador Scali, pálido, de ojos vidriosos, emitiendo en nombre de su país un veto a la resolución sobre el asunto canalero que habíamos presentado ante el Consejo, y pocos meses después, la postura de Washington virándose, nombrando a Bunker como nego-

ciador jefe, alzo la vista, Stuart continúa anotando no sé qué en la libretita.

—Para contestar específicamente a su pregunta —continúo— podemos decir que la actual ronda de negociaciones parte de la visita a Panamá del Sr. Kissinger, en febrero de 1974 y la proclamación del Acuerdo de los Ocho Puntos.

Enciendo otro cigarrillo y toso, el humo siempre me molesta, y vuelvo a mirar a Stuart y bajo inmediatamente la cabeza, si este hombre supiera, Mariana, si él supiera el triunfo personal que para mí significó la firma del Acuerdo ése; las horas, los días, los meses de trabajo elaborando un borrador que contuviera algo de lo mucho que perdimos con el rechazo del 67, y luego presentándolo al Gobierno que había manifestado en el 70 que ese pacto no podía servir ni siquiera de base para las nuevas negociaciones y el Gobierno aceptándolo y presentándolo, a su vez, a Washington y ellos accediendo, por primera vez en varios años, accediendo, y nosotros, tarde, descubriendo que todo había sido una patraña de Mr. Kissinger para evitar la discusión del problema canalero en la Reunión Interamericana que estaba próxima a celebrarse en Tlatelolco, pero ¡qué carajo! el pueblo no tiene memoria, el pueblo no es susceptible a esas habilidades diplomáticas y el Acuerdo se firmó y nosotros pudimos ensalzar esta agenda de trabajo como una gran conquista que todo el mundo celebró.

—¿Qué opina usted, Mr. Garrido, de las perspectivas de aprobación que tendría un tratado en el Congreso Norteamericano? —me pregunta Stuart, sin mirarme, como hablando a la grabadora o a la alfombra y comprendo aquí y ahora que él conoce el cuento con todas sus ambigüedades, que es un tipo listo y que seguramente le irá bien y que hará carrera en el *Wall Street Journal* porque hace las preguntas que gustan al millón y medio de lectores allá en Dallas, Chicago, Los Angeles, Nueva York o Florida y yo trato de organizarme, Mariana, a ver, hay que ganarse la simpatía de esos hombres de negocios, debo decir lo que sea que los tranquilice en materia de inversiones, después de todo la inver-

sión de los Estados Unidos acá asciende a casi trescientos millones y hay que crear la imagen de un centro comercial estable, toso, una, dos veces y esto me limpia la voz y comienzo a hablar y descubro que ya no titubeo:

—Ante todo, no creo que debemos pensar en términos de un veto anticipado a causa de la resolución firmada por un bloque de 37 senadores en la cual manifestaban su oposición a cualquier renuncia por parte de los Estados Unidos de sus “derechos soberanos” en la Zona del Canal, menos aún por la enmienda que aprobó el Congreso negando los fondos para sufragar cualquier negociación que renunciase a los derechos de los Estados Unidos sobre el Canal.

—Mr. Garrido —me interrumpe Stuart— le agradecería que me explicara en qué funda su posición tan optimista.

—En que usted —mejor que nadie, sabe que la nómina del Senado es débil y hay una gran diferencia entre respaldar una resolución y votar por un tratado de mayor importancia.

—¿Y cómo haría Panamá para crearse una imagen favorable ante el Senado? —veo que arruga y desarruga la frente en un segundo.

—La labor no es sólo de Panamá, es conjunta, Stuart —le contesto.— Además —añado— tengo entendido que el Departamento de Estado ha iniciado, ya, una campaña en Estados Unidos para explicar en una forma conceptual la razón de estas negociaciones, y que está teniendo éxito en esta misión. La misión presidida por Bunker considera que muchos de estos Senadores que han firmado esa Resolución han expuesto una oposición a una cosa que no existe, pero que una vez materializado el tratado cambiará la opinión de ellos. Y claro que la misión estadounidense tiene mejor conocimiento del ambiente de Washington que nosotros. El discurso de Mr. Kissinger en Pittsburg, hace poco, asegurando que Estados Unidos seguirá protegiendo sus intereses vitales en el Canal a través de la defensa de éste ha tenido gran repercusión en la prensa norteamer-

ricana y esto, claro, influirá en los Senadores, así como también, el cabildeo abierto en las universidades y en las plazas públicas donde la juventud, como en el caso de Viet Nam, presione a la opinión pública norteamericana.

—¿Aparentemente, el Pentágono ha tomado participación activa en las negociaciones? —me pregunta, ahora, y comprendo que el círculo se va cerrando y que el tema desembocará irremediablemente en el asunto de las bases.— ¿Qué importancia o significado tiene esto?

—Importancia, mucha —le digo y continúo—. La presencia aquí en Panamá durante, la semana pasada del General Dolvin debe verse con agrado; esto indica que el Departamento de Defensa al incorporarse directamente en las negociaciones limará los escollos que han venido entorpeciendo el progreso de las negociaciones. La incorporación del General Dolvin al equipo negociador, junto con Bunker, resultará altamente provechosa y útil —repito la idea, pero no importa, es necesario recalcarla— él transmitirá a sus colegas del Pentágono una serie de verdades que campañas interesadas han tratado de ocultar o de presentar desfiguradas con el propósito de confundir y de impedir al mismo tiempo que el proceso negociador desemboque en el Tratado nuevo que resulte indispensable para ambas partes. —Bajo la vista y callo y los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros, ¡bases no! ¡bases a ningún precio! , y las horas que pasaban y Monseñor no regresaba y aquel calor asfixiante del mediodía y las noticias de la radio comunicando que el Coronel había regresado en su avioneta desde Contadora donde se encontraba pasando el fin de semana cuando le comunicaron los sucesos y que en esos momentos el Arzobispo le debía estar presentando las condiciones de que dependían nuestras vidas y los guerrilleros permanentemente apuntándonos con sus armas, siempre aquellas armas sin seguro, listas a disparar en cualquier momento, y Cero acercándoseme, la abrogación del Hay-Bunau Varilla, la terminación de la perpe-

tuidad y del ejercicio por parte de los gringos de algunos de los derechos jurisdiccionales en la Zona, la recuperación de una soberanía que nunca hemos vendido ni cedido a nadie, no quiere decir mucho, rabiblanco de mierda, esa es pura farsa, es el caramelo con que endulzarán los oídos de los tontos y los ignorantes, la defensa es la cosa y me sacaba unas papeletas enseñándome-las, ahí nos dejan clavado el veneno de la represión militarista, y me volvía a enseñar las papeletas, expulsaremos a esos criminales y a Ustedes también, acabaremos con todos, y me las volvía a sacar, anda léelas, que empapelaremos tu casa y todo el país con estas frases, y yo leyendo:

LA DEFENSA CONJUNTA ES SÓLO UN
PRETEXTO PARA PROLONGAR LA
PRESENCIA MILITAR YANKI EN PANAMÁ
DEFENSA CONJUNTA - REPRESIÓN CONJUNTA

y la guerrillera pegando papeletas, empapelando la sala, el corredor, la salita de recibo donde te tenían a ti, Mariana, con Fernando Martínez y con mi compadre digo, con Bill Arias y con el Ministro Ramírez y Rivera y tú leyendo seguramente las papeletas ésas y los otros leyéndolas también:

NO PUEDE SER BRAZO ARMADO DEL PUEBLO
LO QUE FABRICAN LOS YANQUIS
EN LA “ESCUELA DE LAS AMÉRICAS”
CUNA DE CRIMINALES

LA RECUPERACIÓN DE LA ZONA DEL CANAL SERÁ
CONQUISTA DE LAS MASAS POPULARES
POR LO TANTO DICHA “RECUPERACIÓN” TIENE
QUE SER DE CARÁCTER SOCIAL Y NO PARA
POSTERIOR REPARTO ENTRE LA OLIGARQUÍA Y
LOS MILITARES

LA VERDADERA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL QUE
PUEDE RECIBIR EL PUEBLO PANAMEÑO EN SU
LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO VENDRÁ DE
LOS PUEBLOS Y NO DE LOS GOBIERNOS
GORILAS REPRESENTATIVOS DE LAS OLIGARQUÍAS
LOCALES LATINOAMERICANAS

y otra vez, ahí, la voz de Cero, los tres millones los utilizaremos para armas y nuestras guerrillas acabarán con los traidores y los enemigos de la patria y las horas pasando y yo tratando de mantener la serenidad, la calma, y las horas pasando y tu nombre, Mariana, subiendo a mis labios con frecuencia y Joaquín captando el significado de ese nombre y tu voz allá lejos, conversando con uno de los guerrilleros y el calor y la sed desesperante, y en la boca, una masa de saliva amarga.

—¿Cuál es la posición de Panamá en las negociaciones actualmente? —Me tranquilizo, he capeado bien el asunto de las bases. Enciendo otro cigarrillo, doy una chupada y otra más antes de contestar y después de ésta, le daré una excusa, miro el reloj, las tres menos cuarto, dentro de un par de horas, a la Presidencia. Me lo quedo mirando.

—Seremos firmes en lo que concierne a nuestros intereses soberanos —le digo—, pero, a la vez, recuerde una cosa, amigo, que el principal cliente del Canal son los Estados Unidos, y esto significa que si queremos hacer negocio, debemos estar en buenos términos con Ustedes. —Y dicho esto, me levanto, voy hacia mi escritorio, busco el portafolio, me ciño el nudo de la corbata, me abrocho el saco, y sin más, me acerco a Stuart, le extiendo la mano y me despido.

—Bueno, esto da por terminado nuestro diálogo, amigo—, le digo —espero que esté usted satisfecho—. Y el otro, sorprendido, y tal vez decepcionado, me alarga también la mano, apaga la grabadora y se la guarda en el bolsillo.

—Thank you, Sir, you've been most kind to receive me.

—My pleasure, boy, my pleasure —le digo y lo acompaño hasta la puerta y Marta presiente mi turbación y ve cuando me rasco la barbilla y dejo de sonreír y luego el ademán que le hago que no pierda de vista al periodista hasta que se haya ido y de pronto se hace un silencio y es que ha cesado el tableteo de las máquinas de escribir y yo camino otra vez hacia mi despacho, estiro la mano derecha y agarro la manija de la puerta, abro, entro, cierro la puerta detrás de mí, voy una vez más al escritorio, me siento en el sillón, sí, el giratorio, saco de la gaveta un par de documentos que Marta ha clasificado con el rótulo de “Urgente” y subrayado en rojo, los firmo, un par de garabatos, y los zapatos mojados me molestan, y las ganas, coño, de darme un baño frío y quedarme un rato, así, sumergido en la bañera, un rato largo, sí, y aquellas declaraciones del Senador Thurmond que la Zona del Canal es territorio de los Estados Unidos, que ellos lo compraron como Alaska o Luisiana, y Bunker refutándolo ante el Consejo de Asuntos Mundiales, en Los Angeles, no, ese es un mito pernicioso, los diez millones que se pagaron en el 04, fueron a cambio de los derechos que Panamá nos concedió en el Tratado y de ahí que nuestra presencia en la Zona esté basada en derechos de un tratado, no de soberanía, ¿cómo fue que se me pasó decirle esto a Stuart?, bueno, se me pasó, ¡qué vaina! no voy a llorar sobre leche derramada; tampoco hablé sobre la importancia económica del Canal para los gringos, pero mejor así, porque eso hubiera desembocado irremediamente en lo otro, digo, en el tema de lo militar y de ahí, seguro, al asunto de las bases y al secuestro, llamaré a Marta para que dé ordenes y me tengan, abajo, listo el carro, bajaré por las escaleras, cuatro pisos, ¡contra!, hace años que no hago tanto ejercicio.

—Marta, por favor, dígame a Cedeño que me tenga el carro con el motor encendido y lo más cerca posible de la puerta, que ya bajo.

—Sí, don Tito.

—Cerciórese, además, que no haya nadie en el corredor; que

todo el mundo se haya ido.

—De acuerdo. A propósito, un informe noticioso de Radio Revolución ha recogido las declaraciones de Monseñor en Trípoli. Las están radiando.

—¡Cómo!

—Las están transmitiendo ahora mismo.

—Pero si no se iba a hablar ya más del asunto.

—Ya ve, pues.

Cruzo el otro extremo del despacho donde tengo el equipo estereofónico, enciendo la radio mientras me meto un cigarrillo en la boca y oigo la voz chillona, la voz cortada de la locutora, bajo rápidamente el volumen, y una vez más las frases hechas, los clichés verbales, las arengas partidistas y por último Monseñor que habla, cansado afónico casi, lo oigo: en el avión, tomé asiento cerca de una ventana con el fin de poder reclinar la cabeza y dormir un poco pues tengo más de dos noches, desde el sábado, que no duermo y tendríamos unos cinco minutos de vuelo cuando uno de los muchachos que había estado preso en la cárcel se sentó a mi lado y me dijo “va a perdonarme que no lo deje descansar, pero a todos nosotros nos gustaría conversar con usted un rato” y comenzamos a conversar y después de un espacio de tiempo, cedió el lugar a otro compañero y así se fueron turnando y las horas pasaban y por fin llegamos a Trípoli después de casi veinte horas de vuelo con sólo una escala de unos cuantos minutos en Dakar para que el avión tomara combustible; nadie ha dormido en este viaje, la excitación de todos es inmensa y al detenerse por fin el avión aquí, se subieron las autoridades libias y dieron orden de que bajáramos y bajaron primero los del Comando Urracá del Frente de Liberación Nacional y después los diplomáticos y ahora mismo los señores miembros del Cuerpo Diplomático y yo estamos en un salón especial del aeropuerto de Trípoli donde somos objeto de innumerables atenciones y se nos obsequia comida y refrescos, mientras aguardamos la salida del vuelo de regreso a Panamá que se ha anunciado para dentro de una hora, más

o menos... La voz de Monseñor se ha silenciado y la otra, la de la locutora, estridente, exaltada que habla y otra vez las marchas con acompañamiento de triángulos, xilófonos y campanas y me llevo, torpemente, la mano a la boca, tomo mal el cigarrillo que encendí hace un instante, ¡coño! me he quemado el pulgar y el índice y me los meto entre los labios y los empapo en saliva y apago la radio, ya basta, Dios mío, basta, carajo, y dando un portazo salgo del despacho.

Garrido baja lentamente por los peldaños de concreto de la escalera interna del edificio que se utiliza sólo para urgencias, incendios, apagones, uno que otro temblor muy de vez en cuando, y su cuerpo, un cuerpo agobiado, deja caer las ciento setenta y cinco libras de su peso en cada paso. Agobiado, repite, y sabe que las arrugas de la frente y las que le han aparecido recientemente junto a las comisuras de los labios se le han endurecido un poco más en estos días y que no serán, ya, inocultables y que le quitarán algo de su aspecto juvenil y atlético. Todo él se ha depreciado considerablemente con esto del secuestro, sí, tal como si hubiera corrido el Mercedes a 150 km, de un sólo tirón a Costa Rica, pasando, claro, por el Cerro de la Muerte y la Interamericana, tan llena de huecos y derrumbes. Mueve suavemente los labios, veinte, ochenta, noventa, escalones más, y todo aquí tan oscuro, un mundo aún por descender y pensar, Mariana pensar que allá en Las Cumbres subíamos y bajábamos, sin respirar apenas, subíamos y bajábamos por aquel camino sembrado de plantas tropicales, plantas exuberantes que se bebían el aire y se apoderaban del espacio de aquella vereda estrecha que va de la carretera a la casa, de la casa al lago, donde tú y yo hemos nadado tantas veces a la luz de la luna y de la oscuridad, también y nuestros cuerpos grabándose en la pupila de las sombras y pienso en tu figura, de pie contra la noche, en tus caderas tal vez un poco anchas, en la inocencia casi infantil con que te entregabas por completo a tu desnudez cuando te echabas, así, boca arriba sobre la grama e ibas arrancando una y otra flor silvestre para llevártela

a la boca y jugar con ella largo rato y aquellos silencios largos mientras yo te acariciaba, lentamente te iba acariciando, besando, pulgada a pulgada, poro a poro todo el cuerpo y recién ahora, sí, ahora mismo es que descubro que nunca durante estos cuatro meses, nunca, Mariana, ni en esos momentos de intimidad absoluta, ni cuando tirados en la tierra, éramos tierra, éramos vida, éramos el universo con el universo, pronunciaron tus labios ni una sola vez, ni una vez que me querías, veinte escalones más, ni una sola vez, Mariana, ¿por qué?, dime ¿por qué me hablabas únicamente en términos de esta relación nuestra, Mariana, de este vínculo, Tito, que nos une y sólo a veces teñías tus palabras con tintes de algo que yo no llegaba a reconocer qué era? y además ¡cómo disimulabas! eras una maestra disimulando frente a Queta, repito su nombre, Queta, no creo que ella haya llegado a sospechar nada del asunto, no, pero, Mariana, escucha, dime que ese vínculo o como sea que lo llames fue para ti algo mucho más que una aventura, claro, dime que sí, te lo exijo, no, te ruego que dejes a un lado, por esta vez te lo suplico, ese modo irónico tuyo de ver las cosas, de ir catalogándolo todo, de irlo haciendo o deshaciendo con un comentario directo, agudo, escalofriante, y ahora se me ocurre que a lo mejor lo que me diste fue un aferrarte a una hora de placer, consciente de que en esta carrera contra el tiempo hay que sacarle el jugo a estos años cuando estamos todavía, ahí, trepaditos en la cima, digo en la cúspide y que, en verdad, son tan pocos, no son nada, mujer antes de que lleguen las arrugas, las bolsas, Mariana, debajo de los ojos, la calvicie total, las varices, el endurecimiento de las venas, el pulso tembloroso, pero dime, tú-tú-tú, ¿estabas tú, así, bien consciente de que todo esto se termina? —O fue simplemente que, como en todo, no creías en forzar los acontecimientos? Y es que tú has sido, desde que te recuerdo, tan natural, quiero decir tan franca que a veces hasta rayabas en lo abrupta, Mariana, besaba tus labios que lentamente se entreabrían, suaves, que se amoldaban a los míos, húmedos, tan espontánea, amor, que aún ahora me pones en guardia ante mí mismo, ante mis dudas,

ante esta serie de fórmulas y dogmas que me poseen y que tontamente quieren determinar, incluso, el modo mismo como debiste exteriorizar tus sentimientos, ¡qué bruto soy!, coño, Mariana – amor – ¡qué bruto he sido!, tu cuerpo, como toda tú, desnudo, un cuerpo limpio, sin nada que ocultar, sincero, un ombligo pequeño en una carne tersa, un desamparo que llamaba a amarte y abrazarte, a poseerte para irme contagiando poco a poco de tu risa clara, de tu mirada abierta, de tu modo directo de enfocar las cosas, de tu curiosidad vital, de tu entrega lenta, de tu ironía misma, que me hacía descubrirme y descubrir con nueva luz a otros, y luego aquellos rasgos tuyos de ternura, que, vaya, me sembraron ganas nuevas de seguir viviendo, el último escalón, llegué, abro la puerta, ¡al fin la luz del día! , y Cedeño con el automóvil esperándome.

—Servido, don Tito.

—Gracias, hombre, gracias. Pásate mañana por la oficina.

—De acuerdo, Ya sabe, don, que aquí nos tiene siempre a las órdenes.

—Lo sé, viejo, lo sé. No dejes de pasar mañana; y retrocedo rápidamente, salgo del garaje y de los estacionamientos y el sol, ¡contra!, me pongo los anteojos negros, el sol de tres de la tarde filtrándose entre los árboles de esta calle a la que nunca acaban de arreglarle los huecos ni de taparle las zanjas, y una vez más aquí, allá, las mansiones estilo colonial que gringos y franceses y suizos y alemanes han ido comprando, transformando en bancos, restaurantes o comercios, qué ganas Mariana, de regresar, volver, de echar atrás el tiempo, las fuentes, la tranquilidad, y yo, con mis ocho años, de la mano de tía Isabel, entrando con ella a visitar a aquella pareja de viejos nicaragüenses de viejos exilados, buenas tardes, ellos recién se habían hecho construir ésta, ¿o era aquella?, casa de dos pisos que ahora alberga a uno de los setenta y pico bancos que tenemos, y yo con la boca abierta cuando el viejo relataba que había peleado contra los Marines en una guerra, ascendíamos pistola en mano por el Coyotepe, éramos un puñado apenas, pero verdaderos protomachos luchando contra el

ejército invasor, y, la boca mía todavía, si es que eso era posible, más abierta, y el viejo agitando los brazos, y la tía Isabel dándome un codazo, cierra la boca, Tito, que babeas, y el viejo mirando fijamente hacia la ventana o hacia la puerta, Somoza no deja hablar a nadie de esa guerra de 1912 contra los yanquis porque él ha sido el gran Pinochio de varios Geppettos norteamericanos, Roosevelt, Truman, y los que vendrán después, y tía Isabel que cruzaba la pierna, que se cansaba, cruzaba la otra, ¿se beben un refresquito de piña con nosotros?, a ella que le hablaran de lo colombiano y, cuando mucho de lo nuestro, y de pronto aquél, Tito, o cierras la boca o jamás vuelvo a salir contigo, y yo, muerto de vergüenza, abriendo unos ojos de este grande, mientras el viejo me invitaba, vuelve, hijito, vuelve tú solo otro día, pero, qué va, ya no volví y sólo supe de él cuando se murió y los hijos se fueron a vivir a Miami y allá se hicieron millonarios, cruzó velozmente una calle, otra, árboles, un alto, otro, una calle recta seguida de una curva, desemboca en la Samuel Lewis, un rascacielo, el Santuario del Corazón de María, dos condominios recién terminados, el tránsito es rápido, desordenado, doblo a la derecha, las nuevas residencias a lo Fort Lauderdale, qué poca imaginación la de nuestros arquitectos, aunque tal vez la culpa no sea enteramente de ellos, y pienso en Queta buscando planos, encargando modelos de esos que salen en *House Beautiful* en la sección de “Window Shopping”, “You Too Can Own A Dream Home”, y aquellos planos, concho, aquellos planos que llegaban por correo, conjuntamente con una porción de otras cosas y ella explicándome que no había podido resistir la tentación cuando había visto los anuncios “Not-by-the Sag Your Chinny-Chin-Chin”, “Lead a Soft Life”, “Sauté the French Way”, “Simply Shocking”, “A Mountain of Flavour in Each Golden-Brown Kernel” y aquí estoy, aquí me tienes, frente a la casa, dos mil metros cuadrados en esquina, mi casa, modelo No. 111258, Tropical Dream, arquitecto desconocido, planos ajustados y legitimizados por un compadre de mi suegro que ejerce la profe-

sión hace más de treinta años y de paso preside una compañía constructora popularísima, Elías me divisa y se precipita, viene a abrirme el portón, entro y me estaciono junto al Jaguar rosa-vieja de Queta, salgo y siento aquí adentro, en la boca del estómago la misma incomodidad, coño, es la misma, la de anoche y antenoche, tengo que enfrentarla, ajá, está bien, pero, ¿cómo? dime cómo.

—La señora y los niños están en casa? —le pregunto a Elías.

—No, Señor, el carro de su papá de ella vino muy temprano a buscarlos y todavía no han vuelto.

—Vaya. ¿Todo bien?

—Sí, Señor, no hay novedades.

—Vaya. ¿Y tú? ¿Tú que tal?

—Ya verá, pues, ahí pasándola.

—Vaya —y, sin más, entro a la casa y Felicidad, la criada que asea, está cambiándole las flores a los jarrones y echo una ojeada, la sala, el comedor, a la izquierda, la salita de recibo, las papeletas arrancadas, reparo en los impactos de bala en las paredes de cemento.

—Buenas tardes, Señor.

—Buenas.

—La Señora no ha regresado todavía.

—Ya lo sé ¿No han llegado aún los albañiles?

—No, Señor, y paso directamente al dormitorio, me quito el saco, lo cuelgo, me aflojo la corbata y salgo otra vez a la sala a servirme un whisky con hielo, con agua, con soda, whisky solo, ¡carajo!, ya por Dios, ya basta.

—Voy a darme un baño —le anuncio a la criada y ella me mira asombrada y yo me quedo aún más asombrado. ¿A santo de qué le he dicho ahora eso? Paso a mi recámara, me encierro, entro al cuarto de baño, abro la llave del agua fría y la dejo correr mientras, lentamente, me voy desnudando y la bañera que se va llenando de agua fresca, de agua que casi, casi, casi raya en lo helado y yo me sumerjo por fin en el agua y comienzo a beber el whisky a

sorbos, uno a uno, y permanezco, así, inmóvil, un rato, un trago y otro, Whisky Something Special, el hielo que me baila en el paladar, y el whisky que baja, tibio, hasta el estómago y el agua de la bañera que se va poniendo más y más helada, debe haber pasado un cuarto de hora cuando al fin decido enjabonarme y enjuagarme y salgo del agua envolviéndome en una toalla King Size, amarilla, felpuda, una toalla Fieldcrest con monograma grande, en verde, entonces voy al cajón, busco ropa limpia y me visto: la camiseta, los calzoncillos, las medias oscuras... siempre la mismísima carajada, día a día.

Él se ve, así, a medio vestir, reflejado en el espejo de Queta de tres lunas: el perfil, las espaldas anchas, los glúteos ligeramente caídos, las piernas largas en calzoncillos —muslos, rodilla, pantorrillas— la nuca, el tórax musculoso, coge un fósforo, un cigarrillo, lo enciende y contempla la llama, primero, el humo que aspira y cierra los ojos. No hay mucho que hacer, no, los abre, Garrido lo sabe. No hay nada que hacer, se acomoda en el sillón, junto a la mesita redonda del teléfono y contempla la habitación que puede describir a ciegas: la cama de caoba tallada, con dosel y todo, el toile de juie de F. Schumacher and Company que la cubre y adorna, también, las cuatro paredes y la butaca donde está en estos momentos arrellenado, la alfombra beige, la cómoda oscura con losas de mármol de Carrara que una vez perteneciera a la bisabuela de la Guardia. Alarga la mano rozando apenas el jarrón de cristal con rosas rojas, siempre rosas rojas. ¿Ama él algo de esta pieza? Se queda un instante con la cabeza, todavía, mojada, entre las manos; no, claro que no se trata de eso, ¿quién más, Mariana, que tú para saberlo? Me levanto y voy eligiendo la ropa, poco a poco: el traje oscuro, sí, el que encargué a Betesh para las festividades octubrinas, saco del estante, cinco,

siete, nueve trajes, todos oscuros, además y a mí que no me gusta el negro, ni el gris, tampoco, nunca me ha gustado, sin embargo, ¡qué vaina! , aquí me tienes, amor, forrado todito como las viudas, digo, sólo me falta el velo, camisa y corbata gris, zapatos negros, medias negras, forrado como tus tías solteronas, vuelvo a cerrar los ojos, me palpo las facciones de la cara —la nariz, la boca, los abro, me veo en el espejo, las orejas grandes— todo esto he sido yo, la casa, los muebles, todo esto, el automóvil, este cuerpo velludo que tú has recorrido poro a poro, aspiro el humo, otra vez el humo, toso ¡contra!, todo esto que hasta este viernes fue mi vida, amor, un universo compacto que parecía bastarme por completo. Doy unos cuantos pasos, recojo la ropa, la acomodo cuidadosamente sobre la cama, una vieja costumbre que aprendí seguramente de mi nana negra, de mi nana siempre almidonada, y que despertaba la ira de mi madre y, ahora, de Queta, ¡ya te he dicho que así lo ajas todo y de paso arruinas, también, la sobrecama!, ahora de Queta, lo repito, repito su nombre, eso es, la pecosa Queta, mi mujer, la pelirroja Queta, los dos ahí tirados en la cama, una desnudez porque sí y porque no, también, sin trascendencia, unos senos pequeños casi de adolescente, las caderas estrechas, un cuerpo parecido al de mi madre, sólo que éste es pecoso como toda ella, un cuerpo que a la vez me gusta y me fastidia y que en nada me recuerda al tuyo, Mariana, Mariana-amor, un cuerpo sin misterios, sin descubrimientos, donde los dos hemos sido simplemente sexo, un sexo desganado, encarcelado dentro de esta relación que petrifica y una y otra vez la monótona excitación y el orgasmo y el vacío, un pacto negro, caraste, donde ella y yo sabemos que ninguno habrá de atreverse nunca a romper las reglas, pero claro, Mariana, que no te estoy diciendo nada nuevo, nada que tú no previste desde el primer momento, digo, desde aquella noche en casa de Teresa cuando hiciste aquel brindis memorable, por Queta que te ha dado tres hijos en tres años y por la maravillosa inversión que ella representa, y te veo alzando la copa, al mismo tiempo que con la otra mano te levanta-

tabas el mechón que te cubría parte de la cara y te veo, también, aquella noche en el Teatro Nacional y yo resguardándome detrás de esa frase de Taylor, Fear is the mother of foresight, la frase que hizo desatar en ti la carcajada y en esa frase, voy al baño, pink-pretty-and-practical me acerco al botiquín, lo abro, ¿qué es lo que no te dije en esa frase?, Broncofenil-Forte, Hygroton 100, Tetraciclina 250 mg, buferinas Bayer, Mercuriocromo, Chlorotrimetrón para las alergias de Rodolfo, una vez más aquí me tienes, aquí me tengo, Roberto Augusto Garrido III, el Hijo del Hombre, un rostro aceptable, respetable, agradable, un rostro, en fin, pasable, pero sólo alcanzo a verme de frente y, después de todo, el perfil siempre me reserva la peor sorpresa, busco el peine, me hago la raya a la izquierda, las entradas del cabello, profundísimas, los cachetes generosos, los labios demasiado delgados, me palpo la barba con las yemas de los dedos, no, sí, no, no, no es necesario que me afeite, estoy bien así, busco entre las colonias, ¿cuál? destapo las botellas, ¿Monsieur de Givenchy? ¿Royal Lyme? ¿Eau de Vétivier? Ésta, definitivamente ésta última y siento el perfume, fuerte, entrándome a raudales por las aletas de la nariz, mareándome me mojo la frente, mareándome, la nuca, las mejillas busco un pañuelo, lo empapo, entrándome a raudales por las aletas de la nariz, Mariana, ya sé lo que tú has sido, lo sé muy bien, para mí, tú has sido el eclipse, amor, el mediodía. Saco las tijeritas y me recorto las uñas de la mano izquierda, luego, torpemente, las de la derecha, me estremezco, ¿y yo, Mariana? ¿qué he sido yo para ti? ¿Una claudicación, tal vez?, bajo la cabeza y sólo sé que mis manos tiemblan y se apoyan en el lavamanos y después regreso al dormitorio, la camisa, tiemblan, las mancuernas, tiemblan, los pantalones, la hebilla de oro con mis iniciales, me anudo la corbata, eso es, Queta y yo, una pareja de pendejos, el saco, me lo abrocho, qué carajo, Mariana, aquí me tienes, soy tuyo, tómame en los cristales del espejo.

Garrido da varias vueltas alrededor del dormitorio y cuando por fin logra salir de ahí cierra tras de sí la puerta y, conste, que

lo hace cuidadosamente es decir, como si, inconscientemente, temiera despertar a Queta o quizá a los niños y camina, despacio, hacia la biblioteca, los pasos cortos, la mirada baja, y a medida que camina, con la mano, la derecha, se palpa el cabello de hebras lisas, todavía mojado, y la casa tan sola, concho, se pone los anteojos, revisa los impactos de bala, aquí uno, allá otro, los cuenta, demasiados para recordarlos, llega a la biblioteca que siempre mantiene enllavada, entra, y curiosamente, los guerrilleros dejaron este cuarto intacto. Observa las fotos de los familiares, una de él con el Coronel y el Presidente, los tres abrazadísimos aquel Año Nuevo, en Coronado, cuando invitaron también a Wilson y la mujer de Wilson tomando champaña todo el tiempo y todos hablando mucho, demasiado, y el Presidente, Mariana, invitándonos a pasear en su yate, digo, en el del Gobierno Revolucionario y la Wilson dale-que-dale, contando algo de cuando habían estado en la Riviera y Ari los había llevado a pasear en el Cristina, y Jackie que no estaba porque andaba en Nueva York o en Palm Beach con los muchachitos y su suegra y todo el mundo hablando de los Kennedy y el Coronel, pobre, aburridísimo, y el Presidente hablando en inglés y de pronto, todo el mundo en inglés, oh boy, this is what I call a party, y hasta los chistes en inglés y el Coronel pobre, aburridísimo, y el yate presidencial sereno, navegando contra un cielo azul y Queta y yo comiendo bocadillos de langosta bien salados y bebiendo champaña y más champaña y de pronto, contra, nadie sabe ni cómo ni de dónde, apareció el fotógrafo, el maldito fotógrafo y yo buscando a Wilson, pero, él qué va, él sabía desaparecer a tiempo, y el Coronel, el Presidente y yo nos abrazamos bien fuerte, ¡feliz Año Nuevo! bien, bien fuerte, y ¡clac! nos habían tomado la fotografía.

Una vez en la biblioteca, Tito Garrido enciende un par de luces, revisa algunos documentos, los guarda dentro de la carpeta y se sienta en el sillón de cuero y apoya la cabeza sobre el respaldar, suspira, las cuatro de la tarde, y arroja la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y la frase, ¡qué vaina!, la frase aquella, ¡bases no,

bases a ningún precio! y los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros, y aquella segunda noche, aquella noche del sábado al domingo, el agotamiento, la desesperación que se había instalado entre nosotros, no dábamos para más ya no dábamos, y Monseñor que no regresaba todavía de sus conversaciones con el Coronel y Cero acercándoseme de pronto y yo reparando en aquellas ojeras profundas y en aquellos ojos negros, duros como la noche misma y luego el insulto, ¡rabiblanco de mierda! y yo diciéndome, carajo, yo no soy psicólogo ni nada de eso pero este pobre diablo tiene unos resentimientos de espanto que no se curan así no más, digo, con un simple tratamiento, y otra vez el insulto y las frases hechas y aquel determinismo sofocante luego las oraciones de corrido, el rosario de negociaciones oligárquicas, decía aquello con encono, lo repetía, el rosario de negociaciones oligárquicas ha llenado de vergüenza el nombre de Panamá hasta el punto de que hablar de ellas es motivo de amargura para el panameño decente, y la risa de Joaquín, la sorna abierta, ¿tu? ¿tú decente? déjame que me ría de tu audacia, viejo, y Cero, impávido, acusando con voz monótona, acusando, Ustedes han buscado siempre el juego de las negociaciones con el poder central imperialista, algo así como negociar con Ustedes mismos, un juego que se inició con la República y, que ahora se prolonga gracias a Ustedes, y Joaquín escupiendo al suelo, y el otro por primera vez realmente iracundo, el otro apuntándolo directamente con la metralleta, no me provoques, hijo-e-puta, no me provoques que en un tris te hago ver a la llorona, y las horas, Mariana, pasando y Cero que regresaba, obsesionado, que se quedaba largo rato inmóvil, en un rincón del comedor apuntándonos siempre con la metralleta, mientras nos dirigía la palabra, ahora el problema de Washington es sostener a este Gobierno en el poder, ¿creen que no lo sabemos? Todo eso lo ha planeado el tal Kissinger, y tú, y tú, también, Garrido, y es parte de la jugada porque saben que este Gobierno es el único capaz de aceptar un

nuevo tratado que incluya concesiones militares permanentes y por eso lo sostienen en el poder, ¿creen que no lo sabemos? Y por eso también es que desde hace siete años Washington ha bombeado más dinero a este país que durante los primeros sesenta y cinco de vida independiente, ¿creen que no lo sabemos?, y por eso el Pentágono también ha aceptado el entrenamiento de los 11,000 hombres de la Guardia Nacional, una medida que difícilmente habría aceptado, si fuera probable que esas fuerzas llegaran a amenazar la Zona del Canal, y luego un silencio largo y la brisa de la noche, dura entrando, pegajosa, por las ventanas de la casa y Cero que volvía a la carga, todo esto va a cambiar, rabiblanco, y aquel odio que se le salía por los poros, que infectaba el ambiente, el odio, rabiblanco inmundos, la demagogia, burda, nada queda como está, el imperialismo se cae, aquel resentimiento, se cae, aquel encono, la ira cegándonos, el aborrecimiento mutuo, hemos aprendido de las masas vietnamitas, ¿por qué hemos de negociar con el imperialismo yanqui?. Y cuando ya creíamos que las horas se habían estancado, otra vez aquellos reflectores iluminándonos y otra vez las voces de los guardias por los megáfonos, entréguense que tenemos la casa totalmente rodeada, y luego el silencio, presagio de muerte, el silencio tambaleándose sobre los cristales mientras la brisa espesa de noviembre entraba, se mecía, se marchaba y así muchas horas o, tal vez, segundos y entonces la orden aquella de los guerrilleros, todo el mundo inmóvil, en su sitio, y los guerrilleros disparando hacia el techo de la casa, hacia el jardín y el grito aquel, agudo, una canción inútil y el estruendo de las balas que seguía, el grito aquel girando, rebotando en las paredes, quebrando vasos, el grito aquel, botellas, ceniceros y el olor a pólvora, Mariana, otra vez la oscuridad y el silencio.

Garrido se levanta, falta una hora para la reunión en la Presidencia. Una hora. Se pasea por el cuarto. Contempla los libros, cientos, acomodados todos de acuerdo a los temas, en los anaqueles. Se acerca al jarrón de cristal y siente la fragancia de las

flores. Son las rosas del abuelo Tito. Siempre las rosas que la familia reclama, ya, como algo exclusivo de esa casta. Se acerca al equipo estereofónico. Busca un disco. Wolfgang Amadeus Mozart. *Konzert für Flöte und Harfe mit Orchester C-dur KV299*. Contempla el sello amarillo, tan familiar, el sello con letras negras de Deutsche Grammophon Gesellschaft y toma con cuidado el disco entre los dedos para colocarlo, luego, en el plato. Lo limpia; la humedad hace estragos. La brisa pesada, la brisa de noviembre hace destrozos. Escucha la música, el impacto inicial, la insólita sonoridad, la combinación extraordinaria de los dos instrumentos: el arpa y la flauta. La estructura temática del primer movimiento. El brío y la alegría que recuerda a aquellas serenatas preclásicas de los italianos. El Palazzo Comunale di Bologna. Se echa sobre el sillón de cuero blanco ultramoderno, alarga las piernas, las acomoda cerrando los ojos inconscientemente. Por un momento deja que la música fluya, que lo vaya penetrando, una nota, un acorde, que se apodere, toda, de su cuerpo. Respira hondo, vuelve a respirar, así, el aire entrando con la música, poseyéndolo. Se lleva ambas manos al estómago y las deja, ahí, unos segundos. La flauta, primero, ahora es el arpa, y siente cómo las manos le suben y le bajan, acompasadamente, le suben y le bajan y él acaricia el poplín liso y, después, mucho después, los botones de la camisa, aquella pequeña redondez sobre la yema de los dedos, Mariana, la punta erecta de tus senos, la cabeza me da vueltas, una docena de documentos por revisar aún, he dejado de escuchar la música, las cartas, los memorandums, reparo en uno que le dirigí a Jorge Mendoza, hace tiempo ya, releo el documento, hace tiempo, repito, mucho, que lo escribí cuando a Jorge recién lo habían nombrado Ministro de Economía y él me llamó para que lo asesorara y ése fue el trampolín, ahora lo sé, tamborileo los dedos sobre el sillón, vuelvo a leer el memorándum, 31 de agosto de 1970, una porción de años, y no sé cómo ni por qué aparece esto entre mis documentos y veo a Jorge, alto, fornido, de hombros anchos, una noche los dos en el despacho de

él hablando acerca del proyecto de contrato de concesión petrolera y yo sugiriéndole los lineamientos generales para la promulgación de un nuevo Código de Recursos Minerales que regulase indiscriminadamente todos los contratos que celebrase la Nación con empresas que se dediquen a la exploración y extracción de nuestros recursos minerales, y Jorge apenas esbozando una sonrisa, complacido tal vez, hombre, tú debes conocer al Coronel, me dijo, o mejor dicho, él te debe conocer a ti, y ese fue el principio, Mariana, de una asesoría insignificante, ad-honorem, al salto mortal, y Jorge tocó un timbre y llamó a su secretaria y ella a la Comandancia, o.k., o.k., el viernes a las cinco, y los meses pasando entre idas y venidas a la Comandancia y paseos en helicóptero y en aquel prop-jet bimotor por toda la República y el Coronel, convencido de que el país me necesitaba y un día, ¡paf!, sin muchos preámbulos, el gran ofrecimiento, negociador, y todo tan rápido y con mucho whisky, piénsalo un par de días, me dijo, no puedo esperar mucho, y Jorge y él brindando porque me habían enganchado y por todo lo que mi linaje astuto representaba, por lo que los Garrido habíamos dado durante setenta años a la patria, y yo, lo voy a pensar antes de contestarles y los otros sonriendo guiñándose mutuamente los ojos, haciendo no sé cuantos brindis más, murmurando qué se yo, murmurando algo que debió haber sido un chiste -á-deux, y ese es el mismo Jorge, Mariana-amor, sí, mi amigo de La Salle, que este sábado cuando supo lo del asunto de mi casa voló en el primer avión desde Nueva York o Washington, donde estaba negociando un préstamo más, el mismo que al llegar se fue non-stop del aeropuerto a la Comandancia, un buen amigo, y esto lo supe porque lo dijeron por la radio y yo oí su voz familiar, a través del aparato transistor que mantenía Cero encendido a todas horas y escuché cuando lo entrevistaban y él decía que se había ofrecido para acompañar a Monseñor, para ser mediador en nombre de Mi Coronel, pero qué va, la respuesta de los guerrilleros a la propuesta ha sido negativa, un no rotundo y un no, también, cuando propusimos al

Señor Nuncio Apostólico para que colaborara en el diálogo, y la voz de Jorge sonando ligeramente alterada, raro, porque él, según su propia mujer, no se inmuta nunca, nunca, digo, ni cuando hace el amor, ni, tampoco, cuando no lo hace, nada como Kennedy que según *Time*, le daban dolores de cabeza y así se lo dijo a McMillan en Bermuda y dejó al Primer Ministro boquiabierto, pero no hablábamos de eso, claro que no, ni nos importa, Mariana, sino de los malditos guerrilleros, y fue entonces, cuando lo de la voz de Jorge, que de pronto entre nosotros se hizo un silencio horroroso, de hielo, diría yo, y Cero me llevó hasta el teléfono con los brazos en alto, anda y llama al hijo-e-puta ése y dile que cierre el hocico una vez por todas, que los locuaces como él acaban bajo tierra, y yo hablándole a Jorge, n' hombre, no creas, no nos tratan tan mal, y la carcajada de Joaquín retumbándome en los oídos, y yo intentando inútilmente bajar la temperatura de la soberbia herida del Ministro, y él preguntándome si necesitábamos algo para hacerlo llegar con Monseñor, sí, ropa limpia, aproveché para decirle, y algo de comida y cigarrillos, montones de cigarrillos, y en eso reparé en los dedos de Ricardo, manchados, en los dedos del embajador, amarillos de tanta nicotina, y al poco rato, otra vez el teléfono y esta vez era Monseñor, bendito sea, al fin hablaba, desde la casa vecina, o sea, la de los Fábrega, voy para allá, casi lo gritaba, pero por la carga, me veo obligado a ir acompañado, y apareció con el cura aquél, José Rodríguez creo que se llama, enclenque, José, ¿verdad?, el de las úlceras y los retiros espirituales para viudas y futuras divorciadas, el larguirucho encorvado de pelo cus-cus y anteojitos redondos que una vez me contaste que te había salido huyendo, amor, cuando le pediste un mísero consejo, y los dos venían cargando con no sé cuántas maletas y comida del Club Unión y del Golf y de Fuerte Amador, también, y lo más importante, traían doce cajetas largas de *Viceroy*, cortesía, seguramente, del hombre internacional y su millón de amigos, todos posibles agentes 007, siempre bien peinaditos y sonrientes, y ¿fue entonces?, ya ni sé, ¡contra!, empiezo a con-

fundirme, fue entonces que el Arzobispo pidió la tregua de 48 horas, dice el Coronel que en fin de semana es imposible conseguir todo el dinero y que si concede soltar a los presos, Ustedes deben acceder a que los rehenes no vayan con Ustedes en el viaje, y las palabras esas: Monseñor, váyase tranquilo y busque al Nuncio y tráigalo consigo, pero antes celebre su misa de domingo en paz porque nosotros sabemos ser valientes en la lucha y generosos en el triunfo, las palabras esas, caramba, amor, llenándonos a unos y otros de justificadas esperanzas.

Garrido se pone, ahora, de pie. Hace rato que el disco ha dejado de tocar. El segundo movimiento se le ha ido en blanco, cero, nada. Eso es, no ha escuchado nada por estar viene-y-va con otras cosas. Apaga el estereofónico. Un equipo extraordinario, lo mejor, como hubiera dicho Queta, como hubiera dicho tal vez mi madre y seguramente mi suegra. Voy hasta el sillón, me siento, cosa seria mi suegra, Mariana, siempre tan consciente de esas cosas y de que si la gente es gente bien y por bien quiere decir gente conocida, enciendo un cigarrillo, sí, Tito, no te hagas el distraído, me decía, de la alta sociedad, aspiro, y yo, Mariana, haciéndome a propósito el desentendido, digo, haciéndome el idiota para hacer resaltar las inseguridades de mi suegra, dejo salir el humo, para decirle, Mariana, sin decirle, que ésas son cosas que se piensan, pero, concho, no se dicen, para darle a entender que entre los Garridos, los Montalbán con todo y su aire acompasado y criollo y sus millones en cuentas cifradas y su casa de dos pisos en el Golf y su condominio en Miami, resultan unos comerciantes-arribistas, sin mucha tradición, sin mucho nada, doy un par de chupadas más, y ése, precisamente ése fue el término que utilizó tía Isabel, Mariana, y luego mamá cuando les anuncié que tenía intenciones de casarme con Queta, figúrate, con esa gente que todavía se llena la boca porque conoce a fulanito o a zutano, echo las cenizas en el cenicero, después nos comprometimos y ya no se habló más del asunto, qué va, y es que la discreción, digo, vale mucho, mucho, mucho, que es como decir que vale oro y es

además, Mariana, lo que te diferencia de los otros, el cigarrillo se ha ido reduciendo, y mi viejo, vino y lo salvó todo diciendo que no había por qué preocuparse porque Queta dejaría, para siempre, al casarse, el apellido paterno y cuando mucho, todo quedaría reducido a una inicial, a una “M” con un puntito diminuto y después, ya ni eso, y eso fue, precisamente eso, lo que sucedió, tal cual, el humo gris lo veo, me sale de las aletas de la nariz, y ella, digo, Queta es ahora una Garrido, muy Garrido, por cierto, más Garrido aún que la misma tía Isabel y que los tíos José Domingo y Juan Alberto y es que no hay que olvidarse que en un tiempo record ella ha dado a luz a tres varones y ya entró, como quien dice, por la puerta ancha a formar parte legítima de la familia y que no se le ocurra a nadie dudarle, ni por un instante porque mi mismo viejo se enfurece, el humo me va envolviendo, me envuelve todo, ahora, y es que él la aprecia mucho, Mariana, digo, aprecia lo que ella vale y no en balde porque con el dinero de ella él organizó la empresa aquella, sí, la International Importing and Exporting Business, en la que él quedó de presidente, por tu propio bien, hija, te dijo, para protegerte, y a ella la puso de secretaria-tesorera, apago el cigarrillo, y ahora los dos se aman y él hasta la besa y abraza con cariño, lo que nunca ha hecho conmigo, contra, hace rato que alguien está tocando, tímidamente a la puerta.

—¿Sí?

—Con permiso, don Tito.

—¿Sí, Elías? —levanto la vista.

—Los albañiles han llegado. Están allá conmigo en el garaje.

—Ya voy,

y Tito Garrido se levanta y mira hacia la puerta y el otro le pregunta que si quiere que lo acompañe y él apenas pestañea y empieza a caminar hacia la puerta. Hace calor afuera. Las cuatro y veinte. Ya pronto debe partir hacia la Presidencia. Camina. Si él pudiera describir con sólo una palabra, un verbo, acaso, dicho en infinitivo, la sensación física que lo posee en este instante. No, no puede. Y el chofer, tampoco dice nada, únicamente lo sigue,

un paso largo, otro y otro y juntos atraviesan los corredores, la cocina, el cuarto de lavandería y abren la puerta que da hacia los garajes. Allí están. Son cuatro. ¿Para qué tantos? , se pregunta Garrido un poco sorprendido. Con uno o dos hubiera bastado para realizar el trabajo en un par de horas.

—Buenas —oigo que me dicen, en coro, como en el colegio.

—Buenas. ¿Han traído todo, cemento, arena, etc.?

—Sí, señor, estamos listos para comenzar, y los cuatro aguardan, inmóviles, con las manos rígidas sobre el regazo. Esperan, quizá, que los ojos oscuros de Garrido los observen, que los graben uno a uno. Es una mirada penetrante, una mirada nueva, que el mismo Elías desconoce.

—Sígueme, —da al fin la orden y los cuatro obedecen y Garrido escucha en el silencio los latidos de su corazón, los latidos alterados, la detonación de las pistolas, de las metralletas, el clic seco y metálico.

—Los impactos son muchos y evidentes —digo y veo a los cuatro albañiles que se dispersan por la sala, la salita de estar, el comedor, los corredores, los observo, permanecen unos segundos deliberando entre ellos, que si es calibre 32, dice uno, n'hombre, automáticas, calibre 12 dice otro, y los guerrilleros, Mariana, ¡bases no! , las balas rebotando en las paredes, ¡bases a ningún precio! , quebrando vasos, botellas, ¡bases no!, ceniceros, y otra vez los gritos, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL!, ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, y el recuerdo inmediato golpeándome en la boca del estómago, el miedo,

El trabajo estará listo para cuando usted regrese, señor, somos cumplidos, el miedo dominándome, Fear is the mother of foresigth, fear, Mariana-amor, fear, encogiéndome los genitales, y aquel orín saliendo a gotas, tas-tas-tas, y el dolor que iba de los riñones a las piernas, y el orín turbio y la guerrillera apuntándome, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos! , tas-tas-tas, el orín mucilaginoso, me aflojo ligeramente la corbata y la voz

de Wilson, how charming of you to give this party in our honour, our pleasure, Mr. Ambassador, pero la fiesta no había sido planeada en honor de él sino de Bunker y Dolvin, sólo que ellos se marcharon antes de tiempo y ya ni modo, había que darla con el caviar encargado a Miami y los doce pomos de paté con trufas comprados, our pleasure, Mr. Ambassador, una sonrisa y todos viajando desde Tocumen en avioneta a la Isla Contadora, el paraíso tropical, el que usted eligió para hacerlo su segundo hogar, cientos de camarógrafos enfocándonos, Bunker, Dolvin, todo el equipo negociador y también Wilson, nos dábamos la mano, enfocándonos no, mejor dense un abrazo, oh, yes, an abrazo, very latin, sure enough, ¿alguna declaración?, sí, estamos reunidos después de tantos meses, animados por un espíritu de mutua comprensión y confraternidad americana, clac, otra fotografía, anda, Nino, apunta que eso es importantísimo, hace titulares excelentes, don Tito, por favor, no sea esquivo, mire hacia acá, hacia la cámara, la televisión, no sea esquivo, el teléfono, repicando a lo lejos.

—Con permiso —me volteo y es Felicidad, la criada, que me habla.

—¿Sí?

—Don Tito, la señorita Marta en el teléfono, dice que es urgente.

—Voy. Muchachos, no dejen de hacer un buen trabajo.

—Deje eso de nuestra parte, se lo garantizamos.

—Elías, encárgate tú de esto.

—De acuerdo, don Tito,

y miro el reloj y son las cuatro y veinticinco, entro en la biblioteca, cierro la puerta con llave, tomo el auricular,

—¿Sí, Marta?

—Acaban de llamar de la Presidencia.

—¿Y?

—Que la reunión ha sido pospuesta para las seis.

—Bueno que me lo haya avisado; salía para allá, en este instante.

—Hablé también con la oficina del Licenciado Pérez Dávila.

—Ajá.

—La cita quedó fijada para mañana a las diez; él dice que vendrá acá, donde nosotros.

—Gracias, Marta. ¿Eso es todo?

—Sí, don Tito, y buena suerte.

—Gracias, gracias —Cuelgo el aparato, voy hacia el sillón, me siento, recojo del suelo el portafolio, pongo en orden otra serie de documentos, aquella última reunión con el equipo negociador en Contadora, me levanto y camino hacia la ventana, descorro las cortinas, los árboles meciéndose, los pinos altos, la grama húmeda por la lluvia que cayó esta mañana, tengo un par de horas antes de la Presidencia, golpeo los cristales con los nudillos de la mano derecha, ¡chuleta! , me los llevo instintivamente a los labios y los mantengo ahí, apresados unos segundos, pego, ahora la frente, ahora la nariz, contra el vidrio frío, lo he empañado, saco el pañuelo y limpio el vaho, habrá que elaborar programas, una nueva estrategia para que el pueblo siga apoyando al Gobierno en lo de las negociaciones, un par de chiquillos caminan por la acera, aquellas caminatas por la playa de la isla con el individuo ése del Defense Department, uno de los tantos asesores que había venido a Contadora con el General Dolvin, el sol ardiente, las huellas nuestras en la arena, un velero bamboleándose a lo lejos, do you ski? No. I don't particularly like to, pity, living in this country, not much else to do, is there?, oh, we manage, la brisa levantando la arena, azotándonos, la brisa fatigosa de noviembre, we manage, y yo observando de reojo al gringo, de reojo, joven, las costillas salientes, el estómago flácido, de reojo, aquella piel que de tan blanca daba asco, seguíamos caminando por la arena, y el rumor creciente del oleaje, y las ideas en boca de aquél yendo, viniendo, repitiéndose, compitiendo también con la marea, había que actuar precavidamente, me decía, previsoramente/ prevenidamente/ recelosamente/ porque de otra manera los votantes/ los zoneítas/ los militares/ los congresistas/ los senadores/ los gobernadores

de Alaska hasta Wyoming interpretarían esto del Tratado como derrota/ fracaso/ vencimiento/ malogro/ desgracia/ desastre/ capitulación/ revés/ descalabro/ catástrofe/ y, claro, había que evitar todo esto sobre todo después de Watergate y Vietnam y antes de las elecciones y de las festividades del bicentenario, pero, mire Usted, le refutaba yo, Panamá es una bomba de tiempo, y las olas que iban y venían, que pugnaban con la voz humana, Humphrey entre otros, ya se los ha dicho, you must be careful, me interrumpía aquél, los liberales han sido siempre una minoría peligrosa, una minoría por naturaleza entreguista, ahí tiene usted a Franklyn Delano, por ejemplo, gran amante de los comunistas, y yo sumiéndome en un silencio total, no había mucho que hablar con este tipo, y al cabo de un rato ajustándome los anteojos oscuros, divisando desde la playa un costado del hotel que habían levantado con premura, me tomaría allá un whisky en las rocas, y la arena tersa, el sol ardiente contra un cielo limpio de nubes, la arena recogiendo las huellas de cientos de turistas extranjeros y de alguno que otro panameño, el sol barnizando nuestros cuerpos, y aquellas olas, ahora azules, ahora verdes, ahora grises, Mariana, aquellas olas yendo y viniendo, enroscándose y subiendo sorpresivamente, y la espuma blanca y fría llegando suavemente hasta la orilla, rozándonos apenas, borrando para siempre las pisadas grabadas en la arena.

Garrido deja caer los brazos hacia un lado, baja la cabeza y todos sus movimientos son lentos, incluso cuando se pone de pie para recoger un periódico que divisa sobre la mesa blanca, esquinera. Lee los titulares. Es del domingo y el asunto del secuestro por supuesto está en primera plana. Repara en la foto de él, inmensa y las de Abel Ramírez, Ministro de Comercio, y de Ricardo Arosemena. Los demás rehenes son sólo un par de palabras dentro de un maremágnun descriptivo de los hechos. Garrido no ha podido ocultar un gesto inconsciente de tensión y sus labios, en silencio, van moviéndose, repitiendo quién sabe qué, a medida que lee la noticia. De pronto, él ve una nota pequeñísima,

encuadrada en negro, “A nuestros lectores: Véase página 3, Conferencia dictada por Ellsworth Bunker ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Ángeles”. Garrido pasa las páginas, una a una, cuidadosamente, hasta llegar a la indicada y respira hondo, llenándose el pecho de aire. Ya había leído él este discurso, ayer, pero lo había hecho en forma tan superficial que era poco lo que recordaba. Sacó del estuche las gafas de lectura y se las puso. Aquí ha quedado definido todo, se dice, y se sienta enfrascándose en la lectura de ese documento. Saca un bolígrafo y subraya.

Defensa del Canal:

“—Panamá reconoce la importancia del canal para nuestra seguridad”.

“—Como resultado de esto Estados Unidos tendrá la responsabilidad primaria de la defensa del canal durante la vida del Tratado”.

“—Panamá concederá a los Estados Unidos ‘derechos de uso’ para defender la vía marítima y Panamá participará en la defensa del canal de conformidad con sus medios”.

Y el embajador, Mariana, el primero en llegar, me estrechaba la mano, mientras Queta besaba a Mrs. Wilson, levanto la vista, ¡bases no, bases a ningún precio! , y los mesoneros sin hablar, our pleasure, Mr. Ambassador, los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, guardo la pluma, Cero acercándoseme, me quito los anteojos, los meto de nuevo en el estuche, doblo el periódico y lo pongo a un lado, la abrogación del Hay-Bunau Varilla, la terminación de la perpetuidad y del ejercicio por parte de los gringos de algunos derechos jurisdiccionales en la Zona, no quiere decir nada, rabiblanco de mierda, ese es el caramelo con que endulzarán los oídos de los tontos y los ignorantes, la defensa es la cosa, me levanto y voy hacia el jardín, atravesando el salón, la salita de estar y los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally

delighted to have you over, y los invitados que llegaban y se servían y cambiaban este vaso por aquél, la piscina está vacía, busco una silla reclinable, la pongo junto al tronco del Jacarandá, me siento cerrando los ojos al instante, y los mesoneros que iban y venían, y tú, amor, y Queta también, la pecosa Queta, la pelirroja Queta que salía a bailar con Wilson, it's quite simple, Mr. Ambassador, just follow us, quite simple, y él tratando inútilmente de seguirles, y aquella tarde de abril, Mariana, papá y yo reunidos, mejor dicho, la familia entera reunida alrededor de la abuela María Luisa la anciana de noventa y cuatro años que después de veintitrés de viuda del abuelo Tito se moría, ¿qué te ha dicho hoy el Coronel?, me preguntó en un momento en que nos separamos de los otros, me ofreció integrarme al equipo negociador, le contesté, y la frase aquella dilatando, primero, las pupilas de papá y luego dibujando en su cara, siempre impávida, una mueca que no supe en un principio si era de gusto o de desprecio, y ¿qué has pensado hacer? me interrogaba después de varios segundos de silencio, en eso estoy, dándole vueltas al asunto, he consultado hoy a mis dos socios para ver cuánto de mi trabajo actual podrían asumir ellos en caso de que yo aceptara, y las voces de los otros acercándose, las de los tíos José Domingo, Juan Alberto, Isabel y sus respectivos cónyuges, hijos y nietos, acercándose, mi opinión es que debes aceptar, interrumpiéndonos, es hora de ir donde mamá, anunciaba la tía Isabel, siempre tan autoritaria, hijo, hay que dejar a un lado los prejuicios, me susurraba papá entonces al oído, hay que encontrar los medios mejores para asegurar que serán protegidos nuestros intereses y toda la familia alineándose, una procesión hasta el cuarto de la abuela, hay que luchar además para que el Canal esté abierto en todo tiempo al tránsito marítimo, me hablaba mi viejo siempre al oído, que opere eficientemente y con tarifas que sean equitativas para los embarcadores de todo el mundo, un canal que esté tan protegido, como sea posible, del sabotaje y de la amenaza de los comunistas, oye, tú Roberto, deja de cuchichearle ya cosas a tu hijo, se

escuchó una voz entre las tantas que en esos momentos se arrebataban la palabra, encabeza tú la fila hacia la habitación de mamacita, y papá del brazo de mamá y luego el tío José Domingo y su mujer y así ad-infinitum, y de pronto la visión aquella de la anciana de tez cuarteada y amarillenta, de pómulos salientes y ojos como un par de diminutas cuevas, sentada en un sillón en medio de almohadas, almohaditas y almohadones, presidiendo, como una reina, bendiciéndonos, habían deshojado a los pies de ella pétalos de rosas blancas, rojas y amarillas, boqueando ya, acuérdesse de mí mañana cuando no esté, musitaba la vocecita que se iba, y los niños seguramente aterrados ante el espectáculo, un grito, ¡ay!, los santos óleos, el cura, el monaguillo y un par de monjas que entraban y salían las enfermeras con jeringas, bolsas de hielo, bacinillas de todos los tamaños, quítenle los zapatos que le aprietan, murmuró alguien, no, el vestido, no, los dientes falsos, y la fueron despojando de esto y de lo otro hasta desnudarla, y la luz intensa, la luz intrusa, fijando cada arruga, cada pliegue del cuerpo amarillento de la anciana, la daban vuelta, la erguían, la enderezaban, ¿quiere escupir, vomitar, orinar, defecar, tal vez? , y aquellos ojos, ¡contra! , aquellos ojos opacos que no decían nada, que se mantenían pendientes del tubo que le bailaba entre la nariz y el estómago, y los empleados de la casa pasando las bandejas de plata que no se sacaban del armario desde hacía años, whisky con agua, con soda, whisky solo, mamacita ha pedido que todos, cenemos aquí con ella esta noche, decía tía Isabel y lo volvía a repetir mientras entraba y salía del salón a la cocina, del cuarto de la anciana al salón y otra vez a la cocina, daba órdenes, el funeral debe ser tan espléndido como el de papá, whisky con agua, con soda, estás loca, mujer, tal como están las cosas eso resultaría un anacronismo, hablaba por primera vez aquella noche el tío José Domingo, Mingo, para la familia, whisky solo, vasitos de Coca-Cola para los niñitos, vasos de leche para los cardíacos, la mesa puesta para veinticuatro, sería un pecado echar la ropa y los cachivaches de mamacita a la basura, enviémoslo

todo a las monjitas del asilo, la mesa espléndida, pero ¿y el abrigo de mink y la boa que usaba cuando viajaba a los Estados Unidos y Europa? No, eso habría que rifarlo entre nosotras, claro que sí, mañana mismo, y la mesa de caoba dando paso a seis candelabros de tres brazos, cubiertos, saleros y pimenteros, ceniceritos y centros de mesa de plata sterling, se oyó una voz que decía que Tomasa, la fiel Tomasa le contará todo a mamacita y yo Mariana, ya me conoces, yo, callado, como siempre, admirando la vajilla de cobalto y oro de Rosenthal de antes de la primera guerra, ¿o era de Limoges?, la delicadeza de la cristalería Baccarat, tomando una copa entre mis manos, bebiendo vino blanco, vino tinto, agua, mientras la familia entera discutía que si sería o no prudente escuchar alguna musiquita mientras comemos, ¿ah?, y ¿por qué no? ¡coño! gritó alguien, todavía no se ha muerto, ¿no? y la discusión prolongándose a la luz de las diez y ocho velas que parpadeaban, nos bebíamos la sopa, no lograban llegar a un acuerdo, la corvina, que si Agustín Lara, no, que el Trío Los Panchos, ¡ay! por Dios, Lucho Gatica, la carne asada, el arroz con guandú, los vegetales, el plátano maduro, nos repetíamos un poco de esto, de aquello tan rico, de lo otro, es que todos son tan tan tan requeterrománticos, ¿no es cierto?, decía la tía Rita, mientras pasaban la ensalada, nos servíamos, y de pronto ella proponiendo una fórmula conciliatoria, ya está, escuchemos las cuatro canciones que inmortalizaron a nuestro adorado Pedro Vargas, “Siboney”, “Estrellita”, “La Paloma” y “Adiós Mariquita Linda”, comenzó a tararear la última, cállate, idiota, no hagas el ridículo le ordenó el tío Mingo, y así, llegamos, Mariana, a los postres mientras yo me debatía, sí, no, no, sí, e intentaba llegar a una decisión respecto a la propuesta que me había hecho el Gobierno, qué sabroso estaba el Bocado de la Reina no, no había más qué pensar y mentalmente me puse a redactar la carta que dirigiría al Coronel a la mañana siguiente muy temprano.

—¡Caramba, darling!, ¿por qué tan calladito? —siento los labios tibios de mi mujer sobre la frente.

—Hola, ¿y los chiquillos? —abro los ojos y la miro y Queta-darling lleva el cabello recogido a la altura de la nuca y se ha puesto un vestido escotado de hilo blanco y sobre el pecho una inmensa cruz de cobre y de cobre también son las pecas y un fotógrafo de las sociales seguramente se desviviría por captar a mi mujer en estos instantes, así tan requetecampante, junto al Jacarandá y la piscina.

—Quiero verlos; quiero ver a mis hijos —le digo y sé que resulto pomposo, melodramático y en estos momentos me aborrezco.

—Yo no; están insoportables.

—Quiero verlos —le repito, casi gritándole.

—Ya te oí, darling, entonces tendrás que ir donde ellos —me dice y se sonríe —la montaña, darling, tendrá que ir por esta vez a casa de Mahoma.

—Ni pizca de gracia —murmuro entre dientes y veo que se aleja y me alegra y de un salto me pongo de pie y nadie como Queta, ella lo ha dicho siempre, darling, que me busquen para desmemoriada y así mejor porque no me llenaré nunca de arrugas, y seguramente esto lo leyó en una de las tantas revistas que compra por cerros y va amontonando y es que la pobre no inventó la pólvora, pero ya ves, amor, no es, tampoco, mala gente y para algunos es hasta superdarling y es que ella sabe dar regalitos y propinas muy buenas y así, ¡chas!, todo el mundo al bolsillo y además baila muy bien y cuenta chistes y sabe vestirse y no ha dejado de haber alguno que para halagarme me ha dicho que nos balanceamos a las mil maravillas, pero a qué precio, ¡chuleta! vuelvo a atravesar el jardín, la sala, la salita de estar y me topo con los albañiles,

—¿Cómo vamos, muchachos?

—Ahí, señor, adelantando, y entro al cuarto de los niños, al nursery, a este Disneyworld criollo que huele riquísimo y los observo, tan tranquilos mis hijos, y Robertito se acerca y me besa.

—Mira, papi, mira —y me enseña un carrito de bomberos que acaba de comprarle Queta.

—¡Qué lindo! —le digo y le devuelvo el beso.

—Papi, llévame al Parque Urracá.

—Mañana por la tarde.

—No, hoy.

—Te digo que mañana —y como siempre cuando lo contradicen, Robertito se aleja haciendo pucheritos y a Rodolfo y Rodrigo los tienen en pañales y Rodolfo con esa sonrisa tan bella que no quisiera creer que es la de Queta y las cholas que van y vienen por el cuarto, los desnudan y llenan la tina, sacan del armario los patos y cisnes y las otras aves de plástico y después del baño, a comer se ha dicho, ésta por mami, ésta por papi, ésta por los abuelitos, y así, el ritual hasta la hora del sueño y uno y otro día y los años que pasan y Robertito sentado, meciéndose en la sillita guatemalteca con asientito de mimbre tejido, ¡que no te metas, muchachito terco!, Robertito, me deleito en pronunciar el nombre, cómo hubiera querido, Mariana-amor, que tu vientre se abriera de par, en par, no sólo una fisura, que hubiera dado un fruto nuestro a la vida, y te veo aquella tarde, sí, la del jueves, la víspera de la fiesta y yo llegando directamente de Contadora a tu casa, la señorita está en su cuarto, pase, y tú echada en la cama con un libro, ¿qué lees? un beso rápido, el tacto de tus labios húmedos, yo tomando el libro de tus manos y en la portada una fotografía de un muchacho enigmático con la ceja izquierda levantada, *Vida y Muerte de García Lorca*, tinta morada sobre fondo blanco y el nombre de Marcelle Auclair en letras amarillas, es una francesa que conoció a Lorca, fue amiga suya y de Sánchez Mejías y los otros, me dijiste y abriste una página, Tito, por favor, escucha: “Esto no es literatura sino la vida atrapada por la sensibilidad” —leías en voz baja:— “Ocupados enteramente en vivir, los personajes no se miran vivir, son arrebatados por el torbellino de la pasión que expresan instintivamente, sin análisis, invenciblemente, como el agua inunda o el fuego devora”, y recuerdo que te miré y ahí estabas, habías dejado de leer y no hiciste un solo comentario sobre aquello, más bien hablaste y volviste a hablar de la fiesta que yo

iba a dar al día siguiente, claro que sí, me prometiste que irías con Joaquín así fuera sólo por un rato y abriste las ventanas y escuchamos el siseo de la brisa, la brisa dura de noviembre que agitaba las palmeras, que las doblaba desde el tronco, buscamos unos cojines y nos sentamos, juntos, en el suelo, no te vayas todavía, te lo ruego, Tito, me dijiste y me asombró que me hablaras de esa forma y fue cuando comenzaste a hablar del temor que sentía García Lorca por las despedidas, era horror, pánico lo que lo poseía, y te desbordaste sobre el tema, las despedidas son un anticipo de la muerte, me dijiste y yo te miré largamente, un anticipo de la muerte, repetiste, y no sé ni cómo fui capaz de trasladar ese temor a mis entrañas mientras los rayos de la luna penetraban, congelaban en cierta forma la emoción que me producía tu presencia, me pongo en cuclillas y las cholas me traen a los niños, los beso, uno, el otro, el otro, siento a Rodrigo en mis rodillas, le acaricio la espalda, la cabeza, los cachetes fríos, tus labios húmedos, Mariana, le paso la mano por la frente, me pongo de pie, ¿por qué tuvo que suceder de esta manera? salgo por la puerta, dime por qué, Mariana, me acomodo el saco, la corbata, ahora es por el gusto, escucho la voz chillona de Queta dando órdenes, las cinco menos cinco, entro en la biblioteca, la voz de Queta, lejanísima, me echo sobre el sillón, cierro los ojos, ¡qué vaina! , los abro, eso es, me estoy amargando más de la cuenta por el gusto.

—¿Qué opinas?

—Que debemos poner al tanto de todo al Gobierno.

—¿Y qué quieres decir tú por eso de todo? —le pregunto y bostezo.

—Tal cual, soltarlo todito, las conversaciones que tuvimos con Cero, las amenazas, el apoyo con que cuenta esa gente... —Aparto la silla, me paso el auricular del teléfono de la oreja derecha a la

izquierda y permanezco de pie, mientras escucho la voz excitada de Abel Ramírez que trata de convencerme de su punto de vista antes de que nos reunamos en la Presidencia.

—Pero si ellos ya saben eso y muchísimo más —le digo y vuelvo a bostezar, y es el whisky que me ha dado sueño, y comienzo a hojear algunos papeles mientras hablo— Asumir ahora una actitud alarmista resultaría ridículo, viejo, absurdo, algo así como un posclímax, ¿no es cierto?

—No creas, mejor pecar de prevenido, a que lo sorprendan a uno, Garrido.

—Tranquilo, viejo, ya los tipos están afuera y ahora es cuestión de desprestigiarlos y conociéndolos, ellos mismos terminarán hartándose unos a otros.

—Y mientras tanto la ultra derecha se organiza y con tal de arremeter contra el Gobierno capaz hasta se alían con los guerrilleros y ahí ya tienes la bola de nieve...

—Lo dudo.

—Mira que tengo pruebas.

—No más de lo que tengan en la Comandancia.

—Bueno pues...

—¿Qué propones, entonces?

—Lo que ya te dije.

—Allá tú, Abel, yo primero me dejo cortar ambas orejas.

—¿Cómo?

—Que yo oreja no soy, Abelito, ni tampoco me voy a poner en un plan de sabelotodo, sólo porque el asunto sucedió en mi casa.

—No se trata de eso, pero la seguridad nacional está en juego.

—Precisamente por eso hay que dejar el zapatero a su zapato.

—¿Y nosotros, entonces?

—A buscar y consolidar el apoyo del pueblo en torno al nuevo Tratado.

—Seguro, pero además...

—Ya te dije que no; no tengo pruebas concretas.

—No, no, si yo no digo nada, Garrido, pero a mí me parece, ¿verdad?

—A mí, no, figúrate, —y la conversación hace rato que ha comenzado a cansarme y miro hacia la ventana y me imagino a Abel del otro lado del teléfono, tenso, el Señor Ministro de Comercio, un hombre moreno, de brazos fuertes, de músculos firmes— y Cero que se le acercaba y el otro esperando, sentado en un rincón del comedor, primero, y el guerrillero haciendo girar la cámara de revólver, giraba de nuevo, ajustaba el gatillo, un hombre del pueblo que ha traicionado a su gente, ¡desgraciado!, le colocaba la boca del arma contra la sien derecha, ¡grandísimo ladrón, barriguista de mierda! y Ramírez que trataba de desviar la mirada, pero el comedor de la casa, qué va, no ofrecía muchos puntos donde fijar la atención, cuatro paredes, la mesa, unos cuantos adornos de plata, flores marchitas, cuadros de naturaleza muerta, sillas, los otros rehenes, la boca del arma que seguía en la sien, inmóvil, y en cualquier momento el tic seco y metálico, te jactas de que eres del Partido del Pueblo y aceptas sobornos de las multinacionales para vivir como un emperador romano con tres casas acá, cinco carros, mansión en España, tu mujer que encarga la ropa a modistos de afuera, tus hijos en academias militares de los Estados Unidos, y el cuerpo moreno de Abel que temblaba como una gelatina desde adentro, saco el pañuelo y me lo paso por la frente, la figura ésa con el arma pegada a la sien, el pánico.

—Bueno, Abel, nos vemos allá —lo corto y él lo comprende y me dice

—Hasta luego, —y oigo el biz-biz-biz, el zumbido de abeja del teléfono anunciándome que la comunicación ha cesado y camino hacia la ventana y ¡qué vaina! el sol parece haberse escondido y el día, evidentemente, se ha echado otra vez a perder y, en verdad, en noviembre uno nunca sabe, Mariana, recojo otra vez mis papeles, cierro el maletín, y salgo de la biblioteca y escucho las voces de Robertito y Rodolfo y las de las nanas y me los imagino a mis hijos con las cabecitas mojadas, han terminado de

bañarse y comer y ahora se disponen a jugar por un rato, a perderse en ese maravilloso tiempo sin tiempo hasta que el cansancio los mande a la cama y luego, los cuerpecitos tendidos, serenos, y se hará otra vez la hora del sol y otra vez la gritería y el juego y el baño de piscina o de playa, los castillos de arena, las bicicletas, los triciclos, el carro de bomberos y la gritería otra vez y el sol, siempre el sol, un tiempo abierto, de luz, mis hijos, un ritmo intangible, enciendo un cigarrillo y dirijo la mirada hacia los albañiles que están, ahora, en el comedor y veo que Queta les habla y se ha encargado de todo el asunto y yo les hago un ademán desde lejos, sí, que sigan, que sigan, y busco a Elías, lo llamo y vuelvo a tomar una bocanada de humo y desde lejos, también, me despido de mi mujer con un gesto.

—¿Sí, señor?

—Alístate, Elías, y prepara el Jaguar para que me lleves a la Presidencia. Se ve la figura de Garrido, que se frota disimuladamente la rodilla izquierda, mientras que el chofer de la casa se aleja y debe ser la humedad del ambiente lo que le ha causado el ligero entumecimiento en las piernas porque, a la verdad, él no está dispuesto a aceptar que las extremidades a veces ya no le responden como antes y Tito, ahora, sale, por la puerta de los garajes y camina hacia el jardín de la casa y la grama está verde, preciosa, los pinos traídos desde Miami, las rosas, en la calle aumentan los ruidos, uno y otro y otro automóvil, la brisa, y un matrimonio que apenas conoce, una pareja que vive a una cuadra de la casa de ellos se acerca a paso lento y se detiene a su lado y él ve con verdadera aprensión cuando la mujer le extiende la mano derecha, ese gesto que viene a sacarlo bruscamente de su hermético mundo interior.

—Buenas tardes, don Tito.

—Buenas, señora —contesto con una expresión de rígido des-
concierto, mientras observo con severidad a la mujer rechoncha,
de piernas cuadradas que tengo ante mí y siento en mis manos la
piel fofa, los dedos mochos, y recorro el rostro redondo, dete-
niéndome por un instante en ese par de ojitos azules oblicuos,
que se esconden detrás de unos anteojos bifocales que los hacen
parecer más diminutos, si es que eso es posible,

—Hola, Garrido, —el marido, Ben Cohen, me ha tomado del
brazo derecho y me lo aprieta, fingiendo una amistad que no existe,
¡contra, cómo lo aprieta! , y para zafarme me da por alisarme el
cabello y observo los pómulos altos, las redecillas de arrugas
que rodean los ojos, la boca, la frente de mi vecino. —Mi mujer
y yo hemos pensado mucho en Usted todos estos días. —Y yo
apago el cigarrillo y el asunto ya empieza a sonarme como un
gran coro a nivel nacional, la misma pendejada en boca de blan-
cos y negros asiáticos y gente que conozco y otra que no conoz-
co del todo, ¿por qué, carajo, creen tan necesario decírmelo?, y
todo esto me provoca un enojo lento, un cansancio, ¡qué falta de
imaginación por parte de todos!, de acuerdo, pero ¿qué hacer?,
nunca supuse que este pueblo fuera tan torpe, Mariana, las patas
de gallo de la mujer alrededor de esos ojos horribles, la panza de
Cohen sostenida por un par de tirantes, permanezco inmóvil, nada
ha dicho esta gente y sin embargo han logrado hostigarme, mue-
vo los dedos de la mano derecha, el antebrazo, el codo, que no
me vuelva a tocar este hombre.

—Con permiso, tengo que hacer, —les digo y estoy a punto
de dar el paso, alejarme, cuando el vecino me vuelve a agarrar por
el brazo y yo, perplejo, permanezco estático, ¿qué derecho tiene
este hombre a imponerme su voluntad así nomás?

—Una sola pregunta, Garrido, ¿el Coronel no va a ceder ni un
sólo centímetro, no es cierto?

—No sé, —le contesto con una lasitud tibia que raya tal vez
en el desprecio.

—Las bases a perpetuidad son nuestra única garantía de que

el comunismo no se vaya a adueñar de este país; dígaselo así al Coronel de mi parte... —De “su parte”, me digo y no puedo sino esbozar una leve sonrisa, ¡cuántas sandeces a un tiempo!, y sin más les hago una inclinación de cabeza y diviso a Elías, sentado al volante, se ha puesto el quepis de las ocasiones solemnes y me aguarda, y sin darle tiempo a que me abra la puerta del carro, entro y me acomodo en el asiento trasero y él me vuelve a mirar.

—Sí, Elías, podemos partir,

dada la orden, veo como el otro se incorpora, el arranque suave del motor del carro, las manos crispadas sobre el timón, y aquella otra orden, alístense que a las once salimos para Tocumen, y los guerrilleros inquietos, yendo de cuarto en cuarto, viniendo, empaquetando las armas para llevárselas consigo en el viaje, envolviéndolas en colchas, sobrecamas, sábanas, manteles, guardando la gran cantidad de municiones y parques que había sobrado, y el guerrillero de los cachetes al aire, el cholo que no llevaba capucha ni máscara, distribuyendo entre los restantes, granadas de mano, preparando candelas de dinamita, mientras Cero daba las órdenes: diríjense hacia la puerta trasera del garaje, Monseñor, por favor Ud., y el Padre Rodríguez inspeccionen el área, Garrido, tú sigue a los embajadores para que los otros vayan después, se abría, se cerraba la puerta de caoba, las ventanas, ahora, los pasos retumbando sobre las baldosas, tú, Garrido, y aquel tuteo invadiéndome de una ira viscosa, cegándome, el enorme bus de la CUTSA en la puerta, aguardándonos, sí aquel odio cegándome, Mariana, ¿por qué fue así? dime, ¿por qué tuvo que suceder de esa manera? cegándome, el sol del medio día, cegándome, la Guardia Nacional retirándose a una distancia prudente, el Jaguar que ahora avanza por la calle 50, las palmeras gigantes, Venga Hoy y Entre al Mundo de la Moda con LUCES, Christian Dior/ Pierre Cardin/ Givenchi/ John Kloss/ Ives St. Laurent/ acaricio el cuero oscuro del carro, un carro hermoso, diseñado sin duda para una mujer, aire acondicionado, cojines para la cintura, taburetes para los pies, Garrido, siéntate tú adelante y el guerrillero

herido, que había permanecido todo el tiempo en uno de los dormitorios de la casa, subiendo al bus, las heridas en el hombro, ¿quién lo habría vendado?, la nuca de Elías, cuadrada, sus ojos oscuros mirándome a través del espejo retrovisor y yo a través del espejo contándolos, eran doce los guerrilleros, ¿será de absoluta confianza este Elías?, hombres y mujeres que apuntaban sus armas largas hacia afuera de la ventana y aquella bandera de frente ostentosamente amarrada en el cañón de un rifle, miro otra vez el reloj, la cinco y treinta, contando también a los otros, el Arzobispo, los tres diplomáticos, el chofer del vehículo, un perfil chato, labios protuberantes, un par de ojos saltones buscándome la mirada y yo correspondiéndole con un ¿qué quieres?, relámpago, dicho con ese lenguaje visual tan característico de momentos de angustia, la tez negra, oye, tú, zambo Ramírez, al asiento trasero, la barba negrísima adherida a unos pómulos requetebién pronunciados, el Embajador Arosemena y Joaquín Menéndez junto a la ventana, las órdenes en boca de Cero yendo y viniendo, no respetes los altos, muchacho, el pánico sostenido y el automóvil aquél que intentaba pasar por la calle y Cero gritándole, o se para o lo mato, el otro retirándose y, luego, Mariana, aquel estruendo del motor Pegaso ya en marcha, el chirrido agudo de los frenos de aire, y se había iniciado la loca carrera, la *Vía España*, la desenfrenada carrera, el Teatro Opera, el *Minimax*, el autobús, que violaba las luces del semáforo, los guardias motorizados siguiéndonos, el Instituto de Recursos Hidráulicos, los cartelones inmensos



**PANAMÁ SOBERANA
EN LA ZONA DEL CANAL**



los hoteles, los comercios, los restaurantes, los bancos, las armas automáticas de los guerrilleros sin seguro, la Iglesia del Carmen, el autobús que violaba otro y otro semáforo, que doblaba por la derecha, las armas apuntando a través de las ventanillas del

vehículo en marcha, la Universidad, el estrépito de las bocinas de los carros que intentaban inútilmente acercarse, las armas listas para disparar, grupos de estudiantes vitoreando a los miembros del Frente, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! VI-VA-VI-VA, las armas apuntándonos, las sirenas retumbando adelante, atrás, junto a nosotros, retumbando, golpeando en la nuca, en la espalda, retumbando otra vez.

—Elías, toma la Justo Arosemena y luego por la 29 hacia la Avenida Balboa.

—De acuerdo don Tito, y la guerrillera que se le acercaba al chofer, si haces un alto te fulmino negrito, y le fijaba la boca del arma sobre el cuello ancho y sudoroso, te fulmino, negrito bembón, un llamado a la cordura, Señores, en nombre de Dios, a la cordura, y luego un silencio y las miradas ebrias de odio posándose rápidamente sobre una multitud de curiosos, un grito, ¡allá van! , un aplauso nutrido, una que otra mano agitándose en señal de saludo, ¿a quién?, ¿a nosotros?, ¿a ellos?, y Elías que se ha detenido en la intersección de la Federico Boyd y calle 50, podría deleitarme admirando esta hermosa avenida sembrada de árboles, me trae tantos recuerdos de adolescencia, Mariana, los jardines bien cultivados, las viejas mansiones estilo Beverly Hills, íbamos a la piscina de la casa de Rafa, jugábamos al tenis con Joaco y Peter, Juancho y Betito y nadie más feliz que nosotros entonces, ¿verdad?, una raza de guayaberas blancas, mocasines negros y pantalones muy bien estirados, muchachos, bébanse un trago antes de irse, y se organizaban, así, en un 2X3 las fiestas de las que hoy son las grandes señoras de esta ciudad, o.k., o.k., venga otro trago y así terminábamos abrazándonos todos, las faldas subían, los escotes bajaban, besándonos, ¡hola, ricura!, bailando mejilla contra mejilla, besos salados y no sé por qué se me viene, ahora, a la mente la estampa erguida de tu prima Teresa, Mariana, las rumberas en uniforme de diario, ¡ay, ay, ay, qué rico el mambo!, los cha-cha-chas, los merengues, Pérez Prado y su orquesta, ¡ay, ay,

ay, qué rico es, es, es!, aquellos senos adolescentes que olían a trópico, los cuerpos moviéndose como puras serpientes que eran y otra vez a la piscina y al tenis, se ha dicho, y alguno que otro a jactarse de campeoncito de golf y lo mejor es que todos, sin excepción, toditos, estábamos convencidísimos de que éramos un puñado de caballeritos ilustres, tal como en esa época, más en son de burla que de otra cosa, nos llamaban mi viejo y el viejo de Joaco y de Peter. Ilustres, ¡my foot!

Tito Garrido baja la cabeza, se la toma entre las manos y está seguro de que no vale la pena recordar lo que sucedió ayer, anteayer, hace veinte años o, tal vez, hace una hora. Pero, se halla atrapado en un juego malsano y él lo sabe y sabe también que su biografía es una cadena de datos vulgares. Un muchacho pasa en una bicicleta voceando EL PANAMÁ—AMÉRICA, y él da la orden para que el chofer detenga el auto y compre el periódico que empieza inmediatamente a leer: “Monseñor y los tres diplomáticos en vuelo de regreso a la patria”, y se detiene ante las fotografías tomadas en el aeropuerto de Trípoli, pero, qué va, es inútil, no ve nada y busca los anteojos, los saca del estuche, los limpia, y ni así, en casos como éstos es difícil reconocer gestos, detalles. Elías, por su parte, se aburre. Este patrón resulta extremadamente lacónico, una tumba, nada como los Jiménez que se fueron a los Estados Unidos; se limpia el sudor de la frente, no cree que durará mucho con esta familia tan rara, y ahora con lo del secuestro y todo este asco de cosas, a lo mejor hasta se les ocurra citarlo a la comisaría. Se quita el quepis, se alisa el cabello, se lo vuelve a poner, ¡qué golpe maestro el de los guerrilleros! , ¿no es cierto? ¡bah! , tampoco es gran cosa, señores.

—Mira, detente en La Inmaculada y compra los otros diarios; los que hayan salido esta tarde —le digo al chofer, y en verdad no sé para qué doy esa orden, para leer seguramente la misma noticia al revés, mejor dicho, al derecho, no, de atrás para adelante, mejor, de adelante para atrás, sí, la mismísima, ahora con puntos, sin comas, con puntos y comas, reintentada por el mal-ingenio,

con el malgenio de la AP/ UP/ EFE/ PRENSA LATINA/ FRANCE PRESS/ETC/ ETC, una lección de cómo repetir una singular carcajada de ocho columnas, y veo a Elías que se baja del auto y se detiene a conversar con uno y con otro, les dice, quizá, mi patrón es el hombre, ¿qué hombre?, ¿el Big Chief?, ¡qué Chief!, el pen-dejo del año, señores, ¿será de confiar este Elías?, abro la ventanilla del carro y oigo la música, ritmos nuevos que ya no conozco, la cierro, me las levantaba aquí mismo, ¡hola muchachas!, horas interminables de ocio y ellas bebiéndose una soda de uva, una chicha, un helado de frutas, amor adolescente con sabor a membrillo, naranja, papaya, melón y guanábana y Elías que ha entrado y me entrega los diarios, les doy una hojeada, “Monseñor sale de Trípoli”, Monseñor y el Nuncio Apostólico llegando a la casa el domingo en la tarde, conversando con Cero, negociando para que ellos dos y los embajadores de Venezuela y México fueran aceptados para el viaje a Libia como garantes, mira, muchacho, sin esos embajadores no hay viaje, el de Venezuela a través de su Gobierno es el que ha conseguido el permiso para que aterrice en Trípoli el avión que los llevará a Ustedes y los presos políticos, el de México también ha recibido órdenes de su Gobierno para que preste su mediación, y el guerrillero pensativo, primero se aflojaba el cinturón y bebía a sorbos de un vaso, todo esto me huele a trampa de última hora, a que este Nuncio ha sido enviado acá con un cuadro de demandas prefabricadas, alcanzamos a oír que decía y vimos cuando Cero encendió un cigarrillo, le ofreció a Monseñor y dejó al otro por fuera, lo excluía, lo ignoraba a propósito, y luego los tres discutiendo, gesticulando, paseándose, agitados, por el salón principal, ya no se trataba de quién se rebajaba primero, sino más bien de una lucha ciega entre orgullo y principios, y así, debió haber pasado una hora, ¿quién sabe?, sólo recuerdo que Cero por primera vez en esos tres días se levantó y con un gesto superhistriónico colocó la pistola sobre la mesita de café de la sala, era una prueba, ¿de qué?, sólo ellos sabían, alzo la vista, el carro en estos momentos cruza el trecho

que divide la calle 39 de la 38, mis calles, tus calles, Mariana, convertidas hoy en pequeños comercios, farmacias, boutiques, consultorios dentales, la Alianza Francesa, oficinas de bienes raíces, la Kodak y a estas horas, en otros tiempos ya hubiéramos estado aquí mismo jugando y tú con tus trenzas largas, una muchachita flacucha que peleaba siempre con Rosarito Prieto, la de la piñata en forma de conejito, y luego todos sentados en la paredilla de la casa de Vicente o Baby García y desde ahí el día amarillo, crema, rosado, gris, y a veces, también en pandilla, caminando hacia el malecón a buscar caracoles y el mar azul, verde claro, morado y gris perla, y todos de regreso a la casa para no perder la hora de la cena en familia, y tú sola, tú, con tu abuela y tus dos tías horriblemente amargadas, y el carro que frena en seco y este chirrido sonando como si alguien hubiera lanzado un lamento, pero no hay tal, sino una mujer y otra y otra que están discutiendo a causa de un choque y la gente que se ha congregado, la Iglesia de Cristo Rey, separo la vista y lo que siento es una necesidad de gritar a todo pulmón, gritar como quien canta, Mariana, cantar como quien grita, ¡Dios mío!, tus ojos la noche del jueves, las largas pestañas que parecían postizas, tu carcajada sonora, los gestos completamente desnudos, no, no, Monseñor, comprenda fue un accidente, mire, ¡está bueno ya!, un accidente, se lo juro, y tú y yo allá en Las Cumbres, subiendo y bajando, sin respirar apenas por aquel camino sembrado de plantas exóticas que va de la carretera a la casa, de la casa al lago, ¡se lo juro!, nadando a la luz de la luna y de la oscuridad también, fue un accidente, nuestros cuerpos grabándose en las pupilas de las sombras, ¡está bueno ya!, comprendan que esto viene a echar todo por tierra, y tu figura de pie contra la noche, tus caderas tal vez un poco anchas, Monseñor, se lo ruego, comprenda, suplicaba, se humillaba, fue un error lamentable, se movió, salía del baño cuando se había dado la orden de permanecer cada uno en su sitio, la inocencia casi infantil con que te entregabas por completo a tu desnudez cuando te echabas, así, boca arriba sobre la grama e

ibas arrancando una y otra flor silvestre, Mariana, toda una vida frente a mis ojos, la vida misma y por vida quiero decir algo tangible, inmediato, quiero decir, tú sabes lo que te quiero decir, algo así como un par de ojos que ríen con confianza y son negros, el auto se detiene ante el semáforo del Hospital Santo Tomás, no no va a llover más esta noche, continúa la marcha, IBERIA-AIR PANAMA, el avión con los motores encendidos, aguardando en la pista de carga del aeropuerto de Tocumen, el autobús deteniendo la loca carrera, Cerro que daba la orden, los rehenes a bajar rápido, rápido a abandonar el vehículo, los guerrilleros abordando el avión, una mañana de luz, nosotros caminando hacia la terminal de carga, la multitud vitoreando, los gritos, un cordón sanitario de guardias, caminando con lentitud, desconfianza, el pánico aún poseyéndonos, banderines, un calor sofocante, y Elías que no se atreve a encender la radio del auto porque presiento que me tiene vergüenza, es extraño este hombre, ¿no es cierto?, sólo le bastaría con preguntármelo, sin embargo no lo hace y en silencio avanzamos, en silencio me aprieto un poco más la corbata, ¿qué le costaría pedirme permiso?, en silencio me aliso el cabello, me paso el pañuelo por la cara, en silencio, ¡qué hombre tan raro este Elías!, pero me agrada en el fondo, ya dobla por la calle 29, en silencio, bendito silencio, éste no es el típico panameño, aquí que la gente es tan hablantina, que lo abomban a uno, pero, no, me equivoco, el interiorano es diferentísimo al capitalino negroide, zambo, chino, éste, como buen indio, es siempre callado, a él le gusta que le hablen primero, que le hablen, que le hablen, siempre esperando, aguardando, taimado, a que el otro haga, diga, se decida y es que él sólo sabe seguir, acatar, complacer a regañamiento y entonces puede darse el gusto de pensar que el otro lo está persiguiendo, acosando, hostigando, apremiando, dándole caza, pisándole los callos y también los talones y, así, sentirse como a él tanto le gusta, o sea, como él se siente en su charco: molesto, fatigado, oprimido, irritado, provocado, excitado y atormentado por aquél que haya tomado la iniciativa, cruza-

mos la Avenida Balboa con rumbo al mercado, la vía más corta hacia la Presidencia, una calle estrechísima repleta de charcos y lodo, maloliente, la peste a pescado, los desechos, a frutas tropicales podridas, a legumbres pasadas, me tapo la nariz con el pañuelo de hilo que huele a colonia, pero el mal olor se filtra a través de la fragancia francesa, quito la vista, es inútil, los vendedores de lotería sentados en plena calle con sus billetes verdes, rosados, amarillos, naranja en el regazo, ¡llévese la suerte! un grito, otro, el embotellamiento de carros que se topan con carretilas, camiones, bicicletas, motocicletas, borrachos, viejas en andrajos que llevan canastos en la cabeza, ¡cebollas-papas-tomates-lechugas!, vocean, las cajas de huevos que se han reventado en la calle, los guardias nítidamente uniformados y llevando grandes anteojos oscuros, el silbato del policía, un carro, otro, alto, un chino vendiendo puerco ya cocinado, otro que le compra una libra pero le regatea primero, un carnicero que lleva dos grandes cortes al hombro y la sangre goteando, tas-tas-tas, goteando, subimos la rampa, la plazuela Alfaro, el mar a la izquierda, las embarcaciones pesqueras, una flota hecha de tablas, a lo lejos los condominios lujosísimos de Punta Paitilla, el *Holiday Inn*, las palmeras, los yates privados que viajan a diario a Contadora o Taboga, otro alto, y en una pared alguien ha pintado en letras rojas inmensas: ¡BASES NO! ¡AFUERA LOS GRINGOS!, reconozco también por todas partes las papeletas con que cubrieron las paredes ¡YANO SEREMOS CARNE PARA EL IMPERIALISMO!, bajo la vista, la noche del domingo la tensión aumentando, sin dormir, sin comer, las negociaciones se habían estancado, Cero que iba y venía, que lanzaba improperios a diestra y siniestra, la radio de los guerrilleros encendida en todo momento, la transmisión de los últimos comunicados del Gobierno, los embajadores reunidos en sesión permanente, y, así, por primera vez dándonos cuenta que la noche del asalto habían matado al guardaespaldas del Ministro Ramírez y al chofer de Antonio Vallarino, los habían sepultado esa mañana después de realizarles la autopsia,

impactos de bala en la ingle, en el estómago, ojos abiertos para siempre, un entierro concurrendísimo a pesar del calor, la presencia del Coronel en el Cementerio Amador, los vítores, el Coronel había saludado personalmente a los deudos, miro el reloj, las cinco y cincuenta, la vieja iglesia de la Merced, los balcones franceses, la histórica Plaza de Catedral, un cuadrilátero que encierra iglesia, correo y hotel como huella arquitectónica del imperio español y francés, la Universidad Santa María en lo que antiguamente era la sede del Arzobispado, un edificio nuevo capaz de espantar a cualquiera, las cinco y cincuenta y tres, las papeletas otra vez frente a mí, más allá, DEFENSA CONJUNTA = REPRESIÓN CONJUNTA, la voz monótona del Coronel anunciando que el Gobierno llegaría pronto a un arreglo con los guerrilleros del Frente, Antonio Vallarino con la cabeza echada sobre la mesa, se escucharon de pronto gemidos y aquellos punzando el ambiente y yo sintiendo, Mariana, un dolor difuso, unas ganas inmensas de vomitar, incapaz ya de contenerme, un sabor a bilis en la boca, dime ¿por qué fue así?, dime, ¿por qué?, luego la noticia, un flash de última hora, ¿lo soñé?, ¿lo imaginé?, no sé, decían tu nombre, me incorporé y pude ver a cuatro hombres que entraban por la puerta principal con una camilla, pasaron de largo, se perdieron en los dormitorios, Monseñor y el Nuncio caminaban rápidamente detrás de los camilleros, el flash, la noticia, otra vez, salían de la casa llevando el cuerpo cubierto con una sábana, ¿o era una colcha?, lo vi pasar a mi lado, las sotanas de Monseñor y del Nuncio y aquel color negro cegándome, ¿cómo fue?, Joaquín agarraba por el brazo a la guerrillera, la interrogaba, anoche, cuando nos sitiaron, al cholo se le escapó un tiro cuando ella salía del baño, fue un accidente, una garnatada seguida de un alarido, ¡rabiblanco de mierda!, y el dolor venciéndome, doblándome, el dolor prolongándose, corriéndome desde los labios hasta las piernas, lo decían, decían tu nombre, lo repetían en la radio, en boca de rehenes y guerrilleros a un tiempo, tu nombre, ¿qué derecho tenían de pronunciarlo, Mariana? Un aire cargante se filtraba por

las ventanas y se hizo un largo silencio, Mariana, ¿tú? ¿tú, extendida sobre esa dura camilla? ¿tu cuerpo liso? ¿tus muslos largos y tibios? Cierro los ojos.

—Señor, hemos llegado a la Presidencia—.

Un viento gris sopla por la bahía.

12 DE FEBRERO DE 1976.

Índice

1

Ramón H. Jurado
EL DESVÁN

•••••

67

Isis Tejeira
SIN FECHA FIJA

•••••

165

Gloria Guardia
EL ÚLTIMO JUEGO



Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá: Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá: Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá: Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la independencia de Panamá**, Ernesto J. Castellero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña: Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
- **El Canal de Panamá: Un estudio en derecho internacional y diplomacia**, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre: Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá: Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: Cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, Varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá: Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos (Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903)** —Tomo I—, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indoblegable
con el destino soberano de la Patria.

